



H. P. Lovecraft

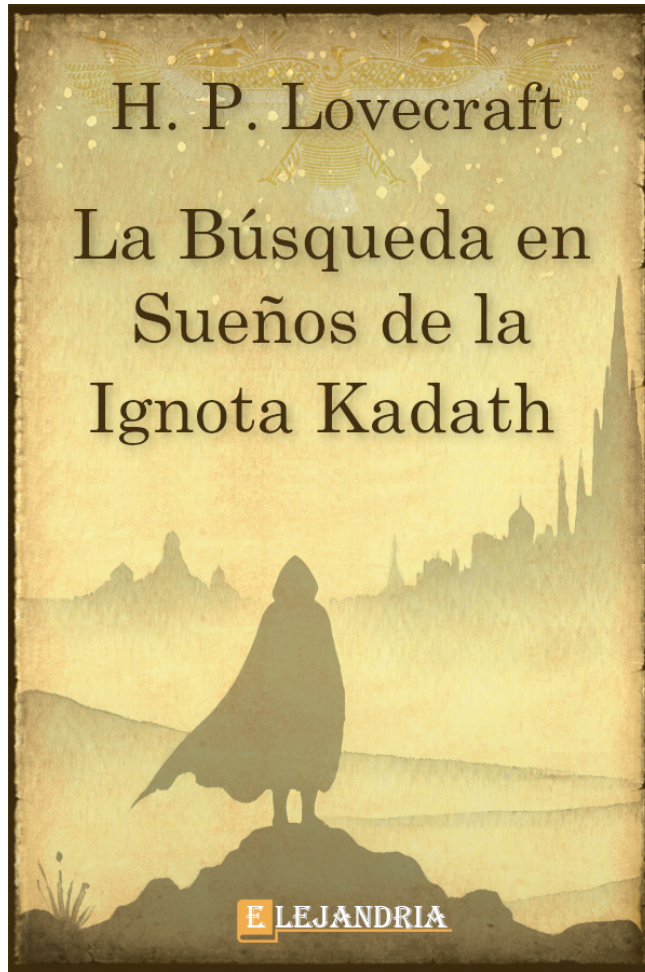
La Búsqueda en
Sueños de la
Ignota Kadath



E LEJANDRIA

H. P. Lovecraft

La Búsqueda en
Sueños de la
Ignota Kadath



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA BÚSQUEDA EN SUEÑOS DE LA IGNOTA KADATH

H. P. LOVECRAFT

PUBLICADO: 1943

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

**EDICIÓN: BEYOND THE WALL OF SLEEP, ARKHAM HOUSE,
1943**

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

LA BÚSQUEDA EN SUEÑOS DE LA IGNOTA KADATH

Tres veces Randolph Carter soñó con la maravillosa ciudad, y tres veces fue arrebatado mientras aún pausaba en la alta terraza sobre ella. Todo dorado y encantador brillaba en el atardecer, con muros, templos, columnas y puentes arqueados de mármol vetado, fuentes de plata con basenes de rocío prismático en amplias plazas y jardines perfumados, y anchas calles que marchaban entre delicados árboles y urnas cargadas de flores y estatuas de marfil en filas relucientes; mientras en empinadas laderas hacia el norte escalaban terrazas de techos rojos y antiguos tejados puntiagudos albergando pequeños callejones de adoquines cubiertos de hierba. Era una fiebre de los dioses, un fanfarria de trompetas sublimes y un choque de símbolos inmortales. El misterio colgaba sobre ella como las nubes sobre una fabulosa montaña deshabitada; y mientras Carter se mantenía sin aliento y expectante en ese parapeto de balaustrada, la nostalgia y el suspense de recuerdos casi desaparecidos lo envolvían, el dolor de cosas perdidas y la necesidad enloquecedora de ubicar nuevamente lo que una vez fue un lugar imponente y significativo.

Sabía que para él su significado debía haber sido supremo alguna vez; aunque en qué ciclo o encarnación lo había conocido, o si en sueño o en vigilia, no podía decir. Vaguamente evocaba destellos de una juventud olvidada cuando el asombro y el placer residían en todo el misterio de los días, y el amanecer y el crepúsculo

avanzaban proféticos al ansioso sonido de laúd y canto, abriendo puertas ardientes hacia maravillas más lejanas y sorprendentes. Pero cada noche, mientras se mantenía en esa alta terraza de mármol con las curiosas urnas y el rail tallado y contemplaba esa silenciosa ciudad de atardecer de belleza y inmanencia sobrenatural, sentía la opresión de los tiránicos dioses del sueño; pues de ningún modo podía dejar ese lugar elevado, ni descender las amplias escaleras de mármol lanzadas interminablemente hacia donde aquellas calles de hechicería antigua se extendían y llamaban.

Cuando por tercera vez despertó con esas escaleras aún no descendidas y esas calles de atardecer aún no recorridas, rezó larga y fervientemente a los dioses ocultos del sueño que merodean caprichosos sobre las nubes en la Kadath desconocida, en el desierto frío donde ningún hombre pisa. Pero los dioses no respondieron y no mostraron clemencia, ni dieron señales de favor cuando él les rezaba en sueños, e invocaba sacrificialmente a través de los sacerdotes barbados de Nasht y Kaman-Thah, cuyo templo de cavernas con su pilar de llama no está lejos de las puertas del mundo despierto. Sin embargo, parecía que sus oraciones habían sido escuchadas adversamente, pues tras la primera de ellas dejó completamente de contemplar la maravillosa ciudad; como si sus tres vislumbres desde lejos hubieran sido meros accidentes o descuidos, y en contra de algún plan oculto o deseo de los dioses.

Al fin, enfermo de anhelo por esas brillantes calles de atardecer y callejones crípticos entre antiguos techos alicatados, ni capaz de dormir o estar despierto para expulsarlos de su mente, Carter resolvió ir con audaz súplica donde ningún hombre había ido antes, y atreverse a los desiertos helados a través de la oscuridad hacia donde la Kadath desconocida, velada en nubes y coronada con estrellas inimaginables, guarda secreta y nocturna el castillo de ónix de los Grandes.

En un sueño ligero descendió los setenta escalones hacia la caverna de la llama y habló de este propósito a los sacerdotes barbados Nasht y Kaman-Thah. Y los sacerdotes sacudieron sus

cabezas portadoras de pshent y juraron que sería la muerte de su alma. Le señalaron que los Grandes ya habían mostrado su deseo, y que no es agradable para ellos ser acosados por súplicas insistentes. También le recordaron que no solo ningún hombre había estado alguna vez en Kadath, sino que ningún hombre había sospechado siquiera en qué parte del espacio podría encontrarse; si estuviera en las tierras de sueños alrededor de nuestro propio mundo, o en aquellas alrededor de algún compañero no adivinado de Fomalhaut o Aldebaran. Si en nuestra tierra de sueños, podría posiblemente alcanzarse, pero solo tres almas plenamente humanas desde que comenzó el tiempo habían cruzado y rec cruzado los abismos negros impíos a otras tierras de sueños, y de esos tres, dos habían regresado completamente locos. Había, en tales viajes, innumerables peligros locales; además de ese último peligro atroz que balbucea indescritiblemente fuera del universo ordenado, donde ningún sueño llega; esa última mancha amorfa de confusión más allá del confín que blasfema y burbujea en el centro de toda la infinidad—el sultán demoníaco de ónix Azathoth, cuyo nombre ningún labio se atreve a pronunciar en voz alta, y que mastica vorazmente en cámaras inconcebibles y oscuras más allá del tiempo entre el golpeteo silenciado y enloquecedor de tambores viles y el zumbido delgado y monótono de flautas malditas; a las cuales percibe ese exasperante golpeteo y fleteo bailan lenta, torpemente y absurdamente los gigantescos Dioses Últimos, los otros Dioses ciegos, sin voz, tenebrosos, sin mente, cuya alma y mensajero es el caos reptante Nyarlathotep.

De estas cosas fue advertido Carter por los sacerdotes Nasht y Kaman-Thah en la caverna de la llama, pero aún así resolvió encontrar a los dioses en la Kadath desconocida en el desierto frío, dondequiera que fuera, y ganar de ellos la vista, el recuerdo y el refugio de la maravillosa ciudad de atardecer. Sabía que su viaje sería extraño y largo, y que los Grandes estarían en contra; pero siendo viejo en la tierra de sueños, contaba con muchos recuerdos útiles y dispositivos para ayudarlo. Así que pidiendo una bendición formal de los sacerdotes y pensando astutamente en su curso,

descendió valientemente los setecientos escalones hacia la Puerta de un Sueño Más Profundo y partió a través del Bosque Encantado.

En los túneles de aquel bosque retorcido, cuyos bajos y prodigiosos robles entrelazan ramas groping y brillan débilmente con la fosforescencia de extrañas hongos, habitan los furtivos y secretos Zoogs; que conocen muchos secretos oscuros del mundo de los sueños y algunos del mundo despierto, ya que el bosque en dos lugares toca las tierras de los hombres, aunque sería desastroso decir dónde. Ciertas rumores inexplicables, eventos y desapariciones ocurren entre los hombres donde los Zoogs tienen acceso, y es bueno que no puedan viajar lejos fuera del mundo de los sueños. Pero sobre las partes más cercanas del mundo de los sueños pasan libremente, revoloteando pequeños y marrones e invisibles y llevando de vuelta cuentos picantes para engañar las horas alrededor de sus hogares en el bosque que aman. La mayoría vive en madrigueras, pero algunos habitan los troncos de los grandes árboles; y aunque viven mayormente de hongos, se murmura que también tienen un ligero gusto por la carne, ya sea física o espiritual, pues ciertamente muchos soñadores han entrado en ese bosque y no han salido. Carter, sin embargo, no tenía miedo; pues era un viejo soñador y había aprendido su lenguaje alborotador y hecho muchos tratados con ellos; habiendo encontrado con su ayuda la espléndida ciudad de Celephais en Ooth-Nargai más allá de las Colinas Tanarianas, donde reina durante la mitad del año el gran Rey Kuranés, un hombre que había conocido bajo otro nombre en vida. Kuranés era el alma única que había ido a los abismos estelares y regresado libre de locura.

Atravesando ahora los bajos pasillos fosforescentes entre esos troncos gigantes, Carter hizo sonidos alborotadores al modo de los Zoogs, y escuchó de vez en cuando respuestas. Recordó que una aldea particular de las criaturas estaba en el centro del bosque, donde un círculo de grandes piedras musgosas en lo que alguna vez fue un claro cuentan de antiguos y más terribles habitantes ya olvidados, y hacia este lugar se apresuró. Trazó su camino por los grotescos hongos, que siempre parecen mejor alimentados a medida

que uno se acerca al círculo temido donde seres antiguos bailaban y sacrificaban. Finalmente, la gran luz de esos hongos más espesos reveló una vastedad siniestra verde y gris que se alzaba a través del techo del bosque y desaparecía de la vista. Este era el más cercano del gran anillo de piedras, y Carter sabía que estaba cerca de la aldea de Zoogs. Renovando su sonido alborotador, esperó pacientemente; y finalmente fue recompensado con una impresión de muchos ojos mirándolo. Eran los Zoogs, pues uno ve sus extraños ojos mucho antes de poder discernir sus pequeños contornos marrones y resbaladizos.

Salieron hacia afuera, de madrigueras ocultas y árboles con panales, hasta que toda la región tenue se llenó de ellos. Algunos de los más salvajes rozaron a Carter de manera desagradable, y uno incluso mordió con desagrado su oreja; pero estos espíritus rebeldes fueron pronto contenidos por sus ancianos. El Consejo de Sabios, reconociendo al visitante, ofreció un tazón de savia fermentada de un árbol encantado diferente a los demás, que había crecido de una semilla caída por alguien en la luna; y mientras Carter lo bebía ceremoniosamente, comenzó una conversación muy extraña. Los Zoogs, lamentablemente, no sabían dónde se encontraba la cima de Kadath, ni podían siquiera decir si el desierto frío está en nuestro mundo de sueños o en otro. Los rumores de los Grandes venían igualmente de todos los puntos; y uno solo podría decir que eran más probables de ser vistos en picos de montañas altas que en valles, ya que en tales picos bailan reminiscente cuando la luna está arriba y las nubes abajo.

Entonces uno de los Zoogs muy antiguos recordó algo nunca escuchado por los demás; y dijo que en Ulthar, más allá del Río Skai, aún persistía la última copia de aquellos inconcebiblemente antiguos Manuscritos Pnakóticos hechos por hombres despiertos en reinos boreales olvidados y llevados a la tierra de los sueños cuando los caníbales peludos Gnophkehs superaron a Olathoe de muchos templos y mataron a todos los héroes de la tierra de Lomar. Esos manuscritos, dijo, contaban mucho sobre los dioses, y además, en Ulthar había hombres que habían visto las señales de los dioses, e

incluso un viejo sacerdote que había escalado una gran montaña para contemplarlos bailando bajo la luz de la luna. Sin embargo, había fallado, aunque su compañero había tenido éxito y perecido sin nombre.

Así, Randolph Carter agradeció a los Zoogs, quienes revolotearon amigablemente y le dieron otro tazón de vino de árbol lunar para llevar con él, y partió a través del bosque fosforescente hacia el otro lado, donde los ríos Skai fluyen rápidos desde las laderas de Lerion, y Hatheg y Nir y Ulthar puntúan la llanura. Detrás de él, furtivos y no vistos, se arrastraron varios de los Zoogs curiosos; pues deseaban aprender qué podría sucederle, y llevar de vuelta la leyenda a su gente. Los robles vastos crecían más densos a medida que él se adentraba más allá de la aldea, y buscaba con atención un cierto lugar donde se despejarían un poco, permaneciendo muertos o moribundos entre los hongos anormalmente densos y el moho podrido y troncos blandos de sus hermanos caídos. Allí se giraría bruscamente, pues en ese lugar descansa una enorme losa de piedra en el suelo del bosque; y aquellos que se han atrevido a acercarse a ella dicen que lleva un anillo de hierro de tres pies de ancho. Recordando el antiguo círculo de grandes rocas musgosas, y para qué posiblemente fue erigido, los Zoogs no se detienen cerca de esa losa expansiva con su enorme anillo; pues se dan cuenta de que todo lo que se olvida no necesita necesariamente estar muerto, y no les gustaría ver la losa elevarse lenta y deliberadamente.

Carter se desvió en el lugar adecuado, y oyó detrás de él el aleteo asustado de algunos de los Zoogs más tímidos. Sabía que lo seguirían, por lo que no se perturbó; pues uno se acostumbra a las anomalías de estas criaturas inquisitivas. Era el crepúsculo cuando llegó al borde del bosque, y el resplandor creciente le dijo que era el crepúsculo de la mañana. Sobre las fértiles llanuras que descienden al Skai vio el humo de chimeneas de casas rurales, y por todos lados estaban los setos y campos arados y techos de paja de una tierra pacífica. Una vez se detuvo en un pozo de casa de campo para tomar un vaso de agua, y todos los perros ladraron asustadamente a los Zoogs discretos que se arrastraban por la hierba detrás. En otra

casa, donde la gente se despertaba, preguntó sobre los dioses y si bailaban a menudo en Lerion; pero el granjero y su esposa solo hicieron el Símbolo de los Ancianos y le indicaron el camino hacia Nir y Ulthar.

Al mediodía caminó por la única calle ancha y alta de Nir, que había visitado una vez y que marcaba sus viajes más lejanos en esa dirección; y poco después llegó al gran puente de piedra sobre el Skai, en cuyo tramo central los albañiles habían sellado un sacrificio humano vivo cuando lo construyeron trececientas veces cien años atrás. Una vez al otro lado, la frecuente presencia de gatos (que todos arquearon sus espaldas ante los Zoogs que arrastraban detrás) reveló la proximidad de Ulthar; pues en Ulthar, según una antigua y significativa ley, ningún hombre puede matar a un gato. Muy agradables eran los suburbios de Ulthar, con sus pequeñas casas verdes y finamente cercadas y sus granjas amuralladas; y aún más agradables era esa pintoresca ciudad misma, con sus antiguos techos puntiagudos y pisos superiores colgantes y innumerables chimeneas y estrechas calles colinadas donde se puede ver antiguos adoquines cada vez que los gráciles gatos ofrecen espacio suficiente. Carter, los gatos estando algo dispersos por los Zoogs apenas vistos, se abrió camino directamente hacia el modesto Templo de los Ancianos donde se decía que estaban los sacerdotes y los antiguos registros; y una vez dentro de esa venerable torre circular de piedra enredada con hiedra—que corona la colina más alta de Ulthar—buscó al patriarca Atal, que había subido a la pico prohibido Hatheg-Kla en el desierto pedregoso y había descendido nuevamente vivo.

Atal, sentado en un dais de marfil en un santuario adornado en la cima del templo, tenía ya tres siglos de edad; pero aún muy agudo de mente y memoria. De él Carter aprendió muchas cosas sobre los dioses, pero principalmente que en verdad solo son los dioses de la Tierra, gobernando débilmente nuestro propio mundo de sueños y sin poder o morada en otro lugar. Podrían, dijo Atal, atender a la oración de un hombre si está de buen humor; pero uno no debe pensar en escalar hasta su fortaleza de ónix en la Kadath desconocida en el desierto frío. Era afortunado que ningún hombre

supiera dónde están las torres de Kadath, pues los frutos de escalarlo serían muy graves. El compañero de Atal, Barzai el Sabio, había sido arrastrado gritando al cielo por escalar simplemente el pico conocido de Hatheg-Kla. Con la Kadath desconocida, si alguna vez se encuentra, los asuntos serían mucho peores; pues aunque los dioses de la Tierra a veces pueden ser superados por un mortal sabio, están protegidos por los Otros Dioses de afuera, de los cuales es mejor no hablar. Al menos dos veces en la historia del mundo, los Otros Dioses pusieron su sello sobre el granito primal de la Tierra; una vez en tiempos antediluvianos, según se deduce de un dibujo en esas partes de los Manuscritos Pnakóticos demasiado antiguos para leer, y otra vez en Hatheg-Kla cuando Barzai el Sabio intentó ver a los dioses de la Tierra bailando bajo la luz de la luna. Así que, dijo Atal, sería mucho mejor dejar a todos los dioses en paz excepto en súplicas táctiles.

Carter, aunque decepcionado por el desalentador consejo de Atal y por la escasa ayuda que se podía encontrar en los Manuscritos Pnakóticos y en los Siete Libros Crípticos de Hsan, no desesperó por completo. Primero preguntó al viejo sacerdote sobre esa maravillosa ciudad de atardecer vista desde la terraza railada, pensando que quizás podría encontrarla sin la ayuda de los dioses; pero Atal no pudo decirle nada. Probablemente, dijo Atal, el lugar pertenecía a su propio mundo de sueños especial y no a la tierra general de visión que muchos conocen; y posiblemente podría estar en otro planeta. En ese caso, los dioses de la Tierra no podrían guiarlo si quisieran. Pero esto no era probable, ya que la detención de los sueños mostraba bastante claramente que era algo que los Grandes deseaban ocultarle.

Entonces Carter hizo algo malo, ofreciendo a su ingenuo anfitrión tantos tragos del vino lunar que los Zoogs le habían dado que el viejo hombre se volvió irresponsablemente hablador. Privado de su reserva, el pobre Atal balbuceó libremente sobre cosas prohibidas; hablando de una gran imagen reportada por viajeros como tallada en la roca sólida de la montaña Ngranek, en la isla de Oriab en el Mar del Sur, y sugiriendo que podría ser una semejanza que los

dioses de la tierra una vez crearon con sus propios rasgos en los días en que bailaban bajo la luz de la luna en esa montaña. Y también tartamudeó que los rasgos de esa imagen son muy extraños, de modo que uno podría reconocerlos fácilmente, y que son signos seguros de la auténtica raza de los dioses.

Así, Carter comprendió de inmediato la utilidad de todo esto para encontrar a los dioses. Se sabe que disfrazados los más jóvenes de los Grandes a menudo se casan con las hijas de los hombres, de modo que alrededor de las fronteras del desierto frío donde se encuentra Kadath, los campesinos deben llevar toda su sangre. Siendo así, el camino para encontrar ese desierto debe ser ver la cara de piedra en Ngranek y marcar los rasgos; luego, habiéndolos notado con cuidado, buscar tales rasgos entre los hombres vivos. Donde están más claros y densos, allí los dioses deben residir más cerca; y cualquier desierto pedregoso que se encuentre detrás de las aldeas en ese lugar debe ser aquel en el cual se encuentra Kadath.

Muchos de los Grandes podrían ser aprendidos en tales regiones, y aquellos con su sangre podrían heredar algunos recuerdos muy útiles para un buscador. Podrían no conocer su ascendencia, pues a los dioses les disgusta tanto ser conocidos entre los hombres que no se encuentra a nadie que haya visto sus rostros de manera consciente; cosa que Carter comprendió incluso cuando intentaba escalar Kadath. Pero tendrían pensamientos loftos y extraños malinterpretados por sus compañeros, y cantarían sobre lugares lejanos y jardines tan distintos a cualquier conocido incluso en el mundo de los sueños que la gente común los llamaría locos; y de todo esto uno podría quizás aprender viejos secretos de Kadath, o ganar pistas sobre la maravillosa ciudad de atardecer que los dioses mantenían en secreto. Y más, en ciertos casos uno podría capturar a algún niño querido de un dios como rehén; o incluso capturar a algún joven dios mismo, disfrazado y viviendo entre los hombres con una comely campesina como su novia.

Sin embargo, Atal no sabía cómo encontrar Ngranek en su isla de Oriab; y recomendó que Carter siguiera el canto del Skai bajo sus

puentes hacia el Mar del Sur; donde ningún aldeano de Ulthar había estado jamás, pero de donde los comerciantes vienen en barcos o con largas caravanas de mulas y carros de dos ruedas. Hay una gran ciudad allí, Dyath-Leen, pero en Ulthar su reputación es mala debido a las negras galeras de tres bancos que navegan hacia ella con rubíes de ninguna orilla claramente nombrada. Los comerciantes que vienen de esas galeras para comerciar con los joyeros son humanos, o casi humanos, pero los remeros nunca son vistos; y no se considera saludable en Ulthar que los comerciantes comercien con barcos negros de lugares desconocidos cuyos remeros no pueden ser exhibidos.

Para cuando dio esta información, Atal estaba muy somnoliento, y Carter lo acostó suavemente en un sofá de ébano incrustado y recogió su larga barba decorosamente en su pecho. Al girarse para irse, observó que no le siguió ningún aleteo suprimido, y se preguntó por qué los Zoogs se habían vuelto tan laxos en su curiosa persecución. Luego notó a todos los gatos complacientes y relucientes de Ulthar lamiéndose las patas con un gusto inusual, y recordó la forma desagradable en que un Zoog joven especialmente insolente había mirado a un pequeño gatito negro en la calle adoquinada afuera. Y como amaba nada más en la tierra que los pequeños gatitos negros, se inclinó y acarició los gatos de Ulthar mientras lamían sus patas, y no lamentó porque esos Zoogs inquisitivos lo escoltarían más allá.

Era ya el atardecer, así que Carter se detuvo en una antigua posada en una empinada callecita que daba a la parte baja de la ciudad. Y mientras salía al balcón de su habitación y miraba hacia abajo al mar de tejados de tejas rojas y caminos empedrados, y los agradables campos más allá, todo suave y mágico bajo la luz inclinada, juró que Ulthar sería un lugar muy probable para habitar siempre, si no fuera por el recuerdo de una ciudad de atardeceres más grandiosa que siempre incita a uno a avanzar hacia peligros desconocidos. Luego cayó el crepúsculo, y las paredes rosas de los gables enlucidos se tornaron violetas y místicas, y pequeñas luces amarillas flotaron una a una desde viejas ventanas de celosía. Y

dulces campanas repicaron en la torre del templo arriba, y la primera estrella parpadeó suavemente sobre los prados al otro lado del Skai. Con la noche vino la canción, y Carter asintió mientras los lutineros alababan días antiguos desde los balcones filigranados y los patios teselados del sencillo Ulthar. Y podría haber habido dulzura incluso en las voces de los muchos gatos de Ulthar, pero eran mayormente pesados y silenciosos por extrañas festividades. Algunos de ellos se escapaban a esos reinos crípticos que solo conocen los gatos y que los aldeanos dicen que están en el lado oscuro de la luna, hacia donde los gatos saltan desde altos tejados, pero un pequeño gatito negro trepó las escaleras y saltó en el regazo de Carter para ronronear y jugar, y se acurrucó cerca de sus pies cuando finalmente se acostó en el pequeño sofá cuyas almohadas estaban rellenas de hierbas fragantes y adormecedoras.

Por la mañana, Carter se unió a una caravana de comerciantes con destino a Dylath-Leen con la lana hilada de Ulthar y los repollos de las ocupadas granjas de Ulthar. Y durante seis días cabalgaron con campanas tintineantes en el camino liso junto al Skai; deteniéndose algunas noches en las posadas de pequeños y pintorescos pueblos pesqueros, y otras noches acampando bajo las estrellas mientras fragmentos de canciones de barqueros venían del río plácido. El país era muy hermoso, con setos verdes y arboledas y pintorescas cabañas con picos y molinos de viento octagonales.

En el séptimo día, una borrosa columna de humo se elevó en el horizonte adelante, y luego las altas torres negras de Dylath-Leen, que está construida principalmente de basalto, Dylath-Leen con sus torres angulares y delgadas parece a lo lejos como un pedazo del Sendero del Gigante, y sus calles son oscuras y poco acogedoras. Hay muchas tabernas marinas lúgubres cerca de los innumerables muelles, y toda la ciudad está abarrotada de extraños marineros de todas las tierras de la tierra y de algunas que se dice no están en la tierra. Carter interrogó a los hombres extrañamente vestidos de esa ciudad sobre la cima de Ngranek en la isla de Oriab, y descubrió que lo conocían bien. Llegaban barcos de Baharna en esa isla, uno de los cuales debía regresar allí en solo un mes, y Ngranek está a solo dos

días de viaje en cebra desde ese puerto. Pero pocos habían visto la cara de piedra del dios, porque está en un lado muy difícil de Ngranek, que solo mira precipicios escarpados y un valle de lava siniestra. Una vez, los dioses se enfadaron con los hombres en ese lado y hablaron del asunto con los Otros Dioses.

Era difícil obtener esta información de los comerciantes y marineros en las tabernas marinas de Dylath-Leen, porque preferían susurrar sobre las galeras negras. Una de ellas debía llegar en una semana con rubíes de su orilla desconocida, y los habitantes de la ciudad temían verla atracar. Las bocas de los hombres que venían de ella para comerciar eran demasiado anchas, y la forma en que sus turbantes estaban encogidos en dos puntos sobre sus frentes era de mal gusto. Y sus zapatos eran los más cortos y raros jamás vistos en los Seis Reinos. Pero lo peor de todo era el asunto de los remeros invisibles. Esas tres filas de remos se movían demasiado rápida, precisa y vigorosamente para ser cómodas, y no era correcto que un barco permaneciera en el puerto durante semanas mientras los comerciantes comerciaban, sin dar ninguna visión de su tripulación. No era justo para los posaderos de Dylath-Leen, ni para los tenderos y carniceros, tampoco; porque nunca se enviaba ni una migaja de provisiones a bordo. Los comerciantes solo tomaban oro y esclavos negros robustos de Parg al otro lado del río. Eso era todo lo que tomaban, esos comerciantes de fealdad desagradable y sus remeros invisibles; nunca nada de los carniceros y tenderos, solo oro y los hombres negros gordos de Parg que compraban por libra. Y los olores de esas galeras que el viento del sur soplaba desde los muelles son indescriptibles. Solo fumando constantemente fuerte thagweed incluso el habitante más resistente de las antiguas tabernas marinas podía soportarlos. Dylath-Leen nunca habría tolerado las galeras negras si tales rubíes se hubieran podido obtener en otro lugar, pero ninguna mina en todo el mundo onírico de la tierra era conocida por producir los suyos.

De estas cosas, la gente cosmopolita de Dylath-Leen principalmente chismeaba mientras Carter esperaba pacientemente el barco de Baharna, que podría llevarlo a la isla donde las torres

esculpidas de Ngranek se elevan altas y desoladas. Mientras tanto, no dejaba de buscar a través de los refugios de viajeros lejanos cualquier historia que pudieran tener sobre Kadath en el frío páramo o una maravillosa ciudad de muros de mármol y fuentes de plata vistas bajo terrazas en el atardecer. Sin embargo, de estas cosas, no aprendió nada; aunque una vez pensó que un cierto viejo comerciante de ojos inclinados parecía extrañamente inteligente cuando se hablaba del frío páramo. Se decía que este hombre comerciaba con las horribles aldeas de piedra en el desierto helado de Leng, que no visitan personas sanas y cuyos fuegos malvados se ven por la noche desde lejos. Incluso se rumoreaba que había tratado con ese sumo sacerdote que no se debe describir, que lleva una máscara de seda amarilla sobre su rostro y habita solo en un monasterio de piedra prehistórico. Que una persona así podría haber tenido tratos con seres que posiblemente habitan en el frío páramo no se dudaba, pero Carter pronto descubrió que no tenía sentido interrogarlo.

Entonces la galera negra se deslizó en el puerto pasando el dique de basalto y el alto faro, silenciosa y alienígena, y con un extraño hedor que el viento del sur arrastraba hacia la ciudad. La inquietud susurraba a través de las tabernas a lo largo de ese muelle, y después de un rato los comerciantes oscuros de bocas anchas con turbantes encogidos y pies cortos se agruparon sigilosamente en la costa para buscar los bazares de los joyeros. Carter los observó de cerca, y más los miraba, más los desagradaba. Luego los vio subir a los hombres negros robustos de Parg por el puente de balsa gruñendo y sudando hacia esa singular galera, y se preguntó en qué tierras—o si en alguna tierra—esas criaturas tan patéticas podrían estar destinadas a servir.

Y en la tercera noche de la estancia de esa galera, uno de los comerciantes incómodos le habló, sonriendo pecaminosamente y aludiendo a lo que había oído en las tabernas sobre la búsqueda de Carter. Parecía tener conocimientos demasiado secretos para ser contados públicamente; y aunque el sonido de su voz era insoportablemente odioso, Carter sintió que la sabiduría de un

viajero tan lejano no debía pasarse por alto. Por lo tanto, le invitó a ser su huésped en cámaras cerradas arriba, y sacó lo último del vino lunar de Zoog para soltar su lengua. El extraño comerciante bebió con avidez, pero sonrió sin cambiar por el trago. Luego sacó una curiosa botella con su propio vino, y Carter vio que la botella era un único rubí ahuecado, grotescamente tallado con patrones demasiado fabulosos para ser comprendidos. Ofreció su vino a su anfitrión, y aunque Carter solo tomó un pequeño sorbo, sintió el mareo del espacio y la fiebre de junglas inimaginadas. Todo el tiempo, el invitado había estado sonriendo cada vez más ampliamente, y cuando Carter se desvaneció en el vacío, lo último que vio fue ese rostro oscuro y odioso convulsionado con una risa maligna y algo completamente indescriptible donde uno de los dos pompines frontales de ese turbante naranja se había desordenado con los sacudimientos de esa risa epiléptica.

A continuación, Carter tuvo conciencia entre olores horribles bajo un toldo similar a una tienda en la cubierta de un barco, con las costas maravillosas del Mar del Sur pasando a una velocidad antinatural. No estaba encadenado, pero tres de los comerciantes sardónicos oscuros estaban sonriendo cerca, y la vista de esos bultos en sus turbantes lo hacía casi desmayarse, al igual que el hedor que se filtraba a través de las escotillas siniestras. Vio deslizarse ante él las gloriosas tierras y ciudades de las que un soñador compañero de la tierra—un farero en el antiguo Kingsport—había hablado a menudo en los viejos tiempos, y reconoció las terrazas templadas de Zak, morada de sueños olvidados; las torres de la infame Thalarion, esa ciudad demoníaca de mil maravillas donde reina el eidola Lathi; los jardines carcelarios de Xura, tierra de placeres inalcanzados, y los cabos gemelos de cristal, que se encuentran arriba en un arco resplandeciente, que guardan el puerto de Sona-Nyl, tierra bendita de la fantasía.

Más allá de todas estas tierras espléndidas, el barco maloliente volaba de manera insalubre, impulsado por los remos anormales de esos remeros invisibles abajo. Y antes de que el día terminara, Carter vio que el timonel no podría tener otro objetivo que los

Pilares de Basalto del Oeste, más allá de los cuales la gente sencilla dice que yace la espléndida Cathuria, pero que los soñadores sabios bien saben que son las puertas de una catarata monstruosa donde los océanos del mundo onírico de la tierra caen totalmente a la nada abismal y disparan a través de los espacios vacíos hacia otros mundos y otras estrellas y los abismales vacíos fuera del universo ordenado donde el sultán-demonio Azathoth mastica con hambre en el caos entre golpeteos y silbidos y el baile infernal de los Otros Dioses, ciegos, sin voz, tenebrosos y sin mente, con su alma y mensajero Nyarlathotep.

Mientras tanto, los tres comerciantes sardónicos no decían palabra sobre su intención, aunque Carter sabía bien que debían estar aliados con aquellos que deseaban impedirle su búsqueda. Se entiende en la tierra de los sueños que los Otros Dioses tienen muchos agentes moviéndose entre los hombres; y todos estos agentes, ya sean completamente humanos o ligeramente menos que humanos, están ansiosos por trabajar la voluntad de esas cosas ciegas y sin mente a cambio del favor de su horrenda alma y mensajero, el caos arrastrándose Nyarlathotep. Así que Carter dedujo que los comerciantes de los turbantes encogidos, al enterarse de su audaz búsqueda de los Grandes en su castillo de Kadath, habían decidido llevárselo y entregarlo a Nyarlathotep por cualquier recompensa innombrable que pudiera ofrecerse por tal premio. Qué tierra podrían tener esos comerciantes, en nuestro universo conocido o en los espacios eldritch exteriores. Carter no podía adivinar; ni podía imaginar en qué trifulca infernal encontrarían al caos arrastrándose para entregarlo y reclamar su recompensa. Sin embargo, sabía que ningún ser tan casi humano como estos se atrevería a acercarse al trono nocturno definitivo del demonio Azathoth en el vacío central sin forma.

Al ponerse el sol, los comerciantes lamieron sus labios excesivamente anchos y miraron con hambre y uno de ellos fue abajo y regresó de alguna cabina oculta y ofensiva con una olla y una cesta de platos. Luego se agacharon juntos bajo el toldo y comieron la carne humeante que pasaban. Pero cuando le dieron a

Carter una porción, encontró algo muy terrible en su tamaño y forma; de modo que se volvió aún más pálido que antes y arrojó esa porción al mar cuando ningún ojo lo vio. Y de nuevo pensó en esos remeros invisibles abajo, y en la sospechosa alimentación de la cual derivaba su fuerza demasiado mecánica.

Estaba oscuro cuando la galera pasó entre los Pilares de Basalto del Oeste y el sonido de la catarata última creció ominoso desde adelante. Y el rocío de esa catarata se elevó para oscurecer las estrellas, y la cubierta se volvió húmeda, y la embarcación tambaleó en la corriente creciente del precipicio. Luego, con un silbido extraño y una inmersión, se dio el salto, y Carter sintió los terrores de una pesadilla mientras la tierra se alejaba y el gran barco disparaba silencioso y como un cometa hacia el espacio planetario. Nunca antes había conocido qué cosas negras sin forma acechan y retozan y se tambalean a través del éter, mirando de reojo y sonriendo a tales viajeros que pueden pasar, y a veces sintiendo con patas viscosas cuando algún objeto en movimiento excita su curiosidad. Estos son los larvas sin nombre de los Otros Dioses, y como ellos son ciegos y sin mente, y poseen singulares hambres y sedes.

Pero esa galera ofensiva no apuntaba tan lejos como Carter temía, pues pronto vio que el timonel estaba dirigiendo un rumbo directamente hacia la luna. La luna era una creciente que brillaba cada vez más grande a medida que se acercaban, y mostraba sus cráteres y picos singulares de manera incómoda. El barco se dirigió hacia el borde, y pronto quedó claro que su destino era ese lado secreto y misterioso que siempre está volteado lejos de la tierra, y que ninguna persona totalmente humana, salvo quizás el soñador Snireth-Ko, ha contemplado jamás. El aspecto cercano de la luna mientras la galera se acercaba resultó muy perturbador para Carter, y no le gustaba el tamaño y la forma de las ruinas que se desmoronaban aquí y allá. Los templos muertos en las montañas estaban tan colocados que no podrían haber glorificado a dioses adecuados o saludables, y en las simetrías de las columnas rotas parecía haber algún significado oscuro e interno que no invitaba a la

solución. Y qué podrían haber sido la estructura y las proporciones de los antiguos adoradores. Carter se negó firmemente a conjeturar.

Cuando el barco dobló el borde y navegó sobre esas tierras no vistas por el hombre, aparecieron en el extraño paisaje ciertos signos de vida, y Carter vio muchas cabañas bajas, anchas y redondas en campos de hongos grotescos blanquecinos. Notó que estas cabañas no tenían ventanas, y pensó que su forma sugería las chozas de los esquimales. Luego vislumbró las olas aceitosas de un mar lento, y supo que el viaje sería una vez más por agua—o al menos a través de algún líquido. La galera golpeó la superficie con un sonido peculiar, y la extraña forma elástica en que las olas lo recibieron fue muy desconcertante para Carter. Ahora se deslizaban a gran velocidad, una vez pasando y saludando a otra galera de forma similar, pero generalmente sin ver nada más que ese curioso mar y un cielo que era negro y salpicado de estrellas aunque el sol brillaba abrasadoramente en él.

Prontamente se alzaron delante las colinas dentadas de una costa de aspecto lepra, y Carter vio las gruesas y desagradables torres grises de una ciudad. La manera en que se inclinaban y doblaban, la forma en que estaban agrupadas, y el hecho de que no tenían ventanas en absoluto, era muy perturbador para el prisionero; y lamentó amargamente la necesidad que lo había hecho probar el curioso vino de ese comerciante con el turbante encogido. A medida que la costa se acercaba, y el hedor horrible de esa ciudad se hacía más fuerte, vio sobre las colinas dentadas muchos bosques, algunos de cuyos árboles reconoció como similares al solitario árbol lunar en el bosque encantado de la tierra, del cual la savia los pequeños Zoogs marrones fermentan su curioso vino.

Carter ahora podía distinguir figuras en movimiento en los muelles fétidos adelante, y cuanto mejor las veía, peor comenzaba a temerlas y detestarlas. Pues no eran hombres en absoluto, ni siquiera aproximadamente hombres, sino grandes cosas resbaladizas de color gris-blanco que podían expandirse y contraerse a voluntad, y cuya forma principal—aunque a menudo cambiaba—era la de una

especie de sapo sin ojos, pero con una curiosa masa vibrante de tentáculos cortos y rosados en el extremo de su hocico romo y vago. Estos objetos caminaban ocupadamente por los muelles, moviendo pacas, cajas y cajones con fuerza preternatural, y de vez en cuando saltando dentro o fuera de alguna galera anclada con largos remos en sus patas delanteras. Y de vez en cuando uno aparecía conduciendo una manada de esclavos agrupados, que en efecto eran seres humanos aproximados con bocas anchas como esos comerciantes que comerciaban en Dylath-Leen; solo que estas manadas, al no tener turbantes ni zapatos ni ropa, no parecían tan humanas después de todo. Algunos de los esclavos—los más gordos, a quienes una especie de capataz pellizcaba experimentalmente—eran descargados de barcos y clavados en cajas que los trabajadores empujaban hacia los almacenes bajos o cargaban en grandes furgonetas torpes.

Una vez se enganchó y se condujo una furgoneta, y la cosa fabulosa que la remolcaba fue tal que Carter jadeó, incluso después de haber visto las otras monstruosidades de ese lugar odioso. De vez en cuando, una pequeña manada de esclavos vestidos y turbanteados como los comerciantes oscuros sería conducida a bordo de una galera, seguida por una gran tripulación de las cosas resbaladizas de sapo como oficiales, navegantes y remeros. Y Carter vio que las criaturas casi humanas se reservaban para los tipos más ignominiosos de servidumbre que no requerían fuerza, como dirigir y cocinar, traer y llevar, y negociar con hombres en la tierra u otros planetas donde comerciaban. Estas criaturas debían haber sido convenientes en la tierra, pues realmente no eran muy diferentes de los hombres cuando estaban vestidos y cuidadosamente calzados y turbanteados, y podían regatear en las tiendas de los hombres sin vergüenza ni explicaciones curiosas. Pero la mayoría de ellas, a menos que fueran delgadas o de aspecto desfavorable, estaban desnudas y empacadas en cajas y retiradas en furgonetas torpes por cosas fabulosas. Ocasionalmente se descargaban y en cajas otras criaturas; algunas muy parecidas a estos semi-humanos, otras no tan similares, y algunas no similares en absoluto. Y se preguntó si

alguno de los pobres hombres negros robustos de Parg quedaba para ser descargado y en cajas y enviado al interior en esos desagradables carretas.

Cuando la galera atracó en un muelle de roca esponjosa de aspecto grasiento, una horda de pesadilla de cosas de sapo se retorció fuera de las escotillas, y dos de ellas agarraron a Carter y lo arrastraron a tierra. El olor y el aspecto de esa ciudad son indescriptibles, y Carter solo tenía imágenes dispersas de las calles tejaladas y las puertas negras y los precipicios interminables de paredes verticales grises sin ventanas. Al fin, fue arrastrado dentro de una puerta baja y obligado a subir infinitos escalones en la oscuridad total. Al parecer, para las cosas de sapo no importaba si era de día o de noche. El olor del lugar era intolerable, y cuando Carter fue encerrado en una cámara y dejado solo apenas tenía fuerzas para arrastrarse y asentar su forma y dimensiones. Era circular, y tenía unos veinte pies de diámetro.

Desde entonces, el tiempo dejó de existir. A intervalos se empujaba comida, pero Carter no la tocaba. No sabía cuál sería su destino; pero sentía que lo retenían para la llegada de esa alma y mensajero espantoso de los Otros Dioses del infinito, el caos arrastrándose Nyarlathotep. Finalmente, después de un lapso de horas o días no calculados, la gran puerta de piedra se abrió de nuevo ampliamente, y Carter fue empujado por las escaleras y sacado a las calles iluminadas de rojo de esa ciudad temible. Era de noche en la luna, y por toda la ciudad estaban estacionados esclavos llevando antorchas.

En una plaza detestable se formaba una especie de procesión; diez de las cosas de sapo y veinticuatro portadores de antorchas casi humanos, once a cada lado, y uno al frente y otro detrás. Carter fue colocado en el medio de la fila; cinco cosas de sapo adelante y cinco atrás, y un portador de antorchas casi humano a cada lado de él. Ciertos de las cosas de sapo producían flautas de marfil grotescamente talladas y emitían sonidos repugnantes. A ese infame silbido infernal, la columna avanzó desde las calles tejaladas hacia

llanuras nocturnas de hongos obscenos, comenzando pronto a escalar una de las colinas más bajas y graduales que se encontraban detrás de la ciudad. Que en alguna pendiente espantosa o meseta blasfema el caos arrastrándose esperaba, Carter no lo dudaba; y deseaba que el suspense pronto terminara. El quejido de esas flautas impías era chocante, y hubiera dado mundos por algún sonido incluso medio normal; pero estas cosas de sapo no tenían voces, y los esclavos no hablaban.

Entonces, a través de esa oscuridad salpicada de estrellas, sí llegó un sonido normal. Provenía de las colinas más altas, y desde todos los picos dentados a su alrededor se capturaba y resonaba en un coro pandemoníaco creciente. Era el grito de medianoche del gato, y Carter supo al fin que la gente vieja del pueblo tenía razón cuando hacían conjeturas vagas sobre los reinos crípticos que solo conocen los gatos, y a los que los ancianos entre los gatos recurren furtivamente de noche, saltando desde altos tejados. En verdad, es al lado oscuro de la luna al que van para saltar y brincar en las colinas y conversar con sombras antiguas, y aquí, en medio de esa columna de cosas fétidas, Carter escuchó su llamado hogareño y amistoso, y pensó en los techos empinados y las cálidas chimeneas y las pequeñas ventanas iluminadas del hogar.

Ahora, gran parte del lenguaje de los gatos era conocido por Randolph Carter, y en este lugar tan lejano y terrible él emitió el grito que correspondía. Pero no necesitaba haberlo hecho, pues incluso cuando sus labios se abrieron, escuchó el coro intensificarse y acercarse, y vio sombras rápidas contra las estrellas mientras pequeñas y gráciles figuras saltaban de colina en colina en legiones reunidas. Se había dado el llamado del clan, y antes de que la procesión fétida tuviera tiempo de asustarse, una nube de pelo asfixiante y una falange de garras asesinas estaban sobre ella de manera marea y tempestuosa. Las flautas se detuvieron, y hubo chillidos en la noche. Los casi humanos moribundos gritaban, y los gatos escupían, aullaban y rugían, pero las cosas de sapo nunca hacían sonido mientras su hediondo ícor fatal rezumaba sobre esa tierra porosa con los hongos obscenos.

Fue una vista estrepitosa mientras las antorchas ardían, y Carter nunca antes había visto tantos gatos. Negros, grises y blancos; amarillos, tigres y mezclados; comunes, persas y Manx, tibetanos, Angoras y egipcios; todos estaban allí en la furia de la batalla, y sobre ellos flotaba alguna huella de esa santidad profunda e inviolable que hacía grande a su diosa en los templos de Bubastis. Saltarían siete fuertes a la garganta de un casi humano o al hocico tentacular rosado de una cosa de sapo y lo arrastrarían salvajemente hacia la llanura fungosa, donde miríadas de sus semejantes lo asaltarían y entrarían en él con las garras y dientes frenéticos de una furia de batalla divina. Carter había agarrado una antorcha de un esclavo abatido, pero pronto fue sobrepasado por las olas crecientes de sus leales defensores. Luego yacía en la oscuridad total escuchando el clamor de la guerra y los gritos de los vencedores, y sintiendo las suaves patas de sus amigos mientras corrían de un lado a otro sobre él en la refriega.

Finalmente, el asombro y el agotamiento cerraron sus ojos, y cuando los abrió de nuevo, se encontraba en una escena extraña. El gran disco brillante de la tierra, trece veces mayor que el de la luna como lo vemos, se había elevado con inundaciones de luz extraña sobre el paisaje lunar; y a través de todas esas ligas de mesetas salvajes y crestas dentadas se apretujaba un mar interminable de gatos en ordenadas filas. Círculo tras círculo alcanzaban, y dos o tres líderes de las filas estaban lamiendo su rostro y ronroneando consoladoramente para él. De los esclavos muertos y las cosas de sapo no había muchos signos, pero Carter pensó que vio un hueso un poco más lejos en el espacio abierto entre él y los guerreros.

Carter ahora habló con los líderes en el suave lenguaje de los gatos, y aprendió que su antigua amistad con la especie era bien conocida y a menudo hablada en los lugares donde los gatos se congregan. No había pasado desapercibido en Ulthar cuando transitó, y los viejos gatos elegantes habían recordado cómo los acariciaba después de que atendieran a los hambrientos Zoogs que miraban malvadamente a un pequeño gatito negro. Y también recordaron cómo dio la bienvenida al pequeño gatito que vino a

verlo en la posada, y cómo le dio un platillo de rica crema por la mañana antes de irse. El abuelo de ese pequeño gatito era el líder del ejército ahora reunido, pues había visto la procesión maligna desde una colina lejana y reconoció al prisionero como un amigo jurado de su especie en la tierra y en la tierra de los sueños.

Un aullido ahora vino de un pico más lejano, y el viejo líder se detuvo abruptamente en su conversación. Era uno de los puestos avanzados del ejército, estacionado en la más alta de las montañas para vigilar al único enemigo que los gatos de la Tierra temen; los gatos muy grandes y peculiares de Saturno, que por alguna razón no han olvidado el encanto del lado oscuro de nuestra luna. Están aliadas por tratado con las malvadas cosas de sapo, y son notoriamente hostiles a nuestros gatos terrestres; de modo que en este momento una reunión habría sido un asunto algo grave.

Después de una breve consulta de generales, los gatos se levantaron y asumieron una formación más cerrada, aglomerándose protectivamente alrededor de Carter y preparándose para dar el gran salto a través del espacio de regreso a los tejados de nuestra tierra y su mundo de sueños. El viejo mariscal de campo aconsejó a Carter que se dejara llevar suavemente y pasivamente en las filas masivas de saltadores peludos, y le dijo cómo saltar cuando los demás saltaran y aterrizar con gracia cuando los demás aterrizaran. También se ofreció a depositarlo en cualquier lugar que deseara, y Carter decidió en la ciudad de Dylath-Leen de donde había partido la galera negra; pues deseaba navegar desde allí hacia Oriab y la cresta tallada de Ngranek, y también advertir a la gente de la ciudad para que no comerciaran más con las galeras negras, si es que ese comercio podía romperse de manera táctica y juiciosa. Luego, al señal, todos los gatos saltaron con gracia con su amigo asegurado en medio de ellos; mientras en una cueva negra en una cumbre no sagrada de las montañas lunares aún esperaba en vano el caos arrastrándose Nyarlathotep.

El salto de los gatos a través del espacio fue muy rápido; y estando rodeado por sus compañeros, Carter esta vez no vio las

grandes formas negras sin forma que acechan y retozan y se tambalean en el abismo. Antes de que pudiera darse cuenta completamente de lo que había sucedido, estaba de regreso en su habitación familiar en la posada de Dylath-Leen, y los gatos sigilosos y amistosos salían por la ventana en corrientes. El viejo líder de Ulthar fue el último en irse, y mientras Carter sacudía su pata, dijo que podría llegar a casa al amanecer. Cuando amaneció, Carter bajó las escaleras y supo que había pasado una semana desde su captura y salida. Todavía quedaban casi dos semanas para esperar el barco con destino a Oriab, y durante ese tiempo él decía lo que podía contra las galeras negras y sus infames modos. La mayoría de los habitantes de la ciudad le creyeron; sin embargo, tan aferrados estaban los joyeros a los grandes rubíes que ninguno prometió completamente cesar de comerciar con los comerciantes de boca ancha. Si alguna vez algo de mal acontece en Dylath-Leen a través de tal comercio, no será su culpa.

En aproximadamente una semana, el barco deseado atracó junto al dique negro y el alto faro, y Carter se alegró de ver que era una barca de hombres saludables, con costados pintados y velas latinas amarillas y un capitán gris en ropas de seda. Su carga era la resina fragante de los arboledas interiores de Oriab, y la delicada cerámica horneada por los artistas de Baharna, y las extrañas pequeñas figuras talladas de la antigua lava de Ngranek. Por esto fueron pagados en la lana de Ulthar y los textiles iridiscentes de Hatheg y el marfil que los hombres negros tallan al otro lado del río en Parg. Carter hizo arreglos con el capitán para ir a Baharna y le dijeron que el viaje tomaría diez días. Y durante su semana de espera habló mucho con ese capitán de Ngranek, y le dijeron que muy pocos habían visto la cara tallada allí; pero que la mayoría de los viajeros se contentan con aprender sus leyendas de ancianos y recolectores de lava y hacedores de imágenes en Baharna y luego dicen en sus hogares lejanos que efectivamente la han contemplado. El capitán ni siquiera estaba seguro de que alguna persona ahora viva hubiera visto esa cara tallada, pues el lado incorrecto de Ngranek es muy difícil y desolado y siniestro, y hay rumores de cuevas cerca de la

cima donde habitan los gaunts nocturnos. Pero el capitán no quiso decir exactamente cómo podría ser un gaunt nocturno, ya que se sabe que tales bestias acechan persistentemente los sueños de aquellos que piensan demasiado en ellos. Luego Carter preguntó a ese capitán sobre el Kadath desconocido en el páramo frío, y sobre la maravillosa ciudad al atardecer, pero de estos el buen hombre verdaderamente no pudo contar nada.

Carter navegó fuera de Dylath-Leen una mañana temprano cuando la marea cambió, y vio los primeros rayos del amanecer en las torres angulares delgadas de esa lúgubre ciudad de basalto. Y durante dos días navegaron hacia el este a la vista de costas verdes, y vieron a menudo los agradables pueblos pesqueros que subían empinadamente con sus techos rojos y chimeneas desde viejos muelles soñadores y playas donde las redes se secaban. Pero en el tercer día giraron bruscamente hacia el sur donde el oleaje del agua era más fuerte, y pronto pasaron de la vista de cualquier tierra. En el quinto día los marineros estaban nerviosos, pero el capitán se disculpó por sus temores, diciendo que el barco estaba a punto de pasar sobre las paredes cubiertas de maleza y las columnas rotas de una ciudad hundida demasiado vieja para la memoria, y que cuando el agua estaba clara se podían ver tantas sombras móviles en ese lugar profundo que la gente sencilla lo desagradecía. Además, admitió que muchos barcos se habían perdido en esa parte del mar; habiendo sido saludados cuando estaban bastante cerca de él, pero nunca vistos de nuevo.

Esa noche la luna estaba muy brillante, y se podía ver un gran camino abajo en el agua. Había tan poco viento que el barco no podía moverse mucho, y el océano estaba muy calmado. Mirando sobre la borda, Carter vio a muchas profundidades el domo de un gran templo, y frente a él una avenida de esfinges antinaturales que conducían a lo que una vez fue una plaza pública. Los delfines jugaban alegremente dentro y fuera de las ruinas, y los marsopas se regocijaban torpemente aquí y allá, a veces saliendo a la superficie y saltando fuera del mar. A medida que el barco se desplazaba un poco, el fondo del océano se elevó en colinas, y se podían marcar

claramente las líneas de antiguas calles ascendentes y las paredes erosionadas de innumerables pequeñas casas.

Luego aparecieron los suburbios, y finalmente un gran edificio solitario en una colina, de arquitectura más simple que las otras estructuras, y en mucho mejor estado. Estaba oscuro y bajo y cubría cuatro lados de un cuadrado, con una torre en cada esquina, una corte pavimentada en el centro, y pequeñas ventanas redondas curiosas por todo el edificio. Probablemente era de basalto, aunque las malezas cubrían la mayor parte; y tal era su lugar solitario e impresionante en esa colina lejana que podría haber sido un templo o un monasterio. Algunos peces fosforescentes dentro daban a las pequeñas ventanas redondas un aspecto de brillo, y Carter no culpó mucho a los marineros por sus temores. Luego, bajo la luz acuática de la luna, notó un monolito alto extraño en el medio de esa corte central, y vio que algo estaba atado a él. Y cuando, después de obtener un telescopio de la cabina del capitán, vio que esa cosa atada era un marinero en las ropas de seda de Oriab, cabeza hacia abajo y sin ojos, se alegró de que una brisa creciente pronto llevara el barco hacia partes más saludables del mar.

Al día siguiente hablaron con un barco de velas violetas con destino a Zar, en la tierra de los sueños olvidados, con bulbos de lirios de colores extraños como carga. Y en la noche del undécimo día llegaron a la vista la isla de Oriab, con Ngranek elevándose dentado y coronado de nieve en la distancia. Oriab es una isla muy grande, y su puerto de Baharna una ciudad poderosa. Los muelles de Baharna son de pórvido, y la ciudad se eleva en grandes terrazas de piedra detrás de ellos, teniendo calles de escalones que frecuentemente son arqueradas por edificios y los puentes entre edificios. Hay un gran canal que pasa bajo toda la ciudad en un túnel con puertas de granito y conduce al lago interior de Yath, en cuya orilla lejana están las vastas ruinas de ladrillo de arcilla de una ciudad primitiva cuyo nombre no se recuerda. Mientras el barco entraba en el puerto al anochecer, los faros gemelos Thon y Thal brillaron una bienvenida, y en todas las millones de ventanas de las terrazas de Baharna, luces suaves asomaban tranquilamente y

gradualmente mientras las estrellas asomaban sobre ellas en el crepúsculo, hasta que ese puerto marítimo empinado y ascendente se convirtió en una constelación brillante colgada entre las estrellas del cielo y los reflejos de esas estrellas en el puerto tranquilo.

El capitán, después de desembarcar, hizo a Carter su huésped en su propia casa pequeña en las orillas de Yath, donde la parte trasera de la ciudad se inclina hacia ella; y su esposa y sirvientes trajeron extraños y deliciosos alimentos para el deleite del viajero. Y en los días siguientes, Carter buscó rumores y leyendas de Ngranek en todas las tabernas y lugares públicos donde se reúnen los recolectores de lava y hacedores de imágenes, pero no pudo encontrar a nadie que hubiera subido las pendientes más altas o visto la cara tallada. Ngranek era una montaña dura con solo un valle maldito detrás de ella, y además, uno nunca podía depender de la certeza de que los gaunts nocturnos sean completamente fabulosos.

Cuando el capitán navegó de regreso a Dylath-Leen, Carter tomó habitación en una antigua taberna que abría en una callejón de escalones en la parte original de la ciudad, que está construida de ladrillo y se asemeja a las ruinas en la orilla lejana de Yath. Aquí hizo sus planes para el ascenso de Ngranek, y correlacionó todo lo que había aprendido de los recolectores de lava sobre los caminos hacia allí. El posadero de la taberna era un hombre muy viejo, y había escuchado tantas leyendas que fue de gran ayuda. Incluso llevó a Carter a una habitación superior en esa casa antigua y le mostró una imagen cruda que un viajero había rayado en la pared de arcilla en los viejos tiempos cuando los hombres eran más audaces y menos reacios a visitar las pendientes más altas de Ngranek. El bisabuelo del posadero de la taberna había escuchado de su bisabuelo que el viajero que rayó esa imagen había escalado Ngranek y visto la cara tallada, dibujándola aquí para que otros la contemplaran; pero Carter tenía muchas dudas, ya que las grandes características ásperas en la pared eran apresuradas y descuidadas, y completamente opacadas por una multitud de pequeñas formas

acompañantes de mal gusto, con cuernos y alas y garras y colas rizadas.

Finalmente, habiendo obtenido toda la información que probablemente obtendría en las tabernas y lugares públicos de Baharna, Carter alquiló una cebra y salió una mañana por la carretera junto a la orilla de Yath hacia esas partes interiores donde se encuentran las torres de piedra de Ngranek. A su derecha había colinas ondulantes y agradables huertos y pequeñas casas de piedra ordenadas, y le recordaron mucho a esos campos fértiles que flanquean el Skai. Al anochecer estaba cerca de las ruinas antiguas sin nombre en la orilla lejana de Yath, y aunque los recolectores de lava viejos le habían advertido que no acampara allí por la noche, ató su cebra a un pilar curioso frente a una pared derruida y colocó su manta en una esquina protegida bajo algunos grabados cuyo significado nadie podía descifrar. A su alrededor se envolvió en otra manta, pues las noches son frías en Oriab; y cuando al despertar una vez pensó sentir las alas de algún insecto rozando su rostro, cubrió completamente su cabeza y durmió en paz hasta ser despertado por los pájaros magah en arboledas de resina distantes.

El sol acababa de salir sobre la gran pendiente donde ligas de cimientos de ladrillo primitivo y paredes gastadas y ocasionales pilares y pedestales se extendían desolados hacia la orilla de Yath, y Carter buscó a su cebra atada. Gran fue su consternación al ver que esa bestia dócil yacía tendida al lado del pilar curioso al que había sido atada, y aún mayor fue su molestia al encontrar que el corcel estaba completamente muerto, con toda su sangre extraída a través de una herida singular en su garganta. Su mochila había sido perturbada, y varios cachivaches brillantes habían sido llevados, y alrededor en el suelo polvoriento había grandes huellas con dedos para las cuales no podía de ninguna manera explicar. Le vinieron a la mente las leyendas y advertencias de los recolectores de lava, y pensó en lo que le había rozado el rostro en la noche. Luego se colocó la mochila sobre los hombros y avanzó hacia Ngranek, aunque no sin temblar al ver cerca de él, a medida que la carretera pasaba por las ruinas, un gran arco abierto bajo la pared de un

antiguo templo, con escalones que descendían hacia una oscuridad más allá de lo que podía vislumbrar.

Su rumbo ahora se dirigía cuesta arriba a través de un país más salvaje y parcialmente boscoso, y solo veía las chozas de los carboneros y el campamento de aquellos que recolectaban resina de los arboledas. El aire entero estaba fragante con bálsamo, y todos los pájaros magah cantaban alegremente mientras despleaban sus siete colores al sol. Cerca del atardecer llegó a un nuevo campamento de recolectores de lava que regresaban con sacos cargados de las pendientes más bajas de Ngranek; y aquí también acampó, escuchando las canciones y cuentos de los hombres, y oyendo lo que susurraban sobre un compañero que habían perdido. Había escalado alto para alcanzar una masa de lava fina encima de él, y al caer la noche no regresó con sus compañeros. Cuando lo buscaron al día siguiente, solo encontraron su turbante, y no había ningún signo en los escarpados acantilados abajo de que hubiera caído. No buscaron más, porque los hombres viejos entre ellos decían que no serviría de nada. Nadie nunca encontró lo que los gaunts nocturnos llevaban, aunque esas bestias mismas eran tan inciertas que casi eran fabulosas. Carter les preguntó si los gaunts nocturnos chupaban sangre y les gustaban las cosas brillantes y dejaban huellas con dedos, pero todos negaron con la cabeza y parecían asustados por su pregunta. Cuando vio lo taciturno que se habían vuelto, no les preguntó más, sino que fue a dormir en su manta.

Al día siguiente se levantó con los recolectores de lava y se despidió mientras ellos montaban hacia el oeste y él montaba hacia el este en una cebra que había comprado de ellos. Sus hombres mayores le dieron bendiciones y advertencias, y le dijeron que sería mejor que no escalara demasiado alto en Ngranek, pero mientras ellos le agradecía de todo corazón, de ninguna manera fue disuadido. Porque aún sentía que debía encontrar a los dioses en el Kadath desconocido; y ganar de ellos una manera hacia esa ciudad encantada y maravillosa al atardecer. Al mediodía, después de una larga subida cuesta arriba, llegó a unas ruinas antiguas sin nombre

en la orilla lejana de Yath, y aunque los recolectores de lava viejos le habían advertido que no acampara allí por la noche, ató su cebrá a un pilar curioso frente a una pared derruida y colocó su manta en una esquina protegida bajo algunos grabados cuyo significado nadie podía descifrar. A su alrededor se envolvió en otra manta, pues las noches son frías en Oriab; y cuando al despertar una vez pensó sentir las alas de algún insecto rozando su rostro, cubrió completamente su cabeza y durmió en paz hasta ser despertado por los pájaros magah en arboledas de resina distantes.

El sol acababa de salir sobre la gran pendiente donde ligas de cimientos de ladrillo primitivo y paredes gastadas y ocasionales pilares y pedestales se extendían desolados hacia la orilla de Yath, y Carter buscó a su cebrá atada. Gran fue su consternación al ver que esa bestia dócil yacía tendida al lado del pilar curioso al que había sido atada, y aún mayor fue su molestia al encontrar que el corcel estaba completamente muerto, con toda su sangre extraída a través de una herida singular en su garganta. Su mochila había sido perturbada, y varios cachivaches brillantes habían sido llevados, y alrededor en el suelo polvoriento había grandes huellas con dedos para las cuales no podía de ninguna manera explicar. Le vinieron a la mente las leyendas y advertencias de los recolectores de lava, y pensó en lo que le había rozado el rostro en la noche. Luego se colocó la mochila sobre los hombros y avanzó hacia Ngranek, aunque no sin temblar al ver cerca de él, a medida que la carretera pasaba por las ruinas, un gran arco abierto bajo la pared de un antiguo templo, con escalones que descendían hacia una oscuridad más allá de lo que podía vislumbrar.

Su rumbo ahora se dirigía cuesta arriba a través de un país más salvaje y parcialmente boscoso, y solo veía las chozas de los carboneros y el campamento de aquellos que recolectaban resina de los arboledas. El aire entero estaba fragante con bálsamo, y todos los pájaros magah cantaban alegremente mientras desplegaban sus siete colores al sol. Cerca del atardecer llegó a un nuevo campamento de recolectores de lava que regresaban con sacos cargados de las pendientes más bajas de Ngranek; y aquí también

acampó, escuchando las canciones y cuentos de los hombres, y oyendo lo que susurraban sobre un compañero que habían perdido. Había escalado alto para alcanzar una masa de lava fina encima de él, y al caer la noche no regresó con sus compañeros. Cuando lo buscaron al día siguiente, solo encontraron su turbante, y no había ningún signo en los escarpados acantilados abajo de que hubiera caído. No buscaron más, porque los hombres viejos entre ellos decían que no serviría de nada. Nadie nunca encontró lo que los gaunts nocturnos llevaban, aunque esas bestias mismas eran tan inciertas que casi eran fabulosas. Carter les preguntó si los gaunts nocturnos chupaban sangre y les gustaban las cosas brillantes y dejaban huellas con dedos, pero todos negaron con la cabeza y parecían asustados por su pregunta. Cuando vio lo taciturno que se habían vuelto, no les preguntó más, sino que fue a dormir en su manta.

Al día siguiente se levantó con los recolectores de lava y se despidió mientras ellos montaban hacia el oeste y él montaba hacia el este en una cebrá que había comprado de ellos. Sus hombres mayores le dieron bendiciones y advertencias, y le dijeron que sería mejor que no escalara demasiado alto en Ngranek, pero mientras ellos le agradecía de todo corazón, de ninguna manera fue disuadido. Porque aún sentía que debía encontrar a los dioses en el Kadath desconocido; y ganar de ellos una manera hacia esa ciudad encantada y maravillosa al atardecer. Al mediodía, después de una larga subida cuesta arriba, llegó a unas ruinas antiguas sin nombre en la orilla lejana de Yath, y aunque los recolectores de lava viejos le habían advertido que no acampara allí por la noche, ató su cebrá a un pilar curioso frente a una pared derruida y colocó su manta en una esquina protegida bajo algunos grabados cuyo significado nadie podía descifrar. A su alrededor se envolvió en otra manta, pues las noches son frías en Oriab; y cuando al despertar una vez pensó sentir las alas de algún insecto rozando su rostro, cubrió completamente su cabeza y durmió en paz hasta ser despertado por los pájaros magah en arboledas de resina distantes.

El sol acababa de salir sobre la gran pendiente donde ligas de cimientos de ladrillo primitivo y paredes gastadas y ocasionales pilares y pedestales se extendían desolados hacia la orilla de Yath, y Carter buscó a su cebra atada. Gran fue su consternación al ver que esa bestia dócil yacía tendida al lado del pilar curioso al que había sido atada, y aún mayor fue su molestia al encontrar que el corcel estaba completamente muerto, con toda su sangre extraída a través de una herida singular en su garganta. Su mochila había sido perturbada, y varios cachivaches brillantes habían sido llevados, y alrededor en el suelo polvoriento había grandes huellas con dedos para las cuales no podía de ninguna manera explicar. Le vinieron a la mente las leyendas y advertencias de los recolectores de lava, y pensó en lo que le había rozado el rostro en la noche. Luego se colocó la mochila sobre los hombros y avanzó hacia Ngranek, aunque no sin temblar al ver cerca de él, a medida que la carretera pasaba por las ruinas, un gran arco abierto bajo la pared de un antiguo templo, con escalones que descendían hacia una oscuridad más allá de lo que podía vislumbrar.

Su rumbo ahora se dirigía cuesta arriba a través de un país más salvaje y parcialmente boscoso, y solo veía las chozas de los carboneros y el campamento de aquellos que recolectaban resina de los arboledas. El aire entero estaba fragante con bálsamo, y todos los pájaros magah cantaban alegremente mientras desplegaban sus siete colores al sol. Cerca del atardecer llegó a un nuevo campamento de recolectores de lava que regresaban con sacos cargados de las pendientes más bajas de Ngranek; y aquí también acampó, escuchando las canciones y cuentos de los hombres, y oyendo lo que susurraban sobre un compañero que habían perdido. Había escalado alto para alcanzar una masa de lava fina encima de él, y al caer la noche no regresó con sus compañeros. Cuando lo buscaron al día siguiente, solo encontraron su turbante, y no había ningún signo en los escarpados acantilados abajo de que hubiera caído. No buscaron más, porque los hombres viejos entre ellos decían que no serviría de nada. Nadie nunca encontró lo que los gaunts nocturnos llevaban, aunque esas bestias mismas eran tan

inciertas que casi eran fabulosas. Carter les preguntó si los gaunts nocturnos chupaban sangre y les gustaban las cosas brillantes y dejaban huellas con dedos, pero todos negaron con la cabeza y parecían asustados por su pregunta. Cuando vio lo taciturno que se habían vuelto, no les preguntó más, sino que fue a dormir en su manta.

Al día siguiente se levantó con los recolectores de lava y se despidió mientras ellos montaban hacia el oeste y él montaba hacia el este en una cebra que había comprado de ellos. Sus hombres mayores le dieron bendiciones y advertencias, y le dijeron que sería mejor que no escalara demasiado alto en Ngranek, pero mientras ellos le agradecía de todo corazón, de ninguna manera fue disuadido. Porque aún sentía que debía encontrar a los dioses en el Kadath desconocido; y ganar de ellos una manera hacia esa ciudad encantada y maravillosa al atardecer. Al mediodía, después de una larga subida cuesta arriba, llegó a unas ruinas antiguas sin nombre en la orilla lejana de Yath, y aunque los recolectores de lava viejos le habían advertido que no acampara allí por la noche, ató su cebr a un pilar curioso frente a una pared derruida y colocó su manta en una esquina protegida bajo algunos grabados cuyo significado nadie podía descifrar. A su alrededor se envolvió en otra manta, pues las noches son frías en Oriab; y cuando al despertar una vez pensó sentir las alas de algún insecto rozando su rostro, cubrió completamente su cabeza y durmió en paz hasta ser despertado por los pájaros magah en arboledas de resina distantes.

El sol acababa de salir sobre la gran pendiente donde ligas de cimientos de ladrillo primitivo y paredes gastadas y ocasionales pilares y pedestales se extendían desolados hacia la orilla de Yath, y Carter buscó a su cebr a atada. Gran fue su consternación al ver que esa bestia dócil yacía tendida al lado del pilar curioso al que había sido atada, y aún mayor fue su molestia al encontrar que el corcel estaba completamente muerto, con toda su sangre extraída a través de una herida singular en su garganta. Su mochila había sido perturbada, y varios cachivaches brillantes habían sido llevados, y alrededor en el suelo polvoriento había grandes huellas con dedos

para las cuales no podía de ninguna manera explicar. Le vinieron a la mente las leyendas y advertencias de los recolectores de lava, y pensó en lo que le había rozado el rostro en la noche. Luego se colocó la mochila sobre los hombros y avanzó hacia Ngranek, aunque no sin temblar al ver cerca de él, a medida que la carretera pasaba por las ruinas, un gran arco abierto bajo la pared de un antiguo templo, con escalones que descendían hacia una oscuridad más allá de lo que podía vislumbrar.

Su rumbo ahora se dirigía cuesta arriba a través de un país más salvaje y parcialmente boscoso, y solo veía las chozas de los carboneros y el campamento de aquellos que recolectaban resina de los arboledas. El aire entero estaba fragante con bálsamo, y todos los pájaros magah cantaban alegremente mientras desplegaban sus siete colores al sol. Cerca del atardecer llegó a un nuevo campamento de recolectores de lava que regresaban con sacos cargados de las pendientes más bajas de Ngranek; y aquí también acampó, escuchando las canciones y cuentos de los hombres, y oyendo lo que susurraban sobre un compañero que habían perdido. Había escalado alto para alcanzar una masa de lava fina encima de él, y al caer la noche no regresó con sus compañeros. Cuando lo buscaron al día siguiente, solo encontraron su turbante, y no había ningún signo en los escarpados acantilados abajo de que hubiera caído. No buscaron más, porque los hombres viejos entre ellos decían que no serviría de nada. Nadie nunca encontró lo que los gaunts nocturnos llevaban, aunque esas bestias mismas eran tan inciertas que casi eran fabulosas. Carter les preguntó si los gaunts nocturnos chupaban sangre y les gustaban las cosas brillantes y dejaban huellas con dedos, pero todos negaron con la cabeza y parecían asustados por su pregunta. Cuando vio lo taciturno que se habían vuelto, no les preguntó más, sino que fue a dormir en su manta.

Finalmente, habiendo obtenido toda la información que probablemente obtendría en las tabernas y lugares públicos de Baharna, Carter alquiló una cebrá y salió una mañana por la carretera junto a la orilla de Yath hacia esas partes interiores donde

se encuentran las torres de piedra de Ngranek. A su derecha había colinas ondulantes y agradables huertos y pequeñas casas de piedra ordenadas, y le recordaron mucho a esos campos fértiles que flanquean el Skai. Al anochecer estaba cerca de las ruinas antiguas sin nombre en la orilla lejana de Yath, y aunque los recolectores de lava viejos le habían advertido que no acampara allí por la noche, ató su cebra a un pilar curioso frente a una pared derruida y colocó su manta en una esquina protegida bajo algunos grabados cuyo significado nadie podía descifrar. A su alrededor se envolvió en otra manta, pues las noches son frías en Oriab; y cuando al despertar una vez pensó sentir las alas de algún insecto rozando su rostro, cubrió completamente su cabeza y durmió en paz hasta ser despertado por los pájaros magah en arboledas de resina distantes.

El sol acababa de salir sobre la gran pendiente donde ligas de cimientos de ladrillo primitivo y paredes gastadas y ocasionales pilares agrietados y pedestales se extendían desolados hacia la orilla de Yath, y Carter buscó a su cebra atada. Grande fue su consternación al ver que esa bestia dócil yacía tendida al lado del pilar curioso al que había sido atada, y aún mayor fue su molestia al descubrir que el corcel estaba completamente muerto, con toda su sangre extraída a través de una herida singular en su garganta. Su mochila había sido perturbada, y varios cachivaches brillantes habían sido llevados, y alrededor, en el suelo polvoriento, había grandes huellas con dedos para las cuales no podía explicar de ninguna manera. Las leyendas y advertencias de los recolectores de lava le vinieron a la mente, y pensó en lo que había rozado su rostro durante la noche. Entonces se colocó la mochila sobre los hombros y avanzó hacia Ngranek, aunque no sin temblar cuando vio cerca de él, mientras la carretera pasaba por las ruinas, un gran arco abierto bajo la pared de un antiguo templo, con escalones que descendían hacia una oscuridad más allá de lo que podía vislumbrar.

Su rumbo ahora se dirigía cuesta arriba a través de un país más salvaje y parcialmente boscoso, y solo veía las chozas de los carboneros y el campamento de aquellos que recolectaban resina de los arboledas. Todo el aire estaba fragante con bálsamo, y todos los

pájaros magah cantaban alegremente mientras desplegaban sus siete colores al sol. Cerca del atardecer llegó a un nuevo campamento de recolectores de lava que regresaban con sacos cargados desde las pendientes más bajas de Ngranek; y aquí también acampó, escuchando las canciones y cuentos de los hombres, y oyendo lo que susurraban sobre un compañero que habían perdido. Había escalado alto para alcanzar una masa de lava fina encima de él, y al caer la noche no regresó con sus compañeros. Cuando lo buscaron al día siguiente, solo encontraron su turbante, y no había ningún signo en los escarpados acantilados abajo de que hubiera caído. No buscaron más, porque los hombres viejos entre ellos decían que no serviría de nada. Nadie nunca encontró lo que los gaunts nocturnos llevaban, aunque esas bestias mismas eran tan inciertas que casi eran fabulosas. Carter les preguntó si los gaunts nocturnos chupaban sangre y les gustaban las cosas brillantes y dejaban huellas con dedos, pero todos negaron con la cabeza y parecían asustados por su pregunta. Cuando vio lo taciturno que se habían vuelto, no les preguntó más, sino que fue a dormir en su manta.

Pero no estaba muy impresionado por los cuentos de los viajeros, pero tenía una buena cimitarra curva por si surgía algún problema. Todos los pensamientos menores se perdieron en el deseo de ver esa cara tallada que podría ponerlo en el camino de los dioses en la cima del Kadath desconocido.

Pero había una manera, y lo vio en su momento. Solo un soñador muy experto podría haber usado esos estribos imperceptibles, pero para Carter eran suficientes. Superando ahora la roca colgante hacia afuera, encontró que la pendiente arriba era mucho más fácil que la de abajo, ya que el derretimiento de un gran glaciar había dejado un espacio generoso con limo y salientes. A la izquierda, un precipicio caía directamente desde alturas desconocidas a profundidades desconocidas, con la oscura boca de una cueva justo fuera de su alcance encima de él. En otros lugares, sin embargo, la montaña se inclinaba fuertemente hacia atrás, e incluso le daba espacio para apoyarse y descansar.

Sintió por el frío que debía estar cerca de la línea de nieve, y miró hacia arriba para ver qué pináculos brillantes podrían estar resplandeciendo en esa tardía luz rojiza del sol. Ciertamente, había nieve incontable a miles de pies arriba, y debajo de ella, una gran peña abultada como la que acababa de escalar; colgando allí para siempre en un contorno audaz. Y cuando vio esa peña, jadeó y gritó en voz alta, y se aferró a la roca dentada con asombro; pues el abultamiento titánico no se había mantenido como lo había moldeado el amanecer de la tierra, sino que brillaba rojo y estupendo al atardecer con las características talladas y pulidas de un dios.

Esa cara, severa y terrible, brillaba con el fuego que iluminaba el atardecer. Qué vasta era, ninguna mente podría medirlo jamás, pero Carter supo de inmediato que el hombre nunca podría haberla formado. Era un dios tallado por manos de dioses, y miraba hacia abajo con arrogancia y majestuosidad al buscador. Los rumores decían que era extraña y no debía confundirse, y Carter vio que efectivamente lo era; pues esos ojos largos y estrechos y esas orejas de lóbulos largos, y esa nariz delgada y mentón puntiagudo, todo hablaba de una raza que no es de hombres sino de dioses.

Se aferró, asombrado, en esa elevada y peligrosa eyrie, aunque era esto lo que había esperado y venido a encontrar; pues en el rostro de un dios hay más maravilla de lo que la predicción puede decir, y cuando ese rostro es más vasto que un gran templo y se ve mirando hacia abajo al atardecer en los silencios scyptic de ese mundo superior del cual fue divinamente tallado en la antigua lava oscura, la maravilla es tan fuerte que nadie puede escapar de ella.

Aquí, también, estaba la añadida maravilla del reconocimiento; pues aunque había planeado buscar por toda la tierra de los sueños a aquellos cuya semejanza a este rostro pudiera marcarlos como los hijos del dios, ahora sabía que no necesitaba hacerlo. Ciertamente, la gran cara tallada en esa montaña no era de ningún tipo extraño, sino la pariente de aquellos como él que había visto a menudo en las tabernas del puerto celephais que yace en Ooth-Nargai más allá de

las Colinas Tanarianas y está gobernada por ese Rey Kuranés a quien Carter conoció una vez en la vida despierta. Cada año, marineros con semejante rostro llegaban en barcos oscuros desde el norte para intercambiar su ónix por el jade tallado y el oro hilado y pequeños pájaros cantores rojos de Celephais, y estaba claro que estos no podrían ser otros que los semi-dioses que buscaba. Donde habitaban, allí debía estar cerca el páramo frío, y dentro de él el Kadath desconocido y su castillo de ónix para los Grandes. Así que a Celephais debía ir, muy distante de la isla de Oriab, y en partes tales que lo llevarían de regreso a Dylath-Leen y arriba por el Skai hasta el puente junto a Nir, y de nuevo al bosque encantado de los Zoogs, de donde el camino se doblaría hacia el norte a través de las tierras de los jardines junto a Oukranos hasta las torres doradas de Thran, donde podría encontrar una galera con destino al mar Cerenariano.

Pero el crepúsculo ya estaba denso, y la gran cara tallada miraba hacia abajo aún más severa en la sombra. Posado en esa cornisa, la noche encontró al buscador; y en la oscuridad no podría ni bajar ni subir, sino solo quedarse y aferrarse y temblar en ese lugar estrecho hasta que llegara el día, rezando por mantenerse despierto para que el sueño no soltara su agarre y lo enviara por las mareadas millas de aire a los acantilados y rocas afiladas del valle maldito. Las estrellas salieron, pero salvo por ellas, solo había una negra nada en sus ojos; nada aliado con la muerte, contra cuya invitación no podría hacer más que aferrarse a las rocas y inclinarse lejos de un precipicio invisible. Lo último que vio de la tierra en el crepúsculo fue un cóndor planeando cerca del precipicio occidental a su lado, y zarpando gritando cuando se acercó a la cueva cuya boca bostezaba justo fuera de su alcance.

De repente, sin un sonido de advertencia en la oscuridad, Carter sintió su cimitarra curva ser sacada sigilosamente de su cinturón por alguna mano invisible. Luego la oyó caer sobre las rocas abajo. Y entre él y la Guerra Lactea pensó que vio un contorno muy terrible de algo nocivamente delgado, con cuernos, cola y alas de murciélago. Otras cosas también habían comenzado a tapar parches de estrellas al oeste de él, como si una bandada de entidades vagas

estuviera batiendo espesa y silenciosamente desde esa cueva inaccesible frente al precipicio. Entonces, una especie de brazo frío y gomoso le agarró el cuello y algo más le agarró los pies, y fue levantado sin consideración y girado en el espacio. Otro minuto y las estrellas se habían ido, y Carter supo que los gaunts nocturnos lo habían atrapado.

Lo llevaron sin aliento a esa caverna junto al acantilado y a través de laberintos monstruosos más allá. Cuando luchó, como al principio lo hizo por instinto, lo cosquillearon con deliberación. No hicieron ningún sonido ellos mismos, e incluso sus alas membranosas eran silenciosas. Eran horriblemente fríos, húmedos y resbaladizos, y sus patas amasaban de manera detestable. Pronto estaban plungando horriblemente hacia abajo a través de abismos inconcebibles en una ráfaga giratoria, mareante y nauseabunda de aire húmedo y similar a una tumba; y Carter sintió que estaban disparando hacia el vórtice último de gritos y locura demoníaca. Gritó una y otra vez, pero cada vez que lo hacía, las patas negras lo cosquilleaban con mayor sutileza. Entonces vio una especie de fosforescencia gris alrededor, y supuso que estaban llegando incluso a ese mundo interno de horror subterráneo del que cuentan leyendas tenues, y que solo está iluminado por el pálido fuego de la muerte con el que apesta el aire fantasmal y las nieblas primordiales de las fosas en el núcleo de la tierra.

Finalmente, muy abajo de él, vio líneas tenues de gris y pináculos ominosos que sabía debían ser los célebres Picos de Throk. Terribles y siniestros, se erguían en el crepúsculo embrujado de profundidades sin sol y eternas; más altos de lo que el hombre puede calcular, y guardando valles terribles donde los dholes arrastran y escarban de manera repugnante. Pero Carter prefería mirarlos a sus captores, que eran cosas negras realmente chocantes e incultas con superficies lisas, aceitosas y similares a ballenas, cuernos desagradables que se curvaban hacia adentro unos de otros, alas de murciélago cuyo batir no producía sonido, patas prehensibles feas y colas con púas que azotaban innecesariamente y de manera inquietante. Y lo peor de todo, nunca hablaban ni reían, y

nunca sonreían porque no tenían caras para sonreír, sino solo una vacuidad sugerente donde debería haber una cara. Todo lo que hacían era agarrar, volar y cosquillear; esa era la manera de los gaunts nocturnos.

Mientras la banda descendía más bajo, los Picos de Throk se alzaban grises y majestuosos por todos lados, y uno veía claramente que nada vivía en ese granito austero e impresionante del crepúsculo interminable. A niveles aún más bajos, los fuegos de muerte en el aire emanaban, y uno solo se encontraba con la negra nada del vacío salvo arriba, donde los picos delgados se destacaban de manera goblin. Pronto, los picos estaban muy lejos, y nada sobre ellos más que grandes vientos apresurados con la humedad de grutas subterráneas en ellos. Luego, al final, los gaunts nocturnos aterrizaron en un suelo de cosas invisibles que se sentían como capas de huesos, y dejaron a Carter completamente solo en ese valle negro. Llevarlo allí era el deber de los gaunts nocturnos que guardan Ngranek; y hecho esto, se alejaron batiendo sus alas silenciosamente. Cuando Carter intentó rastrear su vuelo, descubrió que no podía, ya que incluso los Picos de Throk habían desaparecido de la vista. No había nada en ninguna parte más que oscuridad, horror, silencio y huesos.

Ahora Carter sabía por una cierta fuente que estaba en el valle de Pnoth, donde los enormes dholes arrastran y escarban; pero no sabía qué esperar, porque nadie ha visto nunca un dhole ni siquiera ha adivinado cómo podría ser tal cosa. Los dholes solo son conocidos por rumores tenues, por el crujido que hacen entre montañas de huesos y el toque viscoso que tienen cuando se deslizan cerca de uno. No pueden ser vistos porque solo se arrastran en la oscuridad. Carter no deseaba encontrarse con un dhole, así que escuchó atentamente cualquier sonido en las profundidades desconocidas de huesos a su alrededor. Incluso en este lugar temible tenía un plan y un objetivo, pues susurros de Pnoth no eran desconocidos para alguien con quien había hablado mucho en los viejos tiempos. En resumen, parecía bastante probable que este fuera el lugar al que todos los ghaunts del mundo despierto arrojan

los desechos de sus festines; y que si tenía buena suerte, podría tropezar con esa gran peña más alta que los picos de Throk que marca el borde de su dominio. Lluvias de huesos le indicarían dónde buscar, y una vez encontrado podría llamar a un ghoul para que bajara una escalera; pues, extraño decir, tenía un vínculo muy singular con estos terribles seres.

Un hombre que había conocido en Boston—aquél pintor de imágenes extrañas con un estudio secreto en un antiguo y no sagrado callejón cerca de un cementerio—había hecho amigos con los ghosts y le había enseñado a entender la parte más simple de sus repugnantes murmullos y glibberings. Este hombre había desaparecido finalmente, y Carter no estaba seguro de si podría encontrarlo ahora, y usar por primera vez en la tierra de los sueños ese inglés lejano de su tenue vida despierta. En cualquier caso, sentía que podía persuadir a un ghoul para que lo guiara fuera de Pnoth; y sería mejor encontrarse con un ghoul, que uno puede ver, que con un dhole, que uno no puede ver.

Así que Carter caminó en la oscuridad, y corrió cuando pensó oír algo entre los huesos bajo sus pies. Una vez chocó con una pendiente rocosa, y supo que debía ser la base de uno de los picos de Throk. Entonces al fin escuchó un retumbido y clamor monstruoso que alcanzó alto en el aire, y estuvo seguro de haber llegado cerca del crag de los ghosts. No estaba seguro de si podía ser escuchado desde este valle a millas de distancia, pero se dio cuenta de que el mundo interno tiene leyes extrañas. Mientras reflexionaba, fue golpeado por un hueso volador tan pesado que debía haber sido un cráneo, y al darse cuenta de su proximidad al crag fatídico, emitió lo mejor que pudo ese grito meeping que es el llamado del ghoul.

El sonido viaja lentamente, así que pasó algún tiempo antes de que escuchara una respuesta glibber. Pero finalmente llegó, y poco después le dijeron que una escalera de cuerda sería bajada. La espera para esto fue muy tensa, ya que no había manera de saber qué podría haberse agitado entre esos huesos por su grito. De

hecho, no pasó mucho antes de que realmente oyera un ruido vago a lo lejos. A medida que esto se acercaba pensativamente, se puso cada vez más incómodo; pues no deseaba alejarse del lugar donde llegaría la escalera. Finalmente, la tensión se volvió casi insoportable, y estaba a punto de huir en pánico cuando el golpe de algo sobre los huesos recién apilados cercanos llamó su atención lejos del otro sonido. Era la escalera, y después de un minuto de tantear la escalera, la tenía tensa en sus manos. Pero el otro sonido no cesó, y lo siguió incluso mientras subía. Había subido completamente cinco pies del suelo cuando el retumbido debajo se intensificó enfáticamente, y estuvo a unos buenos diez pies arriba cuando algo balanceó la escalera desde abajo. A una altura que debía haber sido de quince o veinte pies, dejó que todo su costado fuera rozado por una gran longitud resbaladiza que crecía alternadamente convexa y cóncava con ondulaciones; y luego subió desesperadamente para escapar del insoportable cosquilleo de ese repugnante y sobrealimentado dhole cuya forma ningún hombre podría ver.

Durante horas subió con brazos doloridos y manos con ampollas, viendo de nuevo el fuego de muerte gris y los pináculos incómodos de Throk. Finalmente discernió sobre él el borde proyectante de la gran peña de los ghosts, cuya ladera vertical no podía divisar; y horas más tarde vio una curiosa cara asomándose sobre ella como una gárgola asoma sobre el parapeto de Notre Dame. Esto casi le hizo perder el agarre por el desmayo, pero un momento después volvió a sí mismo; pues su amigo desaparecido Richard Pickman una vez lo había presentado a un ghoul, y conocía bien sus caras caninas y formas encorvadas y peculiaridades inenarrables. Así que tenía muy bien controlado cuando esa cosa horrible lo sacó del vacío mareante sobre el borde del crag, y no gritó ante los desechos parcialmente consumidos apilados a un lado o ante los círculos encorvados de ghosts que roían y observaban curiosamente.

Ahora estaba en una llanura tenue iluminada cuyo único rasgo topográfico eran grandes rocas y las entradas de madrigueras. Los ghosts eran en general respetuosos, incluso si uno intentaba

pellizcarlo mientras varios otros miraban su delgadez de manera especulativa. A través de un glibbering paciente hizo consultas sobre su amigo desaparecido, y descubrió que se había convertido en un ghoul de cierta prominencia en abismos más cercanos al mundo despierto. Un ghoul anciano verdoso se ofreció a conducirlo a la actual residencia de Pickman, así que a pesar de un rechazo natural, siguió a la criatura dentro de una madriguera espaciosa y la rastreó durante horas en la oscuridad de un moho podrido. Emergieron en una llanura tenue salpicada con reliquias singulares de la tierra—viejas lápidas, urnas rotas y fragmentos grotescos de monumentos—y Carter se dio cuenta con cierta emoción de que probablemente estaba más cerca del mundo despierto que en cualquier otro momento desde que había bajado los setecientos escalones desde la caverna de llamas hasta la Puerta del Sueño Más Profundo.

Allí, en una lápida de 1768 robada del Granero de Yate en Boston, se sentaba el ghoul que una vez fue el artista Richard Upton Pickman. Estaba desnudo y gomoso, y había adquirido tanta fisión ghoulish que su origen humano ya era oscuro. Pero todavía recordaba un poco de inglés, y pudo conversar con Carter en gruñidos y monosílabos, ayudado de vez en cuando por el glibbering de los ghastrs. Cuando supo que Carter deseaba llegar al bosque encantado y desde allí a la ciudad Celephais en Ooth-Nargai más allá de las Colinas Tanarianas, parecía bastante dudoso; pues estos ghastrs del mundo despierto no hacen negocios en los cementerios de la tierra de los sueños superiores (dejando eso a los wamps de patas rojas que son engendrados en ciudades muertas), y muchas cosas intervienen entre su abismo y el bosque encantado, incluyendo el terrible reino de los Gugs.

Los Gugs, peludos y gigantescos, una vez levantaron círculos de piedra en ese bosque y realizaron extraños sacrificios a los Otros Dioses y al caos arrastrándose Nyarlathotep, hasta que una noche una abominación de ellos alcanzó los oídos de los dioses de la tierra y fueron desterrados a cavernas inferiores. Solo una gran trampilla de piedra con un anillo de hierro conecta el abismo de los ghastrs terrestres con el bosque encantado, y esto los Gugs temen abrirlo

debido a una maldición. Que un soñador mortal pudiera atravesar su reino cavernoso y salir por esa puerta es inconcebible; pues los soñadores mortales eran su antigua comida, y tienen leyendas sobre la agresividad de tales soñadores aunque el destierro ha restringido su dieta a los ghastrs, esos seres repugnantes que mueren en la luz, y que viven en las bóvedas de Zin y saltan sobre largas patas traseras como canguros.

Así que el ghoul que era Pickman aconsejó a su huésped ir ya sea a dejar el abismo en Sarkomand, esa ciudad desierta en el valle debajo de Leng donde escaleras nitrosas negras guardadas por leones diarotes alados conducen hacia abajo desde la tierra de los sueños a los abismos inferiores, o regresar a través de un cementerio al mundo despierto y comenzar la búsqueda de nuevo bajando los setenta escalones del sueño claro hasta la caverna de llamas y los setecientos escalones hasta la Puerta del Sueño Más Profundo y el bosque encantado. Esto, sin embargo, no le convenía al buscador; pues no sabía nada del camino de Leng a Ooth-Nargai, y de igual manera le daba reluctancia despertar por si olvidaba todo lo que había ganado hasta ahora en este sueño. Sería desastroso para su búsqueda olvidar los augustos y celestiales rostros de aquellos marineros del norte que comerciaban ónix en Celephais, y que, siendo hijos de dioses, deben señalar el camino hacia el páramo frío y Kadath donde habitan los Grandes.

Después de mucha persuasión, el ghoul accedió a guiar a su huésped dentro del gran muro del reino de los Gugs. Había una posibilidad de que Carter pudiera atravesar ese reino crepuscular de torres de piedra en una hora en que los gigantes estarían todos saciados y roncando en interiores, y llegar a la torre central con el signo de Koth sobre ella, que tiene las escaleras que conducen hasta esa trampilla de piedra en el bosque encantado, y esto el Gugs temen abrirla por la maldición. Pickman incluso accedió a prestar tres ghastrs para ayudar con una palanca de lápida en el levantamiento de la puerta de piedra; pues los Gugs tienen cierto temor hacia los ghastrs, y a menudo huyen de sus propios cementerios colosales cuando ven festines allí.

También aconsejó a Carter disfrazarse él mismo de ghoul; afeitarse la barba que había dejado crecer (pues los ghouls no tienen), revolcarse desnudo en el moho para obtener la superficie correcta y andar con el habitual y encorvado caminar, llevando su ropa en un paquete como si fuera un bocado selecto de una tumba. Llegarían a la ciudad de los Gugs—que es coterminosa con todo el reino—atravesando los madrigueras apropiados, emergiendo en un cementerio no muy lejos de la Torre de Koth que contiene escaleras. Deben, sin embargo, tener cuidado con una gran cueva cerca del cementerio; pues esta es la boca de las bóvedas de Zin, y los ghouls vengativos siempre están vigilando allí de manera asesina a los habitantes del abismo superior que los cazan y se alimentan de ellos. Los ghouls intentan salir cuando los Gugs duermen, y atacan a los ghouls tan fácilmente como a los propios Gugs, pues no pueden discriminar. Son muy primitivos y se comen entre sí. Los Gugs tienen un centinela en un lugar estrecho de las bóvedas de Zin, pero a menudo está somnoliento y a veces es sorprendido por un grupo de ghouls. Aunque los ghouls no pueden vivir con luz real, pueden soportar el crepúsculo gris del abismo durante horas.

Finalmente, Carter arrastró a través de interminables madrigueras con tres ghouls ayudantes que llevaban la lápida de pizarra del Coronel Nepemiah Derby, obito 1719, del Cementerio de Charter Street en Salem. Cuando volvieron a entrar en el crepúsculo abierto, estaban en un bosque de vastos monolitos licheneados que alcanzaban casi lo alto que la vista podía ver y formaban las modestas lápidas de los Gugs. A la derecha del agujero del cual se retorcían, y visto a través de pasillos de monolitos, había una vista estrepitosa de torres redondas ciclópeas que se elevaban ilimitadamente hacia el aire gris de la tierra interna. Esta era la gran ciudad de los Gugs, cuyas puertas tienen treinta pies de altura. Los ghouls vienen aquí a menudo, pues un Gug enterrado alimentará a una comunidad durante casi un año, y a pesar del peligro añadido, es mejor excavar para los Gugs que molestar con las tumbas de los hombres. Carter ahora entendía los ocasionales huesos titánicos que había sentido debajo de él en el valle de Pnoth.

Directamente enfrente, y justo fuera del cementerio, se alzaba un precipicio perpendicular puro cuya base abrazaba una caverna inmensa y temible. Los ghouls le dijeron a Carter que evitara esto tanto como fuera posible, ya que era la entrada a las bóvedas profanas de Zin donde los Gugs cazan ghosts en la oscuridad. Y verdaderamente, esa advertencia pronto se justificó bien; pues en el momento en que un ghoul comenzó a acercarse a las torres para ver si la hora de descanso de los Gugs había sido programada correctamente, brillaron en la penumbra de la boca de esa gran caverna primero un par de ojos rojizos amarillentos y luego otro, lo que implicaba que los Gugs estaban un centinela menos, y que los ghosts tienen de hecho una excelente agudeza olfativa. Así que el ghoul regresó a la madriguera y indicó a sus compañeros que guardaran silencio. Era mejor dejar a los ghosts a sus propios dispositivos, y había una posibilidad de que pronto se retiraran, ya que naturalmente debían estar algo cansados después de lidiar con un centinela Gug en las bóvedas negras. Después de un momento, algo del tamaño de un caballo pequeño saltó hacia el crepúsculo gris, y Carter se sintió enfermo ante la apariencia de esa bestia escabrosa y poco saludable, cuyo rostro es tan curiosamente humano a pesar de la ausencia de una nariz, una frente y otros detalles importantes.

Poco después, tres ghosts más saltaron para unirse a su compañero, y un ghoul susurró suavemente a Carter que su ausencia de cicatrices de batalla era una mala señal. Demostró que no habían luchado en absoluto contra el centinela Gug, sino que simplemente lo habían pasado por alto mientras él dormía, de modo que su fuerza y savagidad aún no estaban deterioradas y permanecerían así hasta que hubieran encontrado y eliminado a una víctima. Fue muy desagradable ver a esos animales sucios y desproporcionados que pronto sumaron alrededor de quince, hurgando y haciendo sus saltos de canguro en el crepúsculo gris donde surgían torres titánicas y monolitos, pero fue aún más desagradable cuando hablaban entre ellos en los gutturales tosidos de los ghosts. Y sin embargo, tan horribles como eran, no eran tan

horribles como lo que salió de la cueva detrás de ellos con una repentina y desconcertante rapidez.

Era una pata, de dos pies y medio de ancho, equipada con garras formidables. Después vino otra pata, y después un gran brazo cubierto de pelaje negro al que ambas patas estaban unidas por antebrazos cortos. Luego brillaron dos ojos rosados, y la cabeza del centinela Gug despertado, grande como un barril, tambaleó en vista. Los ojos sobresalían dos pulgadas de cada lado, protegidos por protuberancias óseas cubiertas de pelos gruesos. Pero la cabeza era principalmente terrible por la boca. Esa boca tenía grandes colmillos amarillos y se extendía desde la parte superior hasta la inferior de la cabeza, abriéndose verticalmente en lugar de horizontalmente.

Pero antes de que ese desafortunado Gug pudiera emerger de la cueva y elevarse a sus veinte pies completos, los ghosts vengativos estaban sobre él. Carter temió por un momento que diera una alarma y despertara a toda su partera, hasta que un ghoul susurró suavemente que los Gugs no tienen voz, sino que hablan mediante expresiones faciales. La batalla que siguió fue verdaderamente espantosa. Desde todos los lados, los ghosts venenosos se lanzaron febrilmente hacia el Gug que se arrastraba, mordisqueando y desgarrando con sus hocicos, y maltratando de manera asesina con sus pezuñas duras y puntiagudas. Todo el tiempo tosían excitadamente, gritando cuando la gran boca vertical del Gug ocasionalmente mordía a uno de los suyos, de modo que el ruido del combate seguramente habría despertado la ciudad dormida si no hubiera sido porque el debilitamiento del centinela comenzó a transferir la acción cada vez más dentro de la caverna. Tal como estaba, el tumulto pronto desapareció por completo de la vista en la negrura, con solo ocasionales ecos malignos para marcar su continuación.

Luego, el ghoul más alerta dio la señal para que todos avanzaran, y Carter siguió a los tres loping fuera del bosque de monolitos y entraron en las oscuras y nauseabundas calles de esa ciudad espantosa cuyas torres redondeadas de piedra ciclópea se elevaban

más allá de la vista. Silenciosamente, deambulaban sobre ese pavimento rocoso áspero, escuchando con disgusto los abominables resoplidos amortiguados de grandes puertas negras que marcaban el sueño de los Gugs. Preocupados por el final de la hora de descanso, los ghouls aumentaron el ritmo un poco; pero aun así, el viaje no fue breve, pues las distancias en esa ciudad de gigantes son de gran escala. Sin embargo, al fin, llegaron a un espacio algo abierto frente a una torre aún más vasta que las demás, sobre cuya colosal puerta estaba fijado un símbolo monstruoso en bajorrelieve que hacía estremecer sin conocer su significado. Esta era la torre central con el signo de Koth, y esos enormes escalones de piedra apenas visibles a través del crepúsculo dentro eran el comienzo del gran vuelo que conduce a la tierra de los sueños superiores y al bosque encantado.

Allí comenzó ahora una escalada de longitud interminable en absoluta negrura: casi imposible debido al tamaño monstruoso de los escalones, que fueron diseñados para los Gugs y, por lo tanto, tenían casi una yarda de altura. De su número, Carter no podía formar una estimación justa, pues pronto se agotó tanto que los tireless y elásticos ghouls se vieron obligados a ayudarlo. A lo largo de la interminable escalada acechaba el peligro de detección y persecución; pues aunque ningún Gug se atreve a levantar la puerta de piedra al bosque debido a la maldición del Gran Uno, no hay tales restricciones con respecto a la torre y los escalones, y los ghouls escapados son a menudo perseguidos, incluso hasta la cima misma. Tan agudos son los oídos de los Gugs, que los pies y manos desnudos de los escaladores podrían ser fácilmente escuchados cuando la ciudad despierte; y, por supuesto, tomaría poco tiempo para que los gigantes estridentes, acostumbrados desde sus cacerías de ghouls en las bóvedas de Zin a ver sin luz, alcancen a su presa más pequeña y lenta en esos escalones ciclópeas. Era muy deprimente reflexionar que los Gugs perseguidos silenciosamente no podían ser escuchados en absoluto, pero vendrían muy repentinamente y de manera impactante en la oscuridad sobre los escaladores. Tampoco se podía depender del miedo tradicional de los Gugs hacia los ghouls en ese lugar peculiar donde las ventajas

recaían tan pesadamente sobre los Gugs. También había algún peligro de los ghafts furtivos y venenosos, que frecuentemente saltaban hacia la torre durante la hora de sueño de los Gugs. Si los Gugs dormían mucho, y los ghafts regresaban pronto de su acto en la caverna, el olor de los escaladores podría ser fácilmente captado por esas cosas repugnantes y malintencionadas; en cuyo caso casi sería mejor ser comido por un Gug.

Entonces, después de eones de escalada, llegó una tos desde la oscuridad arriba; y las cosas asumieron un giro muy grave e inesperado. Estaba claro que un ghaft, o quizás más, se había desviado hacia esa torre antes de la llegada de Carter y sus guías; y igualmente claro era que este peligro estaba muy cerca. Después de un segundo sin aliento, el ghoul líder empujó a Carter contra la pared y organizó a sus parientes de la mejor manera posible, con la antigua lápida de pizarra elevada para un golpe aplastante cada vez que el enemigo pudiera aparecer en vista. Los ghouls pueden ver en la oscuridad, por lo que el grupo no estaba tan mal como Carter habría estado solo. En otro momento, el estrépito de pezuñas reveló el salto descendente de al menos una bestia, y los ghouls portadores de losas prepararon su arma para un golpe desesperado. Pronto, dos ojos rojizos amarillentos brillaron en vista, y el jadeo del ghaft se hizo audible por encima de su estrépito. Mientras saltaba hacia el escalón justo encima de los ghouls, empuñaron la antigua lápida con fuerza prodigiosa, de modo que solo hubo un jadeo y un ahogo antes de que la víctima colapsara en un montón nocivo. Parecía haber solo este animal, y después de un momento de escucha, los ghouls tocaron a Carter como señal para proceder de nuevo. Como antes, se vieron obligados a ayudarlo; y le alegré de dejar ese lugar de carnicería donde los restos rústicos del ghaft se extendían invisible en la negrura.

Finalmente, los ghouls llevaron a su compañero a una parada; y sintiendo sobre él, Carter se dio cuenta de que finalmente había llegado la gran trampilla de piedra. Abrir algo tan vasto por completo no se podía imaginar, pero los ghouls esperaban levantarlo lo suficiente como para deslizar la lápida por debajo como soporte y

permitir que Carter escapara a través de la grieta. Ellos mismos planearon descender de nuevo y regresar a través de la ciudad de los Gugs, ya que su elusividad era grande y no conocían el camino terrestre hacia Sarkomand espectral con su puerta guardada por leones hacia el abismo.

El esfuerzo de esos tres ghouls contra la piedra de la puerta encima de ellos era poderoso, y Carter ayudó a empujar con toda la fuerza que tenía. Determinaron que el borde próximo a la cima de la escalera era el correcto, y a este doblaron toda la fuerza de sus músculos nutridos de manera poco respetable. Después de unos momentos, apareció una grieta de luz; y Carter, a quien se le había confiado esa tarea, deslizó el extremo de la antigua lápida en la abertura. Entonces se produjo un empuje poderoso; pero el progreso fue muy lento, y por supuesto tuvieron que regresar a su primera posición cada vez que fallaban en girar la losa y mantener la portal abierta.

De repente, su desesperación se magnificó mil veces por un sonido en los escalones debajo de ellos. Solo era el golpeteo y estrépito del cuerpo del ghost asesinado mientras rodaba hacia niveles inferiores; pero de todas las posibles causas de la deslocalización y rodamiento de ese cuerpo, ninguna era en lo más mínimo reconfortante. Por lo tanto, conociendo los caminos de los Gugs, los ghouls se pusieron con algo de frenesí; y en un sorprendentemente corto tiempo, habían levantado la puerta tan alta que pudieron mantenerla fija mientras Carter giraba la losa y dejaba una abertura generosa. Ahora ayudaron a Carter a través, dejándolo subir a sus hombros gomosos y luego guiando sus pies mientras él se aferraba al bendito suelo de la tierra de los sueños superiores afuera. Otro segundo y ellos mismos ya habían pasado, golpeando la lápida y cerrando la gran trampilla mientras se oía jadeo debajo. Debido a la maldición del Gran Uno, ningún Gug podría emerger jamás de ese portal, así que con un profundo alivio y sentido de reposo, Carter se acostó tranquilamente sobre los gruesos hongos grotescos del bosque encantado mientras sus guías se agazapaban cerca de la manera en que los ghouls descansan.

Tan extraño era ese bosque encantado por el que había pasado hace tanto tiempo, pero verdaderamente era un refugio y un deleite después de esos abismos que ahora había dejado atrás. No había ningún habitante vivo alrededor, pues los Zoogs evitan la misteriosa puerta por miedo, y Carter consultó de inmediato con sus ghouls sobre su rumbo futuro. No se atrevieron a regresar a través de la torre, y el mundo despierto no les atraía cuando aprendieron que debían pasar por los sacerdotes Nasht y Kaman-Thah en la caverna de llamas. Así que finalmente decidieron regresar a través de Sarkomand y su puerta del abismo, aunque no sabían cómo llegar allí. Carter recordó que está en el valle debajo de Leng, y recordó también que había visto en Dylath-Leen a un viejo comerciante de ojos inclinados siniestro reputado por comerciar en Leng, por lo tanto aconsejó a los ghouls que buscaran Dylath-Leen, cruzando los campos hacia Nir y el Skai y siguiendo el río hasta su desembocadura. Esto resolvieron de inmediato, y no perdieron tiempo en salir trotando, ya que el espesamiento del crepúsculo prometía una noche completa por delante para viajar. Y Carter sacudió las patas de esas bestias repugnantes, agradeciéndoles por su ayuda y enviando su gratitud a la bestia que una vez fue Pickman; pero no pudo evitar suspirar de placer cuando se fueron. Porque un ghoul es un ghoul, y en el mejor de los casos, un compañero desagradable para el hombre. Después de eso, Carter buscó un estanque forestal y se limpió el barro de la tierra inferior, reanudando la ropa que había llevado con tanto cuidado.

Ahora era de noche en ese temible bosque de árboles monstruosos, pero debido a la fosforescencia, uno podía viajar tan bien como de día; por lo tanto, Carter se puso en camino por la ruta bien conocida hacia Celephais, en Ooth-Nargai más allá de las Colinas Tanarianas. Y mientras avanzaba, pensaba en la cebra que había dejado atada a un roble en Ngranek en la lejana Oriab hace tantos eones, y se preguntaba si algún recolector de lava la había alimentado y liberado. Y también se preguntaba si alguna vez volvería a Baharna y pagaría por la cebra que fue asesinada por la noche en esas antiguas ruinas cerca de la orilla de Yath, y si el viejo

posadero lo recordaría. Tales eran los pensamientos que le vinieron en el aire de la recuperada tierra de los sueños superiores.

Pero pronto su progreso fue detenido por un sonido de un árbol hueco muy grande. Había evitado el gran círculo de piedras, ya que no le importaba hablar con los Zoogs en ese momento; pero parecía, por el singular aleteo en ese enorme árbol, que importantes consejos estaban en sesión en otro lugar. Al acercarse, distinguió los acentos de una discusión tensa y acalorada; y antes de mucho tiempo, se dio cuenta de asuntos que veía con la mayor preocupación. Porque una guerra contra los gatos estaba en debate en esa asamblea soberana de Zoogs. Todo provenía de la pérdida del grupo que había seguido a Carter hasta Ulthar, y que los gatos habían castigado justamente por intenciones inadecuadas. El asunto había sido una larga molestia; y ahora, o al menos dentro de un mes, los Zoogs agrupados estaban a punto de atacar a toda la tribu felina en una serie de ataques sorpresa, tomando gatos individuales o grupos de gatos desprevenidos, y sin dar siquiera a los miles de gatos de Ulthar una oportunidad adecuada para entrenar y movilizarse. Este era el plan de los Zoogs, y Carter vio que debía frustrarlo antes de emprender su gran búsqueda.

Muy silenciosamente, por lo tanto, Randolph Carter se deslizó hasta el borde del bosque y envió el grito del gato sobre los campos iluminados por las estrellas. Y una gran gata en una cabaña cercana tomó el peso y lo retransmitió a través de ligas de pradera ondulante a guerreros grandes y pequeños, negros, grises, tigres, blancos, amarillos y mixtos; y resonó a través de Nir y más allá del Skai incluso hasta Ulthar, y los numerosos gatos de Ulthar llamaron en coro y se alinearon para marchar. Fue afortunado que la luna no estuviera arriba, de modo que todos los gatos estaban en la tierra. Saltando rápida y silenciosamente, saltaron desde cada hogar y tejado y se derramaron en un gran mar peludo a través de las llanuras hasta el borde del bosque. Carter estaba allí para recibirlos, y la vista de gatos esbeltos y saludables era realmente buena para sus ojos después de las cosas que había visto y con las que había

caminado en el abismo. Se alegró de ver a su venerable amigo y rescata

r de una vez en la cabeza del destacamento de Ulthar, un collar de rango alrededor de su cuello elegante, y bigotes erizados en un ángulo marcial. Mejor aún, como subteniente en ese ejército, era un joven vivaz que resultó ser nada menos que el mismo gatito al que Carter le había dado un platillo de rica crema en esa mañana desaparecida hace mucho tiempo en Ulthar. Ahora era un gato robusto y prometedor, y ronroneó mientras estrechaba la mano de su amigo. Su abuelo dijo que le estaba yendo muy bien en el ejército, y que bien podría esperar una capitana después de una campaña más.

Carter ahora delineó el peligro de la tribu felina, y fue recompensado con ronroneos de garganta profunda de gratitud desde todos los lados. Consultando con los generales, preparó un plan de acción instantánea que implicaba marchar de inmediato sobre el consejo de los Zoogs y otros bastiones conocidos de Zoogs; anticipando sus ataques sorpresa y obligándolos a negociar antes de la movilización de su ejército de invasión. Sin perder un momento, ese gran océano de gatos inundó el bosque encantado y se agolpó alrededor del árbol del consejo y el gran círculo de piedra. Los aleteos subieron a pánico total a medida que el enemigo veía a los recién llegados y hubo muy poca resistencia entre los Zoogs marrones furtivos y curiosos. Vieron que habían sido vencidos de antemano, y pasaron de pensamientos de venganza a pensamientos de autopreservación presente.

La mitad de los gatos ahora se sentaron en una formación circular con los Zoogs capturados en el centro, dejando abierta una vía por la cual marcharon los cautivos adicionales reunidos por los otros gatos en otras partes del bosque. Los términos se discutieron a fondo, con Carter actuando como intérprete, y se decidió que los Zoogs podrían permanecer como una tribu libre con la condición de rendir a los gatos un gran tributo de faisanes, codornices y fosas de las partes menos fabulosas de su bosque. Doce Zoogs jóvenes de

familias nobles fueron tomados como rehenes para ser mantenidos en el Templo de los Gatos en Ulthar, y los vencedores dejaron claro que cualquier desaparición de gatos en las fronteras del dominio de los Zoogs sería seguida por consecuencias altamente desastrosas para los Zoogs. Estos asuntos resueltos, los gatos reunidos rompieron filas y permitieron que los Zoogs se escurrieran uno por uno hacia sus respectivos hogares, lo cual se apresuraron a hacer con muchas miradas hacia atrás malhumoradas.

El viejo general felino ahora ofreció a Carter un escolta a través del bosque hacia cualquier frontera que deseara alcanzar, considerando probable que los Zoogs albergaran un resentimiento terrible contra él por la frustración de su empresa belicosa. Esta oferta la acogió con gratitud; no solo por la seguridad que proporcionaba, sino porque le gustaba la compañerismo gracioso de los gatos. Así que, en medio de un regimiento agradable y juguetón, relajado después del desempeño exitoso de su deber, Randolph Carter caminó con dignidad a través de ese bosque encantado y fosforescente de árboles titánicos, hablando de su búsqueda con el viejo general y su nieto mientras otros de la banda se entregaban a gambols fantásticos o perseguían hojas caídas que el viento conducía entre los hongos de ese suelo primitivo. Y el viejo gato dijo que había oído mucho sobre el Kadath desconocido en el páramo frío, pero no sabía dónde estaba. En cuanto a la maravillosa ciudad al atardecer, ni siquiera había oído hablar de ella, pero con gusto transmitiría a Carter cualquier cosa que pudiera aprender más adelante.

Le dio al buscador algunas contraseñas de gran valor entre los gatos de la tierra de los sueños, y lo recomendó especialmente al viejo jefe de los gatos en Celephais, hacia donde se dirigía. Ese viejo gato, ya ligeramente conocido por Carter, era un maltés digno; y resultaría altamente influyente en cualquier transacción. Era el amanecer cuando llegaron al borde adecuado del bosque, y Carter despidió a sus amigos con una despedida reacia. El joven subteniente que había conocido como un pequeño gatito lo habría seguido si el viejo general no lo hubiera prohibido, pero ese austero

patriarca insistió en que el camino del deber recaía con la tribu y el ejército. Así que Carter partió solo sobre los campos dorados que se extendían misteriosos junto a un río bordeado de sauces, y los gatos regresaron al bosque.

Tan bien conocía el viajero esas tierras de jardín que se encuentran entre el bosque del Mar Cereneriano, y alegremente siguió el río cantando Oukranos que marcaba su curso. El sol se elevó más alto sobre suaves pendientes de bosquecillos y céspedes, y realzó los colores de los mil flores que salpicaban cada colina y morro. Una bendita neblina recubre toda esta región, donde se mantiene un poco más de luz solar que en otros lugares, y un poco más de la música zumbante del verano de pájaros y abejas; de modo que los hombres caminan a través de ella como a través de un lugar de hadas, y sienten mayor alegría y asombro de lo que jamás recuerdan después.

Al mediodía, Carter llegó a las terrazas de jaspe de Kiran que se inclinan hacia el borde del río y albergan ese templo de hermosura donde el Rey de Ilek-Vad viene de su lejano reino en el mar crepuscular una vez al año en un palanquín dorado para rezar al dios de Oukranos, quien le cantaba en su juventud cuando vivía en una cabaña junto a sus orillas. Todo el jaspe es ese templo, y cubriendo un acre de terreno con sus muros y patios, sus siete torres pináculos y su santuario interior donde el río entra a través de canales ocultos y el dios canta suavemente en la noche. Muchas veces, la luna escucha música extraña mientras brilla sobre esos patios, terrazas y pináculos, pero si esa música es la canción del dios o el canto de los sacerdotes crípticos, nadie más que el Rey de Ilek-Vad puede decirlo; pues solo él había entrado al templo o visto a los sacerdotes. Ahora, en la somnolencia del día, ese fane tallado y delicado estaba en silencio, y Carter solo escuchaba el murmullo del gran arroyo y el zumbido de los pájaros y abejas mientras caminaba hacia adelante bajo un sol encantado.

Toda esa tarde, el peregrino vagó por prados perfumados y en la sombra de suaves colinas dirigidas hacia el río, donde se alzaban

pacíficas cabañas de techo de paja y los santuarios de dioses amables tallados en jaspe o crisoberilo. A veces caminaba cerca de la orilla de Oukranos y silbaba a los peces vivaces e iridiscentes de ese arroyo cristalino, y otras veces se detenía entre los juncos susurrantes y contemplaba el gran bosque oscuro al otro lado, cuyos árboles descendían claramente hasta la orilla del agua. En sueños anteriores había visto buopoths pesados y curiosos salir tímidamente de ese bosque para beber, pero ahora no podía ver ninguno. De vez en cuando se detenía para observar a un pez carnívoro atrapar a un pájaro pescador, al que atraía hacia el agua mostrando sus tentadoras escamas al sol, y lo agarraba por el pico con su enorme boca mientras el cazador alado intentaba lanzarse sobre él.

Hacia el atardecer, subió una baja colina cubierta de hierba y vio frente a él, ardiendo en el atardecer, las mil espirales doradas de Thran. Elevadas más allá de la creencia son las paredes de alabastro de esa ciudad increíble, inclinándose hacia el interior hacia la cima y forjadas en una sola pieza por medios que ningún hombre conoce, pues son más antiguas que la memoria. Sin embargo, tan elevadas como son con sus cien puertas y doscientos torretas, las torres agrupadas en el interior, todas blancas bajo sus espirales doradas, son aún más altas; de modo que los hombres en la llanura alrededor las ven elevarse hacia el cielo, a veces brillando claramente, otras atrapadas en la parte superior en enredos de nubes y niebla, y a veces nubladas más abajo con sus pináculos más altos brillando libremente sobre los vapores. Y donde las puertas de Thran se abren al río, hay grandes muelles de mármol, con galeras ornamentadas de cedro fragante y calamandán ancladas suavemente, y extraños marineros barbados sentados en barriles y pacas con jeroglíficos de lugares lejanos. Hacia tierra más allá de las murallas se extiende el campo agrícola, donde pequeñas cabañas blancas sueñan entre colinas, y caminos estrechos con muchos puentes de piedra serpentean graciosamente entre arroyos y jardines.

Descendiendo a través de esta tierra verdeante, Carter caminó al atardecer y vio el crepúsculo flotar desde el río hacia las espirales doradas maravillosas de Thran. Y justo en la hora del crepúsculo

llegó a la puerta sur, y fue detenido por un centinela vestido de rojo hasta que contó tres sueños increíbles, y demostró ser un soñador digno de caminar por las empinadas y misteriosas calles de Thran y permanecer en los bazares donde se vendían las mercancías de las galeras ornamentadas. Entonces, entró en esa ciudad increíble; a través de una muralla tan gruesa que la puerta era un túnel, y luego entre caminos curvos y ondulantes que se enredaban profundamente y estrechamente entre las torres hacia el cielo. Las luces brillaban a través de ventanas enrejadas y con balcones, y el sonido de laúd y flautas se filtraba tímidamente desde los patios interiores donde las fuentes de mármol burbujaban. Carter conocía su camino y se deslizaba por calles más oscuras hacia el río, donde en una vieja taberna marítima encontró a los capitanes y marineros que había conocido en innumerables otros sueños. Allí compró su pasaje a Celephais en una gran galera verde, y allí se detuvo a pasar la noche después de hablar seriamente con el venerable gato de esa posada, que parpadeaba adormilado frente a una enorme chimenea y soñaba con antiguas guerras y dioses olvidados.

Por la mañana, Carter abordó la galera con destino a Celephais, y se sentó en la proa mientras las cuerdas eran soltadas y se iniciaba la larga vela hacia el Mar Cereneriano. Durante muchas ligas, las orillas eran similares a las de Thran, con de vez en cuando un templo curioso elevándose en las colinas lejanas hacia la derecha, y un pueblo somnoliento en la orilla, con techos rojos empinados y redes extendidas al sol. Consciente de su búsqueda, Carter interrogó de cerca a todos los marineros sobre aquellos a quienes habían encontrado en las tabernas de Celephais, preguntando los nombres y las maneras de los hombres extraños con ojos largos y estrechos, orejas de lóbulos largos, narices finas y mentones puntiagudos que venían en barcos oscuros desde el norte y comerciaban ónix por jade tallado, oro hilado y pequeños pájaros cantores rojos de Celephais. De estos hombres, los marineros no sabían mucho, salvo que hablaban pero rara vez y difundían una especie de reverencia a su alrededor.

Su tierra, muy lejana, se llamaba Inquanok, y a pocas personas les importaba ir allí porque era una tierra fría y crepuscular, y se decía que estaba cerca de Leng desagradable; aunque altas montañas intransitables se alzaban en el lado donde se pensaba que Leng estaba, de modo que nadie podría decir si este malvado plateau con sus horribles pueblos de piedra y monasterio innombrable realmente existía, o si el rumor era solo un miedo que la gente tímida sentía en la noche cuando esos formidables picos barrera se alzaban negros contra una luna naciente. Ciertamente, los hombres llegaban a Leng desde océanos muy diferentes. De otras fronteras de Inquanok, esos marineros no tenían idea, ni habían oído hablar del páramo frío y desconocido Kadath salvo por informes vagos y sin lugar. Y de la maravillosa ciudad al atardecer que Carter buscaba, no sabían nada en absoluto. Así que el viajero no preguntó más sobre cosas lejanas, sino que aguardó su momento hasta poder hablar con esos hombres extraños de Inquanok frío y crepuscular que son la semilla de tales dioses que tallaron sus rasgos en Ngranek.

Al final del día, la galera alcanzó esos giros del río que atraviesan las junglas perfumadas de Kled. Aquí, Carter deseaba poder desembarcar, pues en esos enredos tropicales duermen palacios maravillosos de marfil, solitarios e intactos, donde una vez habitaron monarcas fabulosos de una tierra cuyo nombre se ha olvidado. Hechizos de los Antiguos mantienen esos palacios intactos y sin decaer, pues está escrito que un día podrían necesitarse de nuevo; y caravanas de elefantes los han vislumbrado desde lejos a la luz de la luna, aunque ninguno se atreve a acercarse mucho debido a los guardianes a los que su integridad se debe. Pero el barco continuó su rumbo, y el crepúsculo silenció el zumbido del día, y las primeras estrellas sobre el puerto parpadeaban respuestas a las luciérnagas tempranas en las orillas mientras esa jungla quedaba muy atrás, dejando solo su fragancia como recuerdo de lo que había sido. Y durante toda la noche, esa galera flotó pasando misterios invisibles e insospechados. Una vez, un vigilante reportó fuegos en las colinas al este, pero el somnoliento Capitán dijo que era mejor no mirarlos

demasiado, ya que era muy incierto quién o qué los había encendido.

Por la mañana, el río se había ensanchado enormemente, y Carter vio por las casas a lo largo de las orillas que estaban cerca de la vasta ciudad comercial de Hlanith en el Mar Cereneriano. Aquí, las murallas son de granito áspero, y las casas fantásticamente puntiagudas con frontones con vigas y enlucidos. Los hombres de Hlanith son más parecidos a los del mundo despierto que a cualquier otro en la tierra de los sueños; de modo que la ciudad no se busca excepto para el trueque, pero se valora por el trabajo sólido de sus artesanos. Los muelles de Hlanith son de roble, y allí la galera se fijó mientras el capitán comerciaba en las tabernas. Carter también desembarcó y miró con curiosidad las calles surcadas donde carretas de bueyes de madera tropezaban y comerciantes febriles gritaban sus mercancías vaciamente en los bazares. Las tabernas marítimas estaban todas cerca de los muelles en callejones empedrados salados con el rocío de mareas altas, y parecían sumamente antiguas con sus techos bajos de vigas negras y ventanales de paneles verdes con ojos de toro. Los marineros antiguos en esas tabernas hablaban mucho de puertos distantes, y contaban muchas historias de los hombres curiosos de Inquanok, pero tenían poco que añadir a lo que los marineros de la galera habían contado. Entonces, al fin, después de mucho descargar y cargar, el barco zarpó una vez más sobre el mar al atardecer, y las altas murallas y frontones de Hlanith disminuían mientras la última luz dorada del día les daba una maravilla y belleza más allá de cualquier que los hombres les habían dado.

Dos noches y dos días, la galera navegó sobre el Mar Cereneriano, sin avistar tierra y hablando solo con otra embarcación. Entonces, cerca del atardecer del segundo día, apareció ante ellos la cumbre nevada de Aran con sus árboles de ginkgo balanceándose en la pendiente inferior, y Carter supo que habían llegado a la tierra de Ooth-Nargai y a la maravillosa ciudad de Celephais. Rápidamente aparecieron a la vista los minaretes brillantes de esa fabulosa ciudad, y las paredes de mármol intactas con sus estatuas de

bronce, y el gran puente de piedra donde Naraxa se une al mar. Luego se alzaron las colinas verdes y suaves detrás de la ciudad, con sus bosques y jardines de asfodelos y los pequeños santuarios y cabañas sobre ellos; y lejos en el fondo, la cresta púrpura de los Tanarians, potentes y místicos, detrás de los cuales yacían caminos prohibidos hacia el mundo despierto y hacia otras regiones de los sueños.

El puerto estaba lleno de galeras pintadas, algunas de las cuales eran de la ciudad de nubes de mármol de Serannian, que yace en el espacio etéreo más allá de donde el mar se encuentra con el cielo, y otras de partes más sustanciales de la tierra de los sueños. Entre ellas, el timonel se abría camino hacia los muelles fragantes de especias, donde la galera se fijó en el crepúsculo mientras las luces de millones de la ciudad comenzaban a parpadear sobre el agua. Siempre nueva parecía esta ciudad inmortal de visión, pues aquí el tiempo no tiene poder para empañar o destruir. Como siempre ha sido, sigue siendo el turquesa de Nath-Horthath, y los ochenta sacerdotes adornados con orquídeas son los mismos que la construyeron hace diez mil años. Brillando todavía está el bronce de las grandes puertas, ni los pavimentos de ónix están jamás desgastados o rotos. Y las grandes estatuas de bronce en las paredes miran hacia abajo a comerciantes y conductores de camellos más antiguos que las leyendas, pero sin un solo pelo gris en sus barbas bifurcadas.

Carter no buscó de inmediato el templo ni el palacio ni la ciudadela, sino que se quedó junto a la muralla hacia el mar entre comerciantes y marineros. Y cuando fue demasiado tarde para rumores y leyendas, buscó una taberna antigua que conocía bien y descansó con sueños de los dioses en el Kadath desconocido que buscaba. Al día siguiente, buscó a lo largo de los muelles a algunos de los marineros extraños de Inquanok, pero le dijeron que ninguno estaba ahora en puerto, ya que su galera no llegaría desde el norte durante dos semanas completas. Sin embargo, encontró a un marinero thoraboniano que había ido a Inquanok y había trabajado en las canteras de ónix de ese lugar crepuscular; y este marinero

dijo que ciertamente había un descenso hacia el norte de la región poblada, que todos parecían temer y evitar. El thoraboniano opinó que este desierto llevaba alrededor del borde máximo de picos intransitables hacia el horrible plateau de Leng, y que esto era la razón por la que los hombres lo temían; aunque admitió que había otras historias vagas de presencias malignas y centinelas innombrables. Si esto podría ser el páramo mítico donde se encuentra el desconocido Kadath, no lo sabía; pero parecía poco probable que esas presencias y centinelas, si es que existían, estuvieran estacionados para nada.

Al día siguiente, Carter caminó por la Calle de los Pilares hasta el templo turquesa y habló con el Alto Sacerdote. Aunque Nath-Horthath es principalmente venerado en Celephais, todos los Grandes Son mencionados en las oraciones diurnas; y el sacerdote estaba razonablemente versado en sus estados de ánimo. Como Atal en el distante Ulthar, aconsejó enérgicamente contra cualquier intento de verlos; declarando que son irascibles y caprichosos, y sujetos a extraña protección de los Otros Dioses sin mente desde el Exterior, cuya alma y mensajero es el caos arrastrándose Nyarlathotep. Su celosa ocultación de la maravillosa ciudad al atardecer mostró claramente que no deseaban que Carter la alcanzara, y era dudoso cómo considerarían a un huésped cuyo objetivo era verlos y suplicar ante ellos. Ningún hombre había encontrado Kadath en el pasado, y podría ser igualmente bien que ninguno lo encontrara en el futuro. Tales rumores que se contaban sobre ese castillo de ónix de los Grandes No eran de ninguna manera reconfortantes.

Después de agradecer al Alto Sacerdote coronado con orquídeas, Carter dejó el templo y buscó el bazar de los carniceros de ovejas, donde el viejo jefe de los gatos de Celephais residía esbelto y contento. Ese ser gris y digno se estaba tomando el sol sobre el pavimento de ónix, y extendió una pata languidecida mientras su llamador se acercaba. Pero cuando Carter repitió las contraseñas e introducciones que le proporcionó el viejo general felino de Ulthar, el patriarca peludo se volvió muy cordial y comunicativo; y contó

mucho sobre el conocimiento secreto conocido por los gatos en las laderas hacia el mar de Ooth-Nargai. Lo mejor de todo, repitió varias cosas que le contaron furtivamente los tímidos gatos de la ribera de Celephais sobre los hombres de Inquanok, en cuyos barcos oscuros ningún gato irá.

Parece que estos hombres tienen un aura que no es de la tierra a su alrededor, aunque esa no es la razón por la cual ningún gato navegará en sus barcos. La razón de esto es que Inquanok alberga sombras que ningún gato puede soportar, de modo que en todo ese reino frío y crepuscular nunca hay un ronroneo alegre ni un maullido hogareño. Ya sea por cosas que flotan sobre los picos intransitables desde el hipotético Leng, o por cosas que se filtran desde el desierto frío al norte, nadie puede decirlo; pero sigue siendo un hecho que en esa tierra lejana hay una insinuación de espacio exterior que a los gatos no les gusta y a la cual son más sensibles que los hombres. Por lo tanto, no irán en los barcos oscuros que buscan los muelles de basalto de Inquanok.

El viejo jefe de los gatos también le dijo dónde encontrar a su amigo, el Rey Kuranos, quien en los últimos sueños de Carter había reinado alternadamente en el Palacio de Cristal de Rosa de los Setenta Placeres en Celephais y en el castillo de nubes con torretas de Serannian flotante en el cielo. Parecía que él no podía encontrar satisfacción en esos lugares, pero había formado un fuerte anhelo por los acantilados ingleses y las tierras bajas de su infancia; donde en pequeñas aldeas soñadoras, las viejas canciones de Inglaterra flotan al atardecer detrás de ventanas con celosías, y donde torres de iglesias grises asoman hermosamente a través de la vegetación de valles distantes. No podía volver a estas cosas en el mundo despierto porque su cuerpo estaba muerto; pero había hecho la segunda mejor cosa y soñó una pequeña extensión de ese campo en la región al este de la ciudad, donde los prados se despliegan graciosamente desde los acantilados marinos hasta el pie de las Colinas Tanarianas. Allí residía en una mansión gótica gris de piedra con vista al mar, e intentaba pensar que era la antigua Torre Trevor, donde nació y donde trece generaciones de sus antepasados vieron

por primera vez la luz. Y en la costa cercana había construido una pequeña aldea pesquera cornish con caminos empedrados empinados, estableciendo allí a personas con los rostros más ingleses, y buscando siempre enseñarles los queridos acentos recordados de los viejos pescadores de Cornualles. Y en un valle no muy lejano había erigido una gran Abadía Normanda cuya torre podía ver desde su ventana, colocando alrededor en el cementerio piedras grises con los nombres de sus ancestros tallados en ellas, y con un musgo algo parecido al musgo de la Vieja Inglaterra. Aunque Kuranés era un monarca en la tierra de los sueños, con todos los pomposos y maravillosos, esplendores y bellezas, éxtasis y delicias, novedades y excitaciones imaginados a su mando, con gusto habría renunciado para siempre a todo su poder, lujo y libertad por un día bendito como un simple niño en esa Inglaterra pura y tranquila, esa Inglaterra antigua y querida que había moldeado su ser y de la cual siempre debe ser inmutablemente parte.

Así que cuando Carter se despidió de ese viejo jefe gris de los gatos, no buscó el palacio escalonado de cristal de rosa, sino que salió por la puerta oriental y cruzó los campos daisied hacia un frontón empinado que divisó entre los robles de un parque que se inclinaba hacia los acantilados marinos. Y con el tiempo llegó a un gran seto y una puerta con una pequeña caseta de ladrillo, y cuando tocó el timbre, no lo admitió ningún lacayo vestido y ungido del palacio, sino un pequeño anciano barbudo con un delantal que hablaba lo mejor que podía en los tonos pintorescos de la lejana Cornualles. Y Carter caminó por el sendero sombrío entre árboles lo más cerca posible de los árboles de Inglaterra, y subió las terrazas entre jardines dispuestos como en la época de la Reina Ana. En la puerta, flanqueado por gatos de piedra de la antigua manera, fue recibido por un mayordomo barbudo con la vestimenta adecuada; y pronto fue llevado a la biblioteca donde Kuranés, Señor de Ooth-Nargai y del Cielo alrededor de Serrannian, se sentaba pensativo en una silla junto a la ventana mirando su pequeña aldea costera y deseando que su vieja enfermera viniera y lo regañara porque no

estaba listo para esa odiosa fiesta en el césped en la parroquia, con el carruaje esperando y su madre casi perdiendo la paciencia.

Kuranes, vestido con una bata del tipo favorecida por los sastres londinenses en su juventud, se levantó con entusiasmo para recibir a su invitado; pues la vista de un anglosajón del mundo despierto le era muy querida, incluso si era un sajón de Boston, Massachusetts, en lugar de de Cornualles. Y durante mucho tiempo hablaron de viejos tiempos, teniendo mucho que decir porque ambos eran viejos soñadores y bien versados en las maravillas de lugares increíbles. Kuranes, de hecho, había ido más allá de las estrellas en el vacío supremo, y se decía que era el único que había regresado cuerdo de tal viaje.

Finalmente, Carter mencionó el tema de su búsqueda, y le hizo a su anfitrión las preguntas que había hecho a tantos otros. Kuranes no sabía dónde estaba Kadath, ni la maravillosa ciudad al atardecer; pero sí sabía que los Grandes Son eran criaturas muy peligrosas de buscar, y que los Otros Dioses tenían formas extrañas de protegerlos de la curiosa intromisión. Había aprendido mucho sobre los Otros Dioses en partes distantes del espacio, especialmente en esa región donde no existe la forma, y los gases coloridos estudian los secretos más profundos. El gas violeta S'ngac le había contado cosas terribles sobre el caos arrastrándose Nyarlathotep, y le había advertido que nunca se acercara al vacío central donde el sultán demoníaco Azathoth roe con hambre en la oscuridad. En conjunto, no era bueno entrometerse con los Antiguos; y si persistían en negar todo acceso a la maravillosa ciudad al atardecer, sería mejor no buscar esa ciudad.

Además, Kuranes dudaba de si su invitado ganaría algo viniendo a la ciudad incluso si la lograra. Él mismo había soñado y anhelado durante muchos años a la hermosa Celephais y la tierra de Ooth-Nargai, y por la libertad, el color y la alta experiencia de una vida libre de sus cadenas, convenciones y estupideces. Pero ahora que había llegado a esa ciudad y a esa tierra, y era el rey de ellas, encontró que la libertad y la vivacidad se agotaban demasiado

pronto, y se volvían monótonas por falta de conexión con algo firme en sus sentimientos y recuerdos. Era un rey en Ooth-Nargai, pero no encontró ningún significado allí, y siempre añoraba las viejas cosas familiares de Inglaterra que habían moldeado su juventud. Todo su reino lo daría por el sonido de las campanas de las iglesias cornish sobre las colinas, y por los mil minaretes de Celephais por los techos empinados y hogareños de la aldea cerca de su hogar. Así que le dijo a su invitado que la desconocida ciudad al atardecer podría no contener el contenido que él buscaba, y que quizás sería mejor que permaneciera como un sueño glorioso y medio recordado. Porque había visitado a Carter a menudo en los viejos días despiertos, y conocía bien las encantadoras pendientes de Nueva Inglaterra que le habían dado su nacimiento.

Al final, estaba muy seguro de que el buscador solo anhelaría las escenas recordadas de temprano; el resplandor de Beacon Hill al atardecer, los altos campanarios y las sinuosas calles colinares de la pintoresca Kingsport, los techos gambrel grisáceos de la antigua y maldita Arkham, y los benditos prados y valles donde las paredes de piedra serpentean y los frontones blancos de las casas de campo asoman entre enredaderas de vegetación. Estas cosas las contó a Randolph Carter, pero aún así el buscador mantenía su propósito. Y al final se despidieron cada uno con su propia convicción, y Carter regresó a través de la puerta de bronce a Celephais y por la Calle de los Pilares hasta el viejo muro marino, donde habló más con los marineros de puertos lejanos y esperó el barco oscuro de Inquanok frío y crepuscular, cuyos marineros de rostro extraño y comerciantes de ónix tenían en ellos la sangre de los Grandes Son.

Una tarde estrellada cuando el Pharos brillaba espléndidamente sobre el puerto, el esperado barco atracó, y marineros y comerciantes de rostro extraño aparecieron uno por uno y en grupo en las antiguas tabernas a lo largo del muro marino. Fue muy emocionante volver a ver esas caras vivientes tan parecidas a las facciones divinas en Ngranek, pero Carter no se apresuró a hablar con los marineros silenciosos. No sabía cuánto orgullo, secreto y tenue memoria suprema podrían llenar a esos hijos de los Grandes

Son, y estaba seguro de que no sería prudente contarles sobre su búsqueda o preguntar demasiado sobre ese desierto frío que se extendía al norte de su tierra crepuscular. Hablaron poco con las otras personas en esas antiguas tabernas marinas; pero se reunían en grupos en rincones remotos y cantaban entre sí las melodías inquietantes de lugares desconocidos, o entonaban largas historias entre sí en acentos alienígenas al resto de la tierra de los sueños. Y así eran raras y conmovedoras esas melodías e historias que uno podría adivinar sus maravillas por las caras de quienes escuchaban, aunque las palabras llegaran a oídos comunes solo como una extraña cadencia y melódica oscura.

Durante una semana, esos marineros extraños permanecieron en las tabernas y comerciaron en los bazares de Celephais, y antes de zarpar Carter había tomado pasaje en su barco oscuro, diciéndoles que era un viejo minero de ónix y deseaba trabajar en sus canteras. Ese barco era muy hermoso y astutamente construido, siendo de madera de teca con accesorios de ébano y filigranas de oro, y la cabina en la que alojaba el viajero tenía cortinas de seda y terciopelo. Una mañana, al cambio de marea, se izaron las velas y se levantó el ancla, y mientras Carter se paraba en la popa alta, vio cómo las paredes ardientes al amanecer, las estatuas de bronce y los minaretes dorados de la atemporal Celephais se hundían en la distancia, y la cumbre nevada del Monte Aran se hacía cada vez más pequeña. Al mediodía no había nada a la vista salvo el suave azul del Mar Cereneriano, con una galera pintada en la lejanía dirigida hacia ese reino de Serrannian donde el mar se encuentra con el cielo.

Y la noche llegó con estrellas espléndidas, y el barco oscuro se dirigió hacia Charles' Wain y el Oso Menor mientras giraban lentamente alrededor del polo. Y los marineros cantaron canciones extrañas de lugares desconocidos, y se escaparon uno por uno hacia la proa mientras los espectadores melancólicos murmuraban antiguos cánticos y se inclinaban sobre la barandilla para vislumbrar a los peces luminosos jugando en enramadas bajo el mar. Carter se durmió a medianoche y se levantó con el resplandor de una mañana

joven, notando que el sol parecía más al sur de lo habitual. Y durante todo ese segundo día hizo progresos en conocer a los hombres del barco, logrando que poco a poco hablaran de su tierra fría y crepuscular, de su exquisita ciudad de ónix y de su miedo a los altos y intransitables picos más allá de los cuales se decía que estaba Leng. Le dijeron cuánto lamentaban que ningún gato permaneciera en la tierra de Inquanok, y cómo pensaban que la cercanía oculta de Leng era la culpable de ello. Solo del desierto pedregoso al norte no hablarían. Había algo inquietante en ese desierto, y se pensó que era conveniente no admitir su existencia.

En días posteriores hablaron de las canteras en las que Carter dijo que iba a trabajar. Había muchas de ellas, pues toda la ciudad de Inquanok estaba construida de ónix, mientras que grandes bloques pulidos de él se comerciaban en Rinar, Ogrothan y Celephais y en casa con los comerciantes de Thraa, Ilarneke y Kadatheron, por las hermosas mercancías de esos puertos fabulosos. Y lejos al norte, casi en el desierto frío cuya existencia los hombres de Inquanok no querían admitir, había una cantera inactiva mayor que todas las demás; de la cual se habían tallado en tiempos olvidados lumpes y bloques prodigiosos que la vista de sus vacantes talladas aterrorizaba a todos los que las contemplaban. Quién había minado esos bloques increíbles y a dónde habían sido transportados, nadie podría decirlo; pero se pensó que era mejor no molestar esa cantera, alrededor de la cual tales recuerdos inhumanos podrían adherirse concebiblemente. Así que quedó completamente sola en el crepúsculo, con solo el cuervo y el rumor del pájaro Shantak para incubar sus inmensidades. Cuando Carter escuchó sobre esta cantera, se sumió en profundas reflexiones, pues sabía por viejas historias que el castillo de los Grandes Son sobre el desconocido Kadath es de ónix.

Cada día, el sol giraba cada vez más bajo en el cielo, y las brumas sobre él se volvieron cada vez más espesas. Y en dos semanas no hubo luz solar en absoluto, sino solo un crepúsculo gris extraño brillando a través de una cúpula de nube eterna durante el día, y una fosforescencia fría y sin estrellas desde el lado inferior de esa

nube por la noche. En el vigésimo día, una gran roca dentada en el mar fue avistada desde lejos, la primera tierra vista desde que el pico nevada de Aran se había reducido detrás del barco. Carter preguntó al capitán el nombre de esa roca, pero le dijeron que no tenía nombre y que nunca había sido buscada por ninguna embarcación debido a los sonidos que emanaban de ella por la noche. Y cuando, después del anochecer, surgió un aullido sordo e incesante de ese lugar de granito dentado, el viajero se alegró de que no se hubiera hecho una parada, y de que la roca no tuviera nombre. Los marineros rezaron y cantaron hasta que el ruido quedó fuera de su alcance, y Carter soñó terribles sueños dentro de sueños en las pequeñas horas.

Dos mañanas después de eso, al frente y al este se alzaba una línea de grandes picos grises cuyos tops se perdían en las nubes inmutables de ese mundo crepuscular. Y ante la vista de ellos, los marineros cantaron canciones alegres, y algunos se arrodillaron en la cubierta para rezar; de modo que Carter supo que habían llegado a la tierra de Inquanok y pronto estarían atracados en los muelles de basalto de la gran ciudad que lleva el nombre de esa tierra. Hacia el mediodía apareció una costa oscura, y antes de las tres en punto se destacaron contra el norte los domos bulbosos y las espirales fantásticas de la ciudad de ónix. La ciudad arcaica se elevaba sobre sus murallas y muelles, todo de negro delicado con rollos, flautas y arabescos de oro incrustado. Las casas eran altas y con muchas ventanas, y talladas en cada lado con flores y patrones cuyas simetrías oscuras deslumbraban al ojo con una belleza más conmovedora que la luz. Algunas terminaban en domos hinchados que se afinaban hacia un punto, otras en pirámides escalonadas sobre las cuales se alzaban minaretes agrupados mostrando cada fase de extrañeza e imaginación. Las murallas eran bajas y perforadas por puertas frecuentes, cada una bajo un gran arco que se elevaba alto sobre el nivel general y coronado por la cabeza de un dios tallada con la misma habilidad mostrada en la cara monstruosa de Ngranek distante. En una colina en el centro se alzaba una torre de dieciséis ángulos mayor que todas las demás y con una

campanario pinaculado elevado sobre una cúpula achatada. Esta, dijeron los marineros, era el Templo de los Antiguos, y era gobernado por un viejo Alto Sacerdote triste con secretos internos.

A intervalos, el clangor de una campana extraña temblaba sobre la ciudad de ónix, respondido cada vez por un repique de música mística compuesta por cuernos, violas y voces cantantes. Y desde una fila de trípodes en una galera alrededor de la alta cúpula del templo estallaban destellos de llamas en ciertos momentos; pues los sacerdotes y el pueblo de esa ciudad eran sabios en los misterios primordiales y fieles en mantener los ritmos de los Grandes Son como se establece en pergaminos más antiguos que los Manuscritos Pnakóticos. Mientras el barco pasaba por el gran rompeolas de basalto hacia el puerto, los ruidos menores de la ciudad se hacían manifiestos, y Carter vio a los esclavos, marineros y comerciantes en los muelles. Los marineros y comerciantes eran de la raza de rostro extraño de los dioses, pero los esclavos eran personas bajitas y de ojos inclinados que, según rumores, habían derivado de alguna manera a través o alrededor de los picos intransitables desde valles más allá de Leng. Los muelles se extendían ampliamente fuera de la muralla de la ciudad y portaban todo tipo de mercancías de las galeras ancladas allí, mientras que en un extremo había grandes pilas de ónix tanto tallado como sin tallar esperando ser enviados a los lejanos mercados de Rinar, Ogrothan y Celephais.

Aún no era la tarde cuando el barco oscuro atracó junto a un muelle saliente de piedra, y todos los marineros y comerciantes desembarcaron y pasaron por la puerta arqueada hacia la ciudad. Las calles de esa ciudad estaban pavimentadas de ónix y algunas eran anchas y rectas mientras que otras eran torcidas y estrechas. Las casas cerca del agua eran más bajas que el resto, y sobre sus curiosos frontones arqueados llevaban ciertos signos de oro que, según se decía, honraban a los pequeños dioses respectivos que las favorecían. El capitán del barco llevó a Carter a una vieja taberna marina donde se reunían los marineros de países pintorescos, y prometió que al día siguiente le mostraría las maravillas de la ciudad crepuscular y lo llevaría a las tabernas de los mineros de ónix cerca

de la muralla norte. Y cayó la tarde, y se encendieron pequeñas lámparas de bronce, y los marineros en esa taberna cantaron canciones de lugares remotos. Pero cuando desde su alta torre la gran campana tembló sobre la ciudad, y el repique de los cuernos, violas y voces sonó críptico en respuesta, todos cesaron sus canciones o historias y se inclinaron en silencio hasta que el último eco se desvaneció. Porque hay una maravilla y una extrañeza en la ciudad crepuscular de Inquanok, y los hombres temen ser descuidados en sus ritos por si un destino y una venganza acechan silenciosamente cerca.

Lejos, en las sombras de esa taberna, Carter vio una figura baja que no le agradaba, pues era inconfundiblemente la de un viejo comerciante de ojos inclinados que había visto mucho tiempo antes en las tabernas de Dylath-Leen, quien tenía la reputación de comerciar con los horribles pueblos de piedra de Leng que ningún pueblo sano visita y cuyos fuegos malignos se ven por la noche desde lejos, e incluso de haber tratado con ese alto sacerdote indescriptible, que usa una máscara de seda amarilla sobre su rostro y habita solo en un monasterio de piedra prehistórico. Este hombre había parecido mostrar un brillo extraño de conocimiento cuando Carter preguntó a los comerciantes de Dylath-Leen sobre el páramo frío y Kadath; y de alguna manera su presencia en el oscuro y encantado Inquanok, tan cerca de las maravillas del norte, no era algo reconfortante. Desapareció completamente de la vista antes de que Carter pudiera hablar con él, y los marineros dijeron más tarde que había venido con una caravana de yaks de algún punto no bien determinado, llevando los huevos colosales y de sabor rico del rumor del pájaro Shantak para comerciar por las ágiles copas de jade que los comerciantes traían de Ilarnek.

En la mañana siguiente, el capitán del barco llevó a Carter a través de las calles de ónix de Inquanok, oscuras bajo su cielo crepuscular. Las puertas incrustadas y los frentes de las casas figuras, balcones tallados y orieles con paneles de cristal brillaban con una hermosura sombría y pulida; y de vez en cuando una plaza se abría con pilares negros, columnatas y las estatuas de seres

curiosos tanto humanos como fabulosos. Algunas de las vistas por calles largas e inquebrantables, o a través de callejones laterales y sobre domos bulbosos, espirales y techos arabescados, eran extrañas y hermosas más allá de las palabras; y nada era más espléndido que la altura masiva del gran Templo central de los Antiguos con sus dieciséis lados tallados, su cúpula achatada y su campanario pinaculado elevado sobre todo lo demás, y majestuoso cualquiera que fuera su primer plano. Y siempre al este, lejos más allá de las murallas de la ciudad y las ligas de tierras de pastoreo, se alzaban los lados grises y delgados de esos picos sin techos e intransitables sobre los cuales se decía que yacía el horrible Leng.

El capitán llevó a Carter al poderoso templo, que está situado con su jardín amurallado en una gran plaza redonda de donde salen las calles como radios de un centro de rueda. Las siete puertas arqueadas de ese jardín, cada una con sobre ella una cara tallada como las de las puertas de la ciudad, están siempre abiertas, y la gente deambula reverentemente a voluntad por los caminos empedrados y a través de los callejones pequeños alineados con términos grotescos y los santuarios de dioses modestos. Y allí hay fuentes, estanques y cuencos para reflejar la frecuente llama de los trípodes en el alto balcón, todo de ónix y con peces luminosos pequeños tomados por buzos de las enramadas inferiores del océano. Cuando el clangor profundo del campanario del templo tiembla sobre el jardín y la ciudad, y la respuesta de los cuernos, violas y voces resuena desde las siete cabañas cerca de las puertas del jardín, salen de las siete puertas del templo largas columnas de sacerdotes enmascarados y encapuchados en negro, llevando a la extensión del brazo delante de ellos grandes cuencos dorados de los cuales se eleva un vapor curioso. Y todas las siete columnas se pavonean peculiarmente en fila única, con las piernas lanzadas hacia adelante sin doblar las rodillas, por los caminos que llevan a las siete cabañas, donde desaparecen y no vuelven a aparecer. Se dice que caminos subterráneos conectan las cabañas con el templo, y que las largas filas de sacerdotes regresan por ellos; y tampoco se murmura que profundas escaleras de ónix bajan a misterios que nunca se

cuentan. Pero solo unos pocos son los que insinúan que los sacerdotes en las columnas enmascaradas y encapuchadas no son seres humanos.

Carter no entró al templo, porque solo el Rey Velado tiene permiso para hacerlo. Pero antes de salir del jardín llegó la hora de la campana, y oyó el clangor tembloroso ensordecedor sobre él, y el lamento de los cuernos, violas y voces fuertes desde las cabañas cerca de las puertas. Y por las siete grandes avenidas se desplazaron las largas filas de sacerdotes portadores de cuencos en su manera singular, dando al viajero un miedo que los sacerdotes humanos no suelen dar. Cuando el último de ellos había desaparecido, dejó ese jardín, notando mientras lo hacía un punto en el pavimento sobre el cual habían pasado los cuencos. Incluso al capitán del barco no le gustó ese punto, y lo apresuró hacia la colina donde el palacio del Rey Velado se alzaba con muchas cúpulas y maravilloso.

Parece que estos hombres tienen un aura que no es de la tierra a su alrededor, aunque esa no es la razón por la cual ningún gato navegará en sus barcos. La razón de esto es que Inquanok alberga sombras que ningún gato puede soportar, de modo que en todo ese reino frío y crepuscular nunca hay un ronroneo alegre ni un maullido hogareño. Ya sea por cosas que flotan sobre los picos intransitables desde el hipotético Leng, o por cosas que se filtran desde el desierto frío al norte, nadie puede decirlo; pero sigue siendo un hecho que en esa tierra lejana hay una insinuación de espacio exterior que a los gatos no les gusta y a la cual son más sensibles que los hombres. Por lo tanto, no irán en los barcos oscuros que buscan los muelles de basalto de Inquanok.

El viejo jefe de los gatos también le dijo dónde encontrar a su amigo, el Rey Kuranek, quien en los últimos sueños de Carter había reinado alternadamente en el Palacio de Cristal de Rosa de los Setenta Placeres en Celephais y en el castillo de nubes con torretas de Serannian flotante en el cielo. Parecía que él no podía encontrar satisfacción en esos lugares, pero había formado un fuerte anhelo por los acantilados ingleses y las tierras bajas de su infancia; donde

en pequeñas aldeas soñadoras, las viejas canciones de Inglaterra flotan al atardecer detrás de ventanas con celosías, y donde torres de iglesias grises asoman hermosamente a través de la vegetación de valles distantes. No podía volver a estas cosas en el mundo despierto porque su cuerpo estaba muerto; pero había hecho la segunda mejor cosa y soñó una pequeña extensión de ese campo en la región al este de la ciudad, donde los prados se despliegan graciosamente desde los acantilados marinos hasta el pie de las Colinas Tanarianas. Allí residía en una mansión gótica gris de piedra con vista al mar, e intentaba pensar que era la antigua Torre Trevor, donde nació y donde trece generaciones de sus antepasados vieron por primera vez la luz. Y en la costa cercana había construido una pequeña aldea pesquera cornish con caminos empedrados empinados, estableciendo allí a personas con los rostros más ingleses, y buscando siempre enseñarles los queridos acentos recordados de los viejos pescadores de Cornualles. Y en un valle no muy lejano había erigido una gran Abadía Normanda cuya torre podía ver desde su ventana, colocando alrededor en el cementerio piedras grises con los nombres de sus ancestros tallados en ellas, y con un musgo algo parecido al musgo de la Vieja Inglaterra. Aunque Kuranos era un monarca en la tierra de los sueños, con todos los pomposos y maravillosos, esplendores y bellezas, éxtasis y delicias, novedades y excitaciones imaginados a su mando, con gusto habría renunciado para siempre a todo su poder, lujo y libertad por un día bendito como un simple niño en esa Inglaterra pura y tranquila, esa Inglaterra antigua y querida que había moldeado su ser y de la cual siempre debe ser inmutablemente parte.

Las vías hacia el palacio de ónix son empinadas y estrechas, excepto esa amplia y curva donde el rey y sus compañeros montan yaks o en carruajes tirados por yaks. Carter y su guía ascendieron por un callejón que era todo escaleras, entre paredes incrustadas con extrañas señales en oro, y bajo balcones y orielos de donde a veces flotaban suaves melodías o aromas exóticos. Siempre al frente se alzaban esas murallas titánicas, contrafuertes poderosos y domos agrupados y bulbosos por los cuales es famoso el palacio del Rey

Velado; y al fin pasaron bajo un gran arco negro y emergieron en los jardines del placer del monarca. Allí, Carter hizo una pausa por la delicadeza de tanta belleza; pues las terrazas de ónix y los paseos columnados, las alegres porterías y los árboles en flor delicados espalierados hacia enrejados dorados, las urnas de bronce y trípodes con relieves ingeniosos, las estatuas pedestalizadas y casi respirantes de mármol negro vetado, las fuentes de loquedos con fondo de basalto y azulejos con peces luminosos, los pequeños templos de pájaros cantores iridiscentes sobre columnas talladas, el maravilloso trabajo de los pergaminos de las grandes puertas de bronce, y las enredaderas florecientes entrenadas a lo largo de cada pulgada de las paredes pulidas se unieron para formar una vista cuya hermosura estaba más allá de la realidad, e incluso medio fabulosa en la tierra de los sueños. Allí brillaba como una visión bajo ese cielo gris crepuscular, con la magnificencia domada y enrejada del palacio al frente, y la silueta fantástica de los picos intransitables distantes a la derecha. Y siempre los pequeños pájaros y las fuentes cantaban, mientras el perfume de raras flores se extendía como un velo sobre ese increíble jardín. No había presencia humana alguna, y Carter se alegró de que así fuera. Luego se dieron la vuelta y descendieron de nuevo por el callejón de ónix de escaleras, pues el propio palacio no puede ser visitado por ningún visitante; y no es bueno mirar demasiado tiempo y fijamente al gran domo central, ya que se dice que alberga al padre arcaico de todos los Shantak-birds rumoreados, y que envía sueños extraños a los curiosos.

Después de eso, el capitán llevó a Carter al cuarto norte de la ciudad, cerca de la puerta de Calavaus, donde están las tabernas de los comerciantes de yaks y los mineros de ónix. Y allí, en una posada de techos bajos de canteros, se despidieron; pues los asuntos llamaban al capitán mientras Carter estaba ansioso por hablar con los mineros sobre el norte. Había muchos hombres en esa posada, y el viajero no tardó en hablar con algunos de ellos; diciendo que era un viejo minero de ónix y ansioso por conocer algo sobre las canteras de Inquanok. Pero todo lo que aprendió no fue mucho más de lo que sabía antes, pues los mineros eran tímidos y evasivos

acerca del desierto frío al norte y de la cantera que ningún hombre visita. Tenían temores de emisarios míticos alrededor de las montañas donde se dice que está Leng, y de presencias malignas y centinelas innombrables al norte entre las rocas dispersas. Y susurraban también que los Shantak-birds rumoreados no son cosas saludables; siendo de hecho lo mejor que ningún hombre ha visto verdaderamente uno (pues ese padre mítico de los Shantaks en el domo del rey es alimentado en los pozos oscuros).

Al día siguiente, diciendo que deseaba inspeccionar todas las diferentes minas por sí mismo y visitar las granjas dispersas y las pintorescas aldeas de ónix de Inquanok, Carter alquiló un yak y llenó grandes alforjas de cuero para un viaje. Más allá de la Puerta de las Caravanas, el camino se extendía recto entre campos cultivados, con muchas casas de campo extrañas coronadas por bajos domos. En algunas de estas casas, el buscador se detuvo para hacer preguntas; una vez encontrando un anfitrión tan austero y reticente, y tan lleno de una majestad sin lugar como la de las enormes facciones en Ngranek, que sintió con certeza que finalmente había encontrado a uno de los Grandes Son mismos, o a uno con nueve décimas de su sangre, habitando entre los hombres. Y a ese coltes austero y reticente le tuvo cuidado de hablar muy bien de los dioses, y de alabar todas las bendiciones que alguna vez le habían otorgado.

Esa noche, Carter acampó en un prado junto a la carretera bajo un gran árbol lygath al que ató a su yak, y por la mañana reanudó su peregrinaje hacia el norte. Alrededor de las diez en punto llegó al pequeño domo de la aldea de Urg, donde descansan los comerciantes y los mineros cuentan sus historias, y se detuvo en sus tabernas hasta el mediodía. Es aquí donde la gran carretera de caravana gira hacia el oeste hacia Selarn, pero Carter siguió hacia el norte por el camino de la cantera. Toda la tarde siguió ese camino ascendente, que era algo más estrecho que la gran autopista, y que ahora conducía a través de una región con más rocas que campos cultivados. Y al atardecer, las colinas bajas a su izquierda se habían elevado en acantilados negros de tamaño considerable, de modo que sabía que estaba cerca de la zona minera. Todo el tiempo, los

flancos grises y delgados de las montañas intransitables se alzaban a lo lejos a su derecha, y cuanto más avanzaba, más peores historias escuchaba sobre ellas de los agricultores dispersos, comerciantes y conductores de carretas de ónix tambaleantes a lo largo del camino.

En la tercera noche, acampó en la sombra de un gran risco negro, atando a su yak a una estaca clavada en el suelo. Observó la mayor fosforescencia de las nubes en este punto más al norte, y más de una vez pensó que veía formas oscuras delineadas contra ellas. Y en la tercera mañana llegó a la primera cantera de ónix, y saludó a los hombres que allí trabajaban con picos y cinceles. Antes del atardecer, había pasado once canteras; la tierra aquí estaba completamente dedicada a acantilados y rocas de ónix, sin vegetación alguna, sino solo grandes fragmentos rocosos dispersos sobre un suelo de tierra negra, con los picos grises e intransitables siempre alzándose desgarrados y siniestros a su derecha. La tercera noche la pasó en un campamento de mineros cuya fuego titilante proyectaba reflejos extraños en los acantilados pulidos hacia el oeste. Y cantaron muchas canciones y contaron muchas historias, mostrando un conocimiento tan extraño de los días antiguos y los hábitos de los dioses que Carter pudo ver que tenían muchos recuerdos latentes de sus ancestros los Grandes Son. Le preguntaron a dónde iba, y lo advirtieron que no se dirigiera demasiado hacia el norte; pero él respondió que estaba buscando nuevos acantilados de ónix, y que no tomaría más riesgos de los comunes entre los prospectores. Por la mañana se despidió y montó de nuevo hacia el oscuro norte, donde le habían advertido que encontraría la temida y no visitada cantera de donde manos más viejas que las de los hombres habían arrancado bloques prodigiosos. Pero no le gustó cuando, al girar para saludar por última vez, pensó que veía acercarse al campamento al comerciante bajo los ojos inclinados que había visto en las tabernas de Dylath-Leen, cuyo comercio con Leng era el chisme de la distante Dylath-Leen.

Después de dos canteras, la parte habitada de Inquanok parecía terminar, y el camino se estrechaba a un sendero de yak empinado entre acantilados negros y desafiantes. Siempre a la derecha se

alzaban los flancos grises y distantes de esos picos intransitables, y a medida que Carter ascendía más y más en este reino inexplorado, descubría que se volvía más oscuro y frío. Pronto percibió que no había huellas de pies ni cascos en el camino negro debajo, y se dio cuenta de que realmente había entrado en caminos extraños y desiertos de tiempo antiguo. De vez en cuando un cuervo croaba lejos sobre su cabeza, y de vez en cuando un aleteo detrás de alguna roca vasta le hacía pensar incómodamente en el Shantak-bird rumoreado. Pero en su mayoría estaba solo con su bestia peluda, y le preocupaba observar que este excelente yak se volvía cada vez más reacio a avanzar, y más inclinado a resoplar asustadamente ante cualquier pequeño ruido en la ruta.

El camino ahora se contraía entre paredes negras y brillantes, y comenzaba a mostrar una pendiente aún mayor que antes. Era un mal camino, y el yak a menudo resbalaba sobre los fragmentos rocosos esparcidos densamente. En dos horas, Carter vio al frente una cresta definida, más allá de la cual no había nada más que un cielo gris opaco, y bendijo la perspectiva de un curso nivelado o descendente. Sin embargo, para alcanzar esta cresta, no fue tarea fácil; pues el camino había crecido casi perpendicular, y era peligroso con grava negra suelta y pequeñas piedras. Eventualmente, Carter desmontó y condujo a su dudoso yak; tirando con fuerza cuando el animal tropezaba o tropezaba, y manteniendo su propio equilibrio lo mejor que pudo. Luego, de repente, llegó a la cima y vio más allá, y jadeó ante lo que vio.

El camino efectivamente conducía recto adelante y ligeramente hacia abajo, con las mismas líneas de altas paredes naturales que antes; pero a la izquierda se abría un espacio monstruoso, acres vastos en extensión, donde algún poder arcaico había rido y desgarrado los acantilados nativos de ónix en forma de una cantera de gigantes. De regreso en el precipicio sólido corría esa hendidura ciclópea, y profundamente dentro de las entrañas de la tierra sus excavaciones inferiores yacían. No era una cantera humana, y los lados cóncavos estaban marcados con grandes cuadrados, de yardas de ancho, que indicaban el tamaño de los bloques una vez tallados

por manos y cinceles innombrables. Alto sobre su borde dentado, enormes cuervos batían y croaban, y vagos zumbidos en las profundidades invisibles indicaban murciélagos o urhags o presencias menos mencionables que acechan la oscuridad sin fin. Carter entendió que estaba de pie en el camino estrecho en medio del crepúsculo con el camino rocoso inclinándose hacia abajo ante él; altos acantilados de ónix a su derecha que conducían a lo lejos y altos acantilados a la izquierda cortados justo adelante para hacer de esa terrible y sobrenatural cantera.

De repente, el yak emitió un grito y salió de su control, saltando más allá de él y disparándose en pánico hasta que desapareció por la estrecha pendiente hacia el norte. Las piedras pateadas por sus pezuñas voladoras caían por el borde de la cantera y se perdían en la oscuridad sin ningún sonido al golpear el fondo; pero Carter ignoró los peligros de ese camino escaso mientras corría sin aliento tras el yak volador. Pronto los acantilados a la izquierda retomaron su curso, haciendo que el camino volviera a ser un callejón estrecho; y aún así, el viajero continuó corriendo tras el yak cuya grandes huellas anchas indicaban su desesperada huida.

Una vez pensó que escuchaba los cascos de la bestia asustada, y dobló su velocidad por este aliento. Estaba cubriendo millas, y poco a poco el camino se iba ensanchando al frente hasta que supo que pronto emergería en el desierto frío y temido al norte. Los flancos grises y desgarrados de los picos intransitables estaban nuevamente visibles sobre los riscos a lo lejos, y más allá iba la roca y los rocas de un espacio abierto que claramente era un aperitivo del oscuro y ilimitado plano. Y una vez más esos cascos resonaron en sus oídos, más claros que antes, pero esta vez dando terror en lugar de aliento porque se dio cuenta de que no eran los cascos asustados de su yak fugitivo. Los golpes eran implacables y con propósito, y estaban detrás de él.

La persecución de Carter al yak se convirtió ahora en una huida de una cosa invisible, pues aunque no se atrevió a mirar por encima del hombro, sintió que la presencia detrás de él no podía ser nada

saludable o mencionable. Su yak debía haberlo escuchado o sentido primero, y no le gustaba preguntarse si lo había seguido desde los hábitats de los hombres o si había naufragado fuera de ese pozo negro de la cantera. Mientras tanto, los acantilados habían quedado atrás, de modo que la noche entrante caía sobre una gran extensión de arena y rocas espectrales donde todos los caminos se perdían. No podía ver las huellas de pezuñas de su yak, pero siempre desde detrás de él venía ese detestable golpeteo; mezclado de vez en cuando con lo que él imaginaba eran aleteos titánicos y zumbidos. Parecía claramente que estaba perdiendo terreno, y supo que estaba irremediablemente perdido en este desierto roto y devastado de rocas sin sentido y arenas inexploradas. Solo esos picos remotos e intransitables a la derecha le daban alguna sensación de dirección, y aún así eran menos claros a medida que el crepúsculo gris disminuía y la fosforescencia enfermiza de las nubes tomaba su lugar.

Luego, tenue y brumoso en el norte oscuro ante él, divisó una cosa terrible. Había pensado durante algunos momentos que era una cadena de montañas negras, pero ahora vio que era algo más. La fosforescencia de las nubes ominosas lo mostró claramente, e incluso silueteó partes de él mientras las vapores brillaban detrás. Qué tan distante era no podía decirlo, pero debía ser muy lejos. Alcanzaba miles de pies de altura, extendiéndose en un gran arco cóncavo desde los picos grises intransitables hasta los espacios imaginados hacia el oeste, y una vez de hecho, había sido una cresta de colinas de ónix poderosas. Pero ahora esas colinas ya no eran colinas, pues alguna mano más grande que la de los hombres las había tocado. Silenciosos, se agazapaban allí sobre el mundo como lobos o ghouls, coronados con nubes y nieblas y guardianes de los secretos del norte para siempre. Todos en un gran semicírculo se agazapaban, esas montañas similares a gárgolas titánicas se alzaban sobre ellas, y sus manos derechas estaban levantadas en amenaza contra la humanidad.

Era solo la luz titilante de las nubes lo que hacía parecer que sus cabezas dobles de nitrógeno se movían, pero mientras Carter tropezaba, vio surgir formas grandes cuyas movimientos no eran una

ilusión. Aladas y zumbantes, esas formas crecían más grandes cada momento, y el viajero supo que su tropezar había llegado a su fin. No eran pájaros ni murciélagos conocidos en ningún otro lugar de la tierra o en la tierra de los sueños, pues eran más grandes que elefantes y tenían cabezas como las de un caballo. Carter supo que debían ser los Shantak-birds de mala reputación, y no se preguntó más sobre los guardianes malignos y los centinelas innombrables que hacen que los hombres eviten el desierto rocoso boreal. Y cuando se detuvo en resignación final, se atrevió por fin a mirar detrás de él, donde efectivamente trotaba el comerciante bajo los ojos inclinados de maldad legendaria, sonriendo montado en un yak delgado y liderando una horda nociva de Shantaks que aún tenían el nítrico y el nitrato de los pozos inferiores en sus alas.

Atrapado, aunque lo estuviera, por pesadillas aladas horribles y hippocefálicas que se apretujaban en grandes círculos impíos, Randolph Carter no perdió la conciencia. Altos y horribles, esos gargoyles titánicos se alzaban sobre él, mientras el comerciante de ojos inclinados saltaba de su yak y se paraba sonriendo frente al cautivo. Luego el hombre hizo un gesto para que Carter montara uno de los repugnantes Shantaks, ayudándolo a subir mientras su juicio luchaba con su aversión. Fue un trabajo duro ascender, pues el Shantak-bird tiene escamas en lugar de plumas, y esas escamas son muy resbaladizas. Una vez que estuvo sentado, el hombre de ojos inclinados saltó detrás de él, dejando al yak delgado para ser conducido hacia el norte hacia el anillo de montañas talladas por uno de los colosos de aves increíbles.

Entonces siguió un torbellino horrible a través del espacio frío, interminablemente hacia arriba y hacia el este hacia los flancos grises y desgarrados de esas montañas intransitables más allá de las cuales se decía que estaba Leng. Muy por encima de las nubes volaron, hasta que al fin quedaron bajo ellos esas cumbres míticas que el pueblo de Inquanok nunca ha visto, y que siempre yacen en altos vórtices de niebla brillante. Carter las contempló muy claramente mientras pasaban debajo, y vio en sus picos más altos extrañas cuevas que le hicieron pensar en las de Ngranek; pero no

cuestionó a su captor sobre estas cosas cuando notó que tanto el hombre como el Shantak con cabeza de caballo parecían extrañamente temerosos de ellas, apresurándose nerviosamente y mostrando gran tensión hasta que quedaron lejos atrás.

El Shantak ahora volaba más bajo, revelando bajo el dosel de nubes una llanura gris y estéril sobre la cual a grandes distancias brillaban pequeñas luces débiles. Al descender aparecían de vez en cuando cabañas solitarias de granito y pueblos de piedra desolados cuyos pequeñas ventanas brillaban con una luz pálida. Y de esas cabañas y pueblos venía un zumbido agudo de pipas y un ruido nauseabundo de crotala que demostró de inmediato que los hombres de Inquanok tienen razón en sus rumores geográficos. Porque los viajeros han escuchado tales sonidos antes, y saben que solo flotan desde ese plateau desierto frío que la gente sana nunca visita; ese lugar encantado de maldad y misterio que es Leng.

Alrededor de las luces débiles, formas oscuras estaban bailando, y Carter tenía curiosidad sobre qué tipo de seres podrían ser; pues ningún hombre sano ha ido jamás a Leng, y el lugar solo es conocido por sus fuegos y cabañas de piedra vistos desde lejos. Muy lentamente y torpemente, esas formas saltaban, y con una torsión y dobladura insana que no es bueno contemplar; de modo que Carter no se sorprendió de la maldad monstruosa imputada a ellos por leyendas vagas, o del miedo que toda la tierra de los sueños tiene hacia su desolado y helado plateau. A medida que el Shantak volaba más bajo, la repulsión de los bailarines se tiñó con cierta familiaridad infernal; y el prisionero mantuvo el esfuerzo de sus ojos y de su memoria para buscar pistas sobre dónde había visto tales criaturas antes.

Saltaban como si tuvieran pezuñas en lugar de pies, y parecían llevar una especie de peluca o tocado con pequeños cuernos. De otra vestimenta no tenían, pero la mayoría de ellos eran bastante peludos. Detrás tenían colas enanas, y cuando miraban hacia arriba vio el ancho excesivo de sus bocas. Entonces supo lo que eran, y que no llevaban pelucas ni tocados después de todo. Pues los

crípticos del Leng eran de una sola raza con los incómodos comerciantes de las galeras negras que comerciaban rubíes en Dylath-Leen; esos comerciantes no completamente humanos que son los esclavos de las bestias de luna monstruosas. Eran de hecho la misma gente oscura que había capturado a Carter en su galera nocosa hace mucho tiempo, y cuyos parientes había visto desplazarse en manadas sobre los muelles sucios de esa maldita ciudad lunar, con los más delgados trabajando y los más gordos llevados en cajas para otras necesidades de sus maestros poliposos y amorfos. Ahora vio de dónde provenían tales criaturas ambiguas, y estremeció ante el pensamiento de que Leng debía ser conocido por estas abominaciones sin forma provenientes de la luna.

Pero el Shantak voló más allá de los fuegos y las cabañas de piedra y los bailarines menos que humanos, y ascendió sobre colinas estériles de granito gris y vastas tierras de rocas, hielo y nieve. El día llegó, y la fosforescencia de las nubes bajas dio paso al crepúsculo brumoso de ese mundo del norte, y aún así el vil pájaro voló deliberadamente a través del frío y el silencio. En ocasiones, el hombre de ojos inclinados hablaba con su corcel en un lenguaje odioso y gutural, y el Shantak respondería con tonos risueños que chillaban como el rasguño de vidrio roto. Todo esto mientras la tierra se elevaba más, y finalmente llegaron a una tierra plana y ventosa que parecía el mismo techo de un mundo desolado y sin inquilinos. Allí, completamente solo en el silencio y el crepúsculo y el frío, se alzaban las piedras toscas de un edificio de piedra sin ventanas, alrededor de las cuales se erigía un círculo de monolitos crudos. En todo este arreglo no había nada humano, y Carter dedujo por antiguas historias que efectivamente había llegado a ese lugar más terrible y legendario de todos, el monasterio remoto y prehistórico donde habita sin compañía el Alto Sacerdote indescriptible, que lleva una máscara de seda amarilla sobre su rostro y reza a los Otros Dioses y su caos arrastrándose Nyarlathotep.

El repugnante Shantak ahora se posó en el suelo, y el hombre de ojos inclinados saltó y ayudó a su cautivo a descender. Del propósito de su captura Carter ahora estaba muy seguro; pues claramente el

comerciante de ojos inclinados era un agente de los poderes más oscuros, ansioso por arrastrar ante sus amos a un mortal cuya presunción había apuntado a encontrar el Kadath desconocido y a decir una oración ante los rostros de los Grandes Son en su castillo de ónix. Parecía probable que este comerciante había causado su captura anterior por los esclavos de las bestias de luna en Dylath-Leen, y que ahora pretendía hacer lo que los gatos rescatadores habían frustrado; llevando a la víctima a algún encuentro temible con el monstruoso Nyarlathotep y contando con qué audacia se había intentado buscar el Kadath desconocido. Leng y el páramo frío al norte de Inquanok deben estar cerca de los Otros Dioses, y allí las pasadas a Kadath están bien vigiladas.

El hombre de ojos inclinados era pequeño, pero el gran pájaro hippocefálico estaba allí para asegurarse de que obedeciera; así que Carter siguió donde lo llevó, y pasó dentro del círculo de rocas erguido y hacia la puerta arqueada baja de ese monasterio de piedra sin ventanas. No había luces dentro, pero el comerciante siniestro encendió una pequeña lámpara de arcilla con relieves morbosos y empujó a su prisionero a través de laberintos de estrechos corredores sinuosos. En las paredes de los corredores estaban pintadas escenas espantosas más antiguas que la historia, y en un estilo desconocido para los arqueólogos de la tierra. Después de incontables eones, sus pigmentos seguían siendo brillantes, pues el frío y la sequedad del horrendo Leng mantienen vivas muchas cosas primordiales. Carter las vio fugazmente en los rayos de esa tenue y móvil lámpara, y estremeció ante el cuento que contaban.

A través de esos frescos arcaicos acechaban los anales de Leng; y los seres hornados, pezuñados y de boca ancha casi humanos bailaban maliciosamente entre ciudades olvidadas. Había escenas de viejas guerras, donde los casi humanos de Leng luchaban con las arañas púrpuras hinchadas de los valles vecinos; y también había escenas de la llegada de las galeras negras de la luna, y de la sumisión de la gente de Leng a las blasfemias poliposas y amorfas que saltaban, se agitaban y retorcían fuera de ellos. Esas blasfemias resbaladizas de color blanco grisáceo las adoraban como dioses, ni

nunca se quejaban cuando decenas de sus mejores y más gordos machos eran llevados en las galeras negras. Las bestias monstruosas de la luna hicieron su campamento en una isla dentada en el mar, y Carter pudo deducir de los frescos que esta era nada menos que la roca solitaria sin nombre que había visto al navegar hacia Inquanok; esa roca gris maldita que los marineros de Inquanok evitan, y de la cual resuenan aullidos viles por toda la noche.

Y en esos frescos se mostraban los grandes puertos marítimos y la capital de los casi humanos; orgullosa y columnada entre los acantilados y los muelles de basalto, y maravillosa con altos fanes y palacios tallados. Grandes jardines y calles columnadas conducían desde los acantilados y desde cada una de las seis puertas coronadas por esfinges a una vasta plaza central, y en esa plaza había un par de leones colosales alados que vigilaban la cima de una escalera subterránea. Una y otra vez se mostraban esos enormes leones alados, sus grandes flancos de diarita brillando en el crepúsculo gris del día y la fosforescencia nublada de la noche. Y mientras Carter pasaba junto a sus imágenes repetidas y frecuentes, comprendió por fin lo que eran, y qué ciudad era esa que los casi humanos habían gobernado tan antiguamente antes de la llegada de las galeras negras. No podía haber ningún error, pues las leyendas de la tierra de los sueños son generosas y profusas. Indudablemente, esa ciudad primitiva no era menos que la legendaria Sarkomand, cuyas ruinas se han blanqueado por un millón de años antes de que el primer humano verdadero viera la luz, y cuyos leones gemelos titánicos vigilan eternamente los escalones que conducen de la tierra de los sueños al Gran Abismo.

Otras vistas mostraban los flancos grises y desgarrados que dividían Leng de Inquanok, y los monstruosos Shantak-birds que construyen nidos en las salientes a mitad de camino hacia los montes tallados. Y también mostraban las curiosas cuevas cerca de los picos más altos, y cómo incluso los Shantaks más valientes vuelan gritando lejos de ellas. Y Carter había visto esas cuevas cuando pasaba sobre ellas, y había notado su parecido a las cuevas en Ngranek. Ahora sabía que el parecido era más que una

coincidencia, pues en estos cuadros se mostraban sus habitantes temibles; y esos alas de murciélago, cuernos curvados, colas con púas, patas prensiles y cuerpos gomosos no le eran extraños. Había conocido a esas criaturas silenciosas, que se movían y agarraban, antes; esos guardianes sin mente del Gran Abismo que incluso los Grandes Son temen, y que no poseen a Nyarlathotep sino al canoso Nodens como su señor. Pues eran los temidos night-gaunts, que nunca ríen ni sonríen porque no tienen caras, y que se tambalean interminablemente en la oscuridad entre el Valle de Pnath y los pasajes hacia el mundo exterior.

El comerciante de ojos inclinados ahora había empujado a Carter hacia un gran espacio domado cuyas paredes estaban talladas con relieves espantosos, y cuyo centro albergaba un hueco circular ensanchado rodeado por seis altares de piedra manchados malignamente en un anillo. No había luz en esta vasta cripta maloliente, y la pequeña lámpara del comerciante siniestro brillaba tan débilmente que uno solo podía captar detalles poco a poco. En el extremo más lejano había una gran tarima de piedra alcanzada por cinco escalones; y allí, sobre un trono dorado, se sentaba una figura corpulenta vestida con seda amarilla figurada con rojo y llevando una máscara de seda amarilla sobre su rostro. Este ser, el hombre de ojos inclinados hizo ciertos gestos con sus manos, y el espectro en la oscuridad respondió levantando una desagradable flauta tallada de marfil en patas cubiertas de seda y soplando ciertos sonidos repugnantes desde debajo de su máscara amarilla fluida. Este coloquio continuó por algún tiempo, y para Carter había algo nauseabundoamente familiar en el sonido de esa flauta y el hedor de ese lugar fétido. Le hizo pensar en una ciudad roja hilada espantosa y en la repulsiva procesión que una vez desfiló por ella; en eso, y en una escalada horrible a través del campo lunar más allá, antes de la apresurada salvación de los amigables gatos de la tierra. Sabía que la criatura en la tarima era sin duda el alto sacerdote indescriptible, de quien la leyenda susurra tales posibilidades demoníacas y anormales, pero temía pensar qué tipo de sacerdote tan abominable podría ser.

Luego, la seda figurada se deslizó un poco de una de las patas blancas grisáceas, y Carter supo lo que era el alto sacerdote nauseabundo. Y en ese segundo miedo estremecedor, su voluntad se impulsó hacia algo que su razón nunca se habría atrevido a intentar, pues en toda su conciencia sacudida solo había espacio para una voluntad frenética de escapar de aquello que se agazapaba en ese trono dorado. Sabía que laberintos infinitos de piedra estaban entre él y la mesa fría del desierto exterior, y que incluso en esa mesa el Shantak nocivo aún esperaba; pero en su mente solo había la necesidad instantánea de alejarse de esa monstruosa y vestida de seda monstruosidad.

El hombre de ojos inclinados había colocado ahora su curiosa lámpara sobre una de las altas y malditamente manchadas piedras de altar, y había avanzado un poco para hablar con el alto sacerdote con sus manos. Carter, hasta entonces completamente pasivo, ahora le dio a ese hombre un empujón terrible con toda la fuerza salvaje del miedo, de modo que la víctima cayó de inmediato en ese hueco circular que los rumores dicen que alcanza hasta los abismos infernales de Zin donde los gugs cazan ghouls en la oscuridad. Casi en el mismo segundo, tomó la lámpara del altar y salió corriendo hacia los laberintos frescos, corriendo de aquí para allá según lo determinara el azar y tratando de no pensar en el padding furtivo de patas sin forma sobre las piedras detrás de él, o en los retorcimientos y arrastramientos silenciosos que debían estar ocurriendo allá atrás en los corredores sin luz.

Después de unos momentos, lamentó su apresurada prisa, y deseó haber intentado seguir hacia atrás los frescos que había pasado al entrar. Ciertamente, eran tan confusos y duplicados que no le podrían haber servido mucho, pero deseaba no menos haber hecho el intento. Los que ahora veía eran aún más horribles que los que había visto entonces, y supo que no estaba en los corredores que conducen hacia afuera. Con el tiempo, estuvo completamente seguro de que no lo seguían, y desaceleró su paso un poco; pero apenas había respirado medio alivio cuando una nueva amenaza lo

acechó. Su lámpara estaba menguando, y pronto estaría en la oscuridad total sin medios de visión o guía.

Cuando la luz se fue por completo, tanteó lentamente en la oscuridad, y rezó a los Grandes Son por la ayuda que pudieran ofrecer. A veces sentía que el piso de piedra se inclinaba hacia arriba o hacia abajo, y una vez tropezó con un escalón para el cual no parecía haber razón alguna. Cuanto más avanzaba, más húmedo parecía estar, y cuando podía sentir una unión o la boca de un pasaje lateral, siempre elegía el camino que se inclinaba hacia abajo lo menos posible. Sin embargo, creía, aunque no estaba seguro, que su curso general era hacia abajo; y el olor de bóveda y las incrustaciones en las paredes y el suelo grasiento le advertían que estaba excavando profundamente en la mesa insalubre de Leng. Pero no hubo ninguna advertencia de la cosa que llegó al fin; solo la cosa misma con su terror y choque y caos impresionante. Un momento estaba tanteando lentamente sobre el piso resbaladizo de un lugar casi nivelado, y al siguiente estaba cayendo mareado hacia abajo en la oscuridad a través de una madriguera que debía ser casi vertical.

Así que cuando Carter se despidió de ese viejo jefe gris de los gatos, no buscó el palacio escalonado de cristal de rosa, sino que salió por la puerta oriental y cruzó los campos daisied hacia un frontón empinado que divisó entre los robles de un parque que se inclinaba hacia los acantilados marinos. Y con el tiempo llegó a un gran seto y una puerta con una pequeña caseta de ladrillo, y cuando tocó el timbre allí no lo admitió ningún lacayo vestido y ungido del palacio, sino un pequeño anciano con barba y en un delantal que hablaba lo mejor que podía en los tonos pintorescos de la lejana Cornualles. Y Carter caminó por el sendero sombreado entre árboles lo más cerca posible de los árboles de Inglaterra, y ascendió las terrazas entre jardines dispuestos como en la época de la Reina Ana. En la puerta, flanqueado por gatos de piedra a la antigua, fue recibido por un mayordomo barbudo con la vestimenta adecuada; y

pronto lo llevaron a la biblioteca donde Kuranés, Señor de Ooth-Nargai y del Cielo alrededor de Serrannian, se sentaba pensativo en una silla junto a la ventana mirando su pequeña aldea costera y deseando que su vieja enfermera viniera y lo regañara porque no estaba listo para esa odiosa fiesta en el césped en la parroquia, con el carruaje esperando y su madre casi perdiendo la paciencia.

Kuranés, vestido con una bata del tipo favorecida por los sastres londinenses en su juventud, se levantó con entusiasmo para recibir a su invitado; pues la vista de un anglosajón del mundo despierto le era muy querida, incluso si era un sajón de Boston, Massachusetts, en lugar de de Cornualles. Y durante mucho tiempo hablaron de viejos tiempos, teniendo mucho que decir porque ambos eran viejos soñadores y bien versados en las maravillas de lugares increíbles. Kuranés, de hecho, había ido más allá de las estrellas en el vacío supremo, y se decía que era el único que había regresado cuerdo de tal viaje.

Finalmente, Carter mencionó el tema de su búsqueda, y le hizo a su anfitrión las preguntas que había hecho a tantos otros. Kuranés no sabía dónde estaba Kadath, ni la maravillosa ciudad al atardecer; pero sí sabía que los Grandes Son eran criaturas muy peligrosas de buscar, y que los Otros Dioses tenían formas extrañas de protegerlos de la curiosa intromisión. Había aprendido mucho sobre los Otros Dioses en partes distantes del espacio, especialmente en esa región donde no existe la forma, y los gases coloridos estudian los secretos más profundos. El gas violeta S'ngac le había contado cosas terribles sobre el caos arrastrándose Nyarlathotep, y le había advertido que nunca se acercara al vacío central donde el sultán demoníaco Azathoth roe con hambre en la oscuridad. En conjunto, no era bueno entrometerse con los Antiguos; y si persistían en negar todo acceso a la maravillosa ciudad al atardecer, sería mejor no buscar esa ciudad.

Además, Kuranés dudaba de si su invitado ganaría algo viniendo a la ciudad incluso si la lograra. Él mismo había soñado y anhelado durante muchos años a la hermosa Celephais y la tierra de Ooth-

Nargai, y por la libertad, el color y la alta experiencia de una vida libre de sus cadenas, convenciones y estupideces. Pero ahora que había llegado a esa ciudad y a esa tierra, y era el rey de ellas, encontró que la libertad y la vivacidad se agotaban demasiado pronto, y se volvían monótonas por falta de conexión con algo firme en sus sentimientos y recuerdos. Era un rey en Ooth-Nargai, pero no encontró ningún significado allí, y siempre añoraba las viejas cosas familiares de Inglaterra que habían moldeado su juventud. Todo su reino lo daría por el sonido de las campanas de las iglesias cornish sobre las colinas, y por los mil minaretes de Celephais por los techos empinados y hogareños de la aldea cerca de su hogar. Así que le dijo a su invitado que la desconocida ciudad al atardecer podría no contener el contenido que él buscaba, y que quizás sería mejor que permaneciera como un sueño glorioso y medio recordado. Porque había visitado a Carter a menudo en los viejos días despiertos, y conocía bien las encantadoras pendientes de Nueva Inglaterra que le habían dado su nacimiento.

Al final, estaba muy seguro de que el buscador solo anhelaría las escenas recordadas de temprano; el resplandor de Beacon Hill al atardecer, los altos campanarios y las sinuosas calles colinares de la pintoresca Kingsport, los techos gambrel grisáceos de la antigua y maldita Arkham, y los benditos prados y valles donde las paredes de piedra serpentean y los frontones blancos de las casas de campo asoman entre enredaderas de vegetación. Estas cosas las contó a Randolph Carter, pero aún así el buscador mantenía su propósito. Y al final se despidieron cada uno con su propia convicción, y Carter regresó a través de la puerta de bronce a Celephais y por la Calle de los Pilares hasta el viejo muro marino, donde habló más con los marineros de puertos lejanos y esperó el barco oscuro de Inquanok frío y crepuscular, cuyos marineros de rostro extraño y comerciantes de ónix tenían en ellos la sangre de los Grandes Son.

Una tarde estrellada cuando el Pharos brillaba espléndidamente sobre el puerto, el esperado barco atracó, y marineros y comerciantes de rostro extraño aparecieron uno por uno y en grupo en las antiguas tabernas a lo largo del muro marino. Fue muy

emocionante volver a ver esas caras vivientes tan parecidas a las facciones divinas en Ngranek, pero Carter no se apresuró a hablar con los marineros silenciosos. No sabía cuánto orgullo, secreto y tenue memoria suprema podrían llenar a esos hijos de los Grandes Son, y estaba seguro de que no sería prudente contarles sobre su búsqueda o preguntar demasiado sobre ese desierto frío que se extendía al norte de su tierra crepuscular. Hablaron poco con las otras personas en esas antiguas tabernas marinas; pero se reunían en grupos en rincones remotos y cantaban entre sí las melodías inquietantes de lugares desconocidos, o entonaban largas historias entre sí en acentos alienígenas al resto de la tierra de los sueños. Y así eran raras y conmovedoras esas melodías e historias que uno podría adivinar sus maravillas por las caras de quienes escuchaban, aunque las palabras llegaran a oídos comunes solo como una extraña cadencia y melodía oscura.

Durante una semana, esos marineros extraños permanecieron en las tabernas y comerciaron en los bazares de Celephais, y antes de zarpar Carter había tomado pasaje en su barco oscuro, diciéndoles que era un viejo minero de ónix y deseaba trabajar en sus canteras. Ese barco era muy hermoso y astutamente construido, siendo de madera de teca con accesorios de ébano y filigranas de oro, y la cabina en la que alojaba el viajero tenía cortinas de seda y terciopelo. Una mañana, al cambio de marea, se izaron las velas y se levantó el ancla, y mientras Carter se paraba en la popa alta, vio cómo las paredes ardientes al amanecer, las estatuas de bronce y los minaretes dorados de la atemporal Celephais se hundían en la distancia, y la cumbre nevada del Monte Aran se hacía cada vez más pequeña. Al mediodía no había nada a la vista salvo el suave azul del Mar Cereneriano, con una galera pintada en la lejanía dirigida hacia ese reino de Serrannian donde el mar se encuentra con el cielo.

Y la noche llegó con estrellas espléndidas, y el barco oscuro se dirigió hacia Charles' Wain y el Oso Menor mientras giraban lentamente alrededor del polo. Y los marineros cantaron canciones extrañas de lugares desconocidos, y se escaparon uno por uno hacia

la proa mientras los espectadores melancólicos murmuraban antiguos cánticos y se inclinaban sobre la barandilla para vislumbrar a los peces luminosos jugando en enramadas bajo el mar. Carter se durmió a medianoche y se levantó con el resplandor de una mañana joven, notando que el sol parecía más al sur de lo habitual. Y durante todo ese segundo día hizo progresos en conocer a los hombres del barco, logrando que poco a poco hablaran de su tierra fría y crepuscular, de su exquisita ciudad de ónix y de su miedo a los altos y intransitables picos más allá de los cuales se decía que estaba Leng. Le dijeron cuánto lamentaban que ningún gato permaneciera en la tierra de Inquanok, y cómo pensaban que la cercanía oculta de Leng era la culpable de ello. Solo del desierto pedregoso al norte no hablarían. Había algo inquietante en ese desierto, y se pensó que era conveniente no admitir su existencia.

En días posteriores hablaron de las canteras en las que Carter dijo que iba a trabajar. Había muchas de ellas, pues toda la ciudad de Inquanok estaba construida de ónix, mientras que grandes bloques pulidos de él se comerciaban en Rinar, Ogrothan y Celephais y en casa con los comerciantes de Thraa, Ilarne y Kadatheron, por las hermosas mercancías de esos puertos fabulosos. Y lejos al norte, casi en el desierto frío cuya existencia los hombres de Inquanok no querían admitir, había una cantera inactiva mayor que todas las demás; de la cual se habían tallado en tiempos olvidados lumpes y bloques prodigiosos que la vista de sus vacantes talladas aterrorizaba a todos los que las contemplaban. Quién había minado esos bloques increíbles y a dónde habían sido transportados, nadie podría decirlo; pero se pensó que era mejor no molestar esa cantera, alrededor de la cual tales recuerdos inhumanos podrían adherirse concebiblemente. Así que quedó completamente sola en el crepúsculo, con solo el cuervo y el rumor del pájaro Shantak para incubar sus inmensidades. Cuando Carter escuchó sobre esta cantera, se sumió en profundas reflexiones, pues sabía por viejas historias que el castillo de los Grandes Son sobre el desconocido Kadath es de ónix.

Cada día, el sol giraba cada vez más bajo en el cielo, y las brumas sobre él se volvieron cada vez más espesas. Y en dos semanas no hubo luz solar en absoluto, sino solo un crepúsculo gris extraño brillando a través de una cúpula de nube eterna durante el día, y una fosforescencia fría y sin estrellas desde el lado inferior de esa nube por la noche. En el vigésimo día, una gran roca dentada en el mar fue avistada desde lejos, la primera tierra vista desde que el pico nevado de Aran se había reducido detrás del barco. Carter preguntó al capitán el nombre de esa roca, pero le dijeron que no tenía nombre y que nunca había sido buscada por ninguna embarcación debido a los sonidos que emanaban de ella por la noche. Y cuando, después del anochecer, surgió un aullido sordo e incesante de ese lugar de granito dentado, el viajero se alegró de que no se hubiera hecho una parada, y de que la roca no tuviera nombre. Los marineros rezaron y cantaron hasta que el ruido quedó fuera de su alcance, y Carter soñó terribles sueños dentro de sueños en las pequeñas horas.

Dos mañanas después de eso, al frente y al este se alzaba una línea de grandes picos grises cuyos tops se perdían en las nubes inmutables de ese mundo crepuscular. Y ante la vista de ellos, los marineros cantaron canciones alegres, y algunos se arrodillaron en la cubierta para rezar; de modo que Carter supo que habían llegado a la tierra de Inquanok y pronto estarían atracados en los muelles de basalto de la gran ciudad que lleva el nombre de esa tierra. Hacia el mediodía apareció una costa oscura, y antes de las tres en punto se destacaron contra el norte los domos bulbosos y las espirales fantásticas de la ciudad de ónix. La ciudad arcaica se elevaba sobre sus murallas y muelles, todo de negro delicado con rollos, flautas y arabescos de oro incrustado. Las casas eran altas y con muchas ventanas, y talladas en cada lado con flores y patrones cuyas simetrías oscuras deslumbraban al ojo con una belleza más conmovedora que la luz. Algunas terminaban en domos hinchados que se afinaban hacia un punto, otras en pirámides escalonadas sobre las cuales se alzaban minaretes agrupados mostrando cada fase de extrañeza e imaginación. Las murallas eran bajas y

perforadas por puertas frecuentes, cada una bajo un gran arco que se elevaba alto sobre el nivel general y coronado por la cabeza de un dios tallada con la misma habilidad mostrada en la cara monstruosa de Ngranek distante. En una colina en el centro se alzaba una torre de dieciséis ángulos mayor que todas las demás y con una campanario pinaculado elevado sobre una cúpula achatada. Esta, dijeron los marineros, era el Templo de los Antiguos, y era gobernado por un viejo Alto Sacerdote triste con secretos internos.

A intervalos, el clangor de una campana extraña temblaba sobre la ciudad de ónix, respondido cada vez por un repique de música mística compuesta por cuernos, violas y voces cantantes. Y desde una fila de trípodes en una galera alrededor de la alta cúpula del templo estallaban destellos de llamas en ciertos momentos; pues los sacerdotes y el pueblo de esa ciudad eran sabios en los misterios primordiales y fieles en mantener los ritmos de los Grandes Son como se establece en pergaminos más antiguos que los Manuscritos Pnakóticos. Mientras el barco pasaba por el gran rompeolas de basalto hacia el puerto, los ruidos menores de la ciudad se hacían manifiestos, y Carter vio a los esclavos, marineros y comerciantes en los muelles. Los marineros y comerciantes eran de la raza de rostro extraño de los dioses, pero los esclavos eran personas bajitas y de ojos inclinados que, según rumores, habían derivado de alguna manera a través o alrededor de los picos intransitables desde valles más allá de Leng. Los muelles se extendían ampliamente fuera de la muralla de la ciudad y portaban todo tipo de mercancías de las galeras ancladas allí, mientras que en un extremo había grandes pilas de ónix tanto tallado como sin tallar esperando ser enviados a los lejanos mercados de Rinar, Ogrothan y Celephais.

No había aún oscurecido cuando el barco oscuro atracó junto a un muelle saliente de piedra, y todos los marineros y comerciantes desembarcaron y pasaron por la puerta arqueada hacia la ciudad. Las calles de esa ciudad estaban pavimentadas de ónix y algunas de ellas eran anchas y rectas mientras que otras eran torcidas y

estrechas. Las casas cerca del agua eran más bajas que el resto, y sobre sus curiosos frontones arqueados llevaban ciertos signos de oro que, según se decía, honraban a los pequeños dioses respectivos que favorecían a cada una. El capitán del barco llevó a Carter a una vieja taberna marina donde congregaban los marineros de países pintorescos, y prometió que al día siguiente le mostraría las maravillas de la ciudad crepuscular, y lo llevaría a las tabernas de los mineros de ónix cerca de la muralla norte. Y cayó la tarde, se encendieron pequeñas lámparas de bronce, y los marineros en esa taberna cantaron canciones de lugares remotos. Pero cuando desde su alta torre la gran campana tembló sobre la ciudad, y el repique de los cuernos, violas y voces sonó críptico en respuesta a ello, todos cesaron sus canciones o historias y se inclinaron en silencio hasta que el último eco se desvaneció. Porque hay una maravilla y una extrañeza en la ciudad crepuscular de Inquanok, y los hombres temen ser descuidados en sus ritos por si un destino y una venganza acechan silenciosamente cerca.

Lejos, en las sombras de esa taberna, Carter vio una figura baja que no le agradaba, pues era inconfundiblemente la de un viejo comerciante de ojos inclinados que había visto mucho tiempo antes en las tabernas de Dylath-Leen, quien tenía la reputación de comerciar con los horribles pueblos de piedra de Leng que ningún pueblo sano visita y cuyos fuegos malignos se ven por la noche desde lejos, e incluso de haber tratado con ese alto sacerdote indescriptible, que lleva una máscara de seda amarilla sobre su rostro y habita solo en un monasterio de piedra prehistórico. Este hombre había parecido mostrar un brillo extraño de conocimiento cuando Carter preguntó a los comerciantes de Dylath-Leen sobre el páramo frío y Kadath; y de alguna manera su presencia en el oscuro y encantado Inquanok, tan cerca de las maravillas del norte, no era algo reconfortante. Desapareció completamente de la vista antes de que Carter pudiera hablar con él, y los marineros dijeron más tarde que había venido con una caravana de yaks de algún punto no bien determinado, llevando los huevos colosales y de rico sabor del

rumoreado pájaro Shantak para comerciar por las ágiles copas de jade que los comerciantes traían de Ilarne.

La mañana siguiente, el capitán del barco llevó a Carter a través de las calles de ónix de Inquanok, oscuras bajo su cielo crepuscular. Las puertas incrustadas y los frentes de las casas figuras, balcones tallados y orieles con paneles de cristal brillaban con una hermosura sombría y pulida; y de vez en cuando una plaza se abría con pilares negros, columnatas y las estatuas de seres curiosos tanto humanos como fabulosos. Algunas de las vistas por largas y rectas calles, o a través de callejones laterales y sobre domos bulbosos, espirales y techos arabescados, eran extrañas y hermosas más allá de las palabras; y nada era más espléndido que la altura masiva del gran Templo central de los Antiguos con sus dieciséis lados tallados, su cúpula achatada y su campanario pinaculado elevado sobre todo lo demás, y majestuoso cualquiera que fuera su primer plano. Y siempre al este, lejos más allá de las murallas de la ciudad y las ligas de tierras de pastoreo, se alzaban los flancos grises y desgarrados de esos picos sin techos e intransitables sobre los cuales se decía que yacía el horrible Leng.

El capitán llevó a Carter al poderoso templo, que está situado con su jardín amurallado en una gran plaza redonda de donde salen las calles como radios de un centro de rueda. Las siete puertas arqueadas de ese jardín, cada una con sobre ella una cara tallada como las de las puertas de la ciudad, siempre están abiertas, y la gente deambula reverentemente a voluntad por los caminos empedrados y a través de los callejones pequeños alineados con términos grotescos y los santuarios de dioses modestos. Y allí hay fuentes, estanques y cuencos para reflejar la frecuente llama de los trípodes en el alto balcón, todo de ónix y con peces luminosos pequeños tomados por buzos de las enramadas inferiores del océano. Cuando el clangor profundo del campanario del templo tiembla sobre el jardín y la ciudad, y la respuesta de los cuernos, violas y voces resuena desde las siete cabañas cerca de las puertas del jardín, salen de las siete puertas del templo largas columnas de sacerdotes enmascarados y encapuchados en negro, llevando a la

extensión del brazo delante de ellos grandes cuencos dorados de los cuales se eleva un vapor curioso. Y todas las siete columnas se pavonean peculiarmente en fila única, con las piernas lanzadas hacia adelante sin doblar las rodillas, por los caminos que llevan a las siete cabañas, donde desaparecen y no vuelven a aparecer. Se dice que caminos subterráneos conectan las cabañas con el templo, y que las largas filas de sacerdotes regresan por ellos; y tampoco se murmura que profundas escaleras de ónix bajan a misterios que nunca se cuentan. Pero solo unos pocos son los que insinúan que los sacerdotes en las columnas enmascaradas y encapuchadas no son seres humanos.

Carter no entró al templo, porque solo el Rey Velado tiene permiso para hacerlo. Pero antes de salir del jardín llegó la hora de la campana, y oyó el clangor tembloroso ensordecedor sobre él, y el lamento de los cuernos, violas y voces fuertes desde las cabañas cerca de las puertas. Y por las siete grandes avenidas se desplazaron las largas filas de sacerdotes portadores de cuencos en su manera singular, dando al viajero un miedo que los sacerdotes humanos no suelen dar. Cuando el último de ellos había desaparecido, dejó ese jardín, notando mientras lo hacía un punto en el pavimento sobre el cual habían pasado los cuencos. Incluso al capitán del barco no le gustó ese punto, y lo apresuró hacia la colina donde el palacio del Rey Velado se alzaba con muchas cúpulas y maravilloso.

Las vías hacia el palacio de ónix son empinadas y estrechas, excepto esa amplia y curva donde el rey y sus compañeros montan yaks o en carruajes tirados por yaks. Carter y su guía ascendieron por un callejón que era todo escaleras, entre paredes incrustadas con extrañas señales en oro, y bajo balcones y orieles de donde a veces flotaban suaves melodías o aromas exóticos. Siempre al frente se alzaban esas murallas titánicas, contrafuertes poderosos y domos agrupados y bulbosos por los cuales es famoso el palacio del Rey Velado; y al fin pasaron bajo un gran arco negro y emergieron en los jardines del placer del monarca. Allí, Carter hizo una pausa por la delicadeza de tanta belleza; pues las terrazas de ónix y los paseos columnados, las alegres porterías y los árboles en flor delicados

espalierados hacia enrejados dorados, las urnas de bronce y trípodes con relieves ingeniosos, las estatuas pedestalizadas y casi respirantes de mármol negro vetado, las fuentes de loquedos con fondo de basalto y azulejos con peces luminosos, los pequeños templos de pájaros cantores iridiscentes sobre columnas talladas, el maravilloso trabajo de los pergaminos de las grandes puertas de bronce, y las enredaderas florecientes entrenadas a lo largo de cada pulgada de las paredes pulidas se unieron para formar una vista cuya hermosura estaba más allá de la realidad, e incluso medio fabulosa en la tierra de los sueños. Allí brillaba como una visión bajo ese cielo gris crepuscular, con la magnificencia domada y enrejada del palacio al frente, y la silueta fantástica de los picos intransitables distantes a la derecha. Y siempre los pequeños pájaros y las fuentes cantaban, mientras el perfume de raras flores se extendía como un velo sobre ese increíble jardín. No había presencia humana alguna, y Carter se alegró de que así fuera. Luego se dieron la vuelta y descendieron de nuevo por el callejón de ónix de escaleras, pues el propio palacio no puede ser visitado por ningún visitante; y no es bueno mirar demasiado tiempo y fijamente al gran domo central, ya que se dice que alberga al padre arcaico de todos los Shantak-birds rumoreados, y que envía sueños extraños a los curiosos.

Después de eso, el capitán llevó a Carter al cuarto norte de la ciudad, cerca de la puerta de Calavaus, donde están las tabernas de los comerciantes de yaks y los mineros de ónix. Y allí, en una posada de techos bajos de canteros, se despidieron; pues los asuntos llamaban al capitán mientras Carter estaba ansioso por hablar con los mineros sobre el norte. Había muchos hombres en esa posada, y el viajero no tardó en hablar con algunos de ellos; diciendo que era un viejo minero de ónix y ansioso por conocer algo sobre las canteras de Inquanok. Pero todo lo que aprendió no fue mucho más de lo que sabía antes, pues los mineros eran tímidos y evasivos acerca del desierto frío al norte y de la cantera que ningún hombre visita. Tenían temores de emisarios míticos alrededor de las montañas donde se dice que está Leng, y de presencias malignas y centinelas innombrables al norte entre las rocas dispersas. Y

susurraban también que los Shantak-birds rumoreados no son cosas saludables; siendo de hecho lo mejor que ningún hombre ha visto verdaderamente uno (pues ese padre mítico de los Shantaks en el domo del rey es alimentado en los pozos oscuros).

Al día siguiente, diciendo que deseaba inspeccionar todas las diferentes minas por sí mismo y visitar las granjas dispersas y las pintorescas aldeas de ónix de Inquanok, Carter alquiló un yak y llenó grandes alforjas de cuero para un viaje. Más allá de la Puerta de las Caravanas, el camino se extendía recto entre campos cultivados, con muchas casas de campo extrañas coronadas por bajos domos. En algunas de estas casas, el buscador se detuvo para hacer preguntas; una vez encontrando un anfitrión tan austero y reticente, y tan lleno de una majestad sin lugar como la de las enormes facciones en Ngranek, que sintió con certeza que finalmente había encontrado a uno de los Grandes Son mismos, o a uno con nueve décimas de su sangre, habitando entre los hombres. Y a ese coltes austero y reticente le tuvo cuidado de hablar muy bien de los dioses, y de alabar todas las bendiciones que alguna vez le habían otorgado.

Esa noche, Carter acampó en un prado junto a la carretera bajo un gran árbol lygath al que ató a su yak, y por la mañana reanudó su peregrinaje hacia el norte. Alrededor de las diez en punto llegó al pequeño domo de la aldea de Urg, donde descansan los comerciantes y los mineros cuentan sus historias, y se detuvo en sus tabernas hasta el mediodía. Es aquí donde la gran carretera de caravana gira hacia el oeste hacia Selarn, pero Carter siguió hacia el norte por el camino de la cantera. Toda la tarde siguió ese camino ascendente, que era algo más estrecho que la gran autopista, y que ahora conducía a través de una región con más rocas que campos cultivados. Y al atardecer, las colinas bajas a su izquierda se habían elevado en acantilados negros de tamaño considerable, de modo que sabía que estaba cerca de la zona minera. Todo el tiempo, los flancos grises y desgarrados de las montañas intransitables se alzaban a lo lejos a su derecha, y cuanto más avanzaba, más peores historias escuchaba sobre ellas de los agricultores dispersos,

comerciantes y conductores de carretas de ónix tambaleantes a lo largo del camino.

En la segunda noche, acampó en la sombra de un gran risco negro, atando a su yak a una estaca clavada en el suelo. Observó la mayor fosforescencia de las nubes en este punto más al norte, y más de una vez pensó que veía formas oscuras delineadas contra ellas. Y en la tercera mañana llegó a la primera cantera de ónix, y saludó a los hombres que allí trabajaban con picos y cinceles. Antes del atardecer, había pasado once canteras; la tierra aquí estaba completamente dedicada a acantilados y rocas de ónix, sin vegetación alguna, sino solo grandes fragmentos rocosos dispersos sobre un suelo de tierra negra, con los picos grises e intransitables siempre alzándose desgarrados y siniestros a su derecha. La tercera noche la pasó en un campamento de mineros cuya fuego titilante proyectaba reflejos extraños en los acantilados pulidos hacia el oeste. Y cantaron muchas canciones y contaron muchas historias, mostrando un conocimiento tan extraño de los días antiguos y los hábitos de los dioses que Carter pudo ver que tenían muchos recuerdos latentes de sus ancestros los Grandes Son. Le preguntaron a dónde iba, y lo advirtieron que no se dirigiera demasiado hacia el norte; pero él respondió que estaba buscando nuevos acantilados de ónix, y que no tomaría más riesgos de los comunes entre los prospectores. Por la mañana se despidió y montó de nuevo hacia el oscuro norte, donde le habían advertido que encontraría la temida y no visitada cantera de donde manos más viejas que las de los hombres habían arrancado bloques prodigiosos. Pero no le gustó cuando, al girar para saludar por última vez, pensó que veía acercarse al campamento al comerciante bajo los ojos inclinados que había visto en las tabernas de Dylath-Leen, cuyo comercio con Leng era el chisme de la distante Dylath-Leen.

Después de dos canteras, la parte habitada de Inquanok parecía terminar, y el camino se estrechaba a un sendero de yak empinado entre acantilados negros y desafiantes. Siempre a la derecha se alzaban los flancos grises y distantes de esos picos intransitables, y a medida que Carter ascendía más y más en este reino inexplorado,

descubría que se volvía más oscuro y frío. Pronto percibió que no había huellas de pies ni cascos en el camino negro debajo, y se dio cuenta de que realmente había entrado en caminos extraños y desiertos de tiempo antiguo. De vez en cuando, un cuervo croaba lejos sobre su cabeza, y de vez en cuando un aleteo detrás de alguna roca vasta le hacía pensar incómodamente en el Shantak-bird rumoreado. Pero en su mayoría estaba solo con su bestia peluda, y le preocupaba observar que este excelente yak se volvía cada vez más reacio a avanzar, y más inclinado a resoplar asustadamente ante cualquier pequeño ruido en la ruta.

El camino ahora se contraía entre paredes negras y brillantes, y comenzaba a mostrar una pendiente aún mayor que antes. Era un mal camino, y el yak a menudo resbalaba sobre los fragmentos rocosos esparcidos densamente. En dos horas, Carter vio al frente una cresta definida, más allá de la cual no había nada más que un cielo gris opaco, y bendijo la perspectiva de un curso nivelado o descendente. Sin embargo, para alcanzar esta cresta, no fue tarea fácil; pues el camino había crecido casi perpendicular, y era peligroso con grava negra suelta y pequeñas piedras. Eventualmente, Carter desmontó y condujo a su dudoso yak; tirando con fuerza cuando el animal tropezaba o tropezaba, y manteniendo su propio equilibrio lo mejor que pudo. Luego, de repente, llegó a la cima y vio más allá, y jadeó ante lo que vio.

El camino efectivamente conducía recto adelante y ligeramente hacia abajo, con las mismas líneas de altas paredes naturales que antes; pero a la izquierda se abría un espacio monstruoso, acres vastos en extensión, donde algún poder arcaico había rido y desgarrado los acantilados nativos de ónix en forma de una cantera de gigantes. De regreso en el precipicio sólido corría esa hendidura ciclópea, y profundamente dentro de las entrañas de la tierra sus excavaciones inferiores yacían. No era una cantera humana, y los lados cóncavos estaban marcados con grandes cuadrados, de yardas de ancho, que indicaban el tamaño de los bloques una vez tallados por manos y cinceles innombrables. Alto sobre su borde dentado, enormes cuervos batían y croaban, y vagos zumbidos en las

profundidades invisibles indicaban murciélagos o urhags o presencias menos mencionables que acechan la oscuridad sin fin. Allí, Carter se encontró en el camino estrecho en medio del crepúsculo con el camino rocoso inclinándose hacia abajo ante él; altos acantilados de ónix a su derecha que conducían hasta donde podía ver y altos acantilados a la izquierda cortados justo adelante para hacer de esa terrible y sobrenatural cantera.

De repente, el yak emitió un grito y salió de su control, saltando más allá de él y disparándose en pánico hasta que desapareció por la estrecha pendiente hacia el norte. Las piedras pateadas por sus pezuñas voladoras caían por el borde de la cantera y se perdían en la oscuridad sin ningún sonido al golpear el fondo; pero Carter ignoró los peligros de ese camino escaso mientras corría sin aliento tras el yak volador. Pronto los acantilados a la izquierda retomaron su curso, haciendo que el camino volviera a ser un callejón estrecho; y aún así, el viajero continuó corriendo tras el yak cuya grandes huellas anchas indicaban su desesperada huida.

Una vez pensó que escuchaba los cascos de la bestia asustada, y dobló su velocidad por este aliento. Estaba cubriendo millas, y poco a poco el camino se iba ensanchando al frente hasta que supo que pronto emergería en el desierto frío y temido al norte. Los flancos grises y desgarrados de las montañas intransitables estaban nuevamente visibles sobre los riscos a lo lejos, y más allá iba la roca y las rocas de un espacio abierto que claramente era un aperitivo del oscuro y ilimitado plano. Y una vez más esos cascos resonaron en sus oídos, más claros que antes, pero esta vez dando terror en lugar de aliento porque se dio cuenta de que no eran los cascos asustados de su yak fugitivo. Los golpes eran implacables y con propósito, y estaban detrás de él.

La persecución de Carter al yak se convirtió ahora en una huida de una cosa invisible, pues aunque no se atrevió a mirar por encima del hombro, sintió que la presencia detrás de él no podía ser nada saludable o mencionable. Su yak debía haberlo escuchado o sentido primero, y no le gustaba preguntarse si lo había seguido desde los

hábitats de los hombres o si había naufragado fuera de ese pozo negro de la cantera. Mientras tanto, los acantilados habían quedado atrás, de modo que la noche entrante caía sobre una gran extensión de arena y rocas espectrales donde todos los caminos se perdían. No podía ver las huellas de pezuñas de su yak, pero siempre desde detrás de él venía ese detestable golpeteo; mezclado de vez en cuando con lo que él imaginaba eran aleteos titánicos y zumbidos. Parecía claramente que estaba perdiendo terreno, y supo que estaba irremediablemente perdido en este desierto roto y devastado de rocas sin sentido y arenas inexploradas. Solo esos picos remotos e intransitables a la derecha le daban alguna sensación de dirección, y aún así eran menos claros a medida que el crepúsculo gris disminuía y la fosforescencia enfermiza de las nubes tomaba su lugar.

Luego, tenue y brumoso en el norte oscuro ante él, divisó una cosa terrible. Había pensado durante algunos momentos que era una cadena de montañas negras, pero ahora vio que era algo más. La fosforescencia de las nubes ominosas lo mostró claramente, e incluso silueteó partes de él mientras las vapores brillaban detrás. Qué tan distante era no podía decirlo, pero debía ser muy lejos. Alcanzaba miles de pies de altura, extendiéndose en un gran arco cóncavo desde los picos grises intransitables hasta los espacios imaginados hacia el oeste, y una vez de hecho, había sido una cresta de colinas de ónix poderosas. Pero ahora esas colinas ya no eran colinas, pues alguna mano más grande que la de los hombres las había tocado. Silenciosos, se agazapaban allí sobre el mundo como lobos o ghouls, coronados con nubes y nieblas y guardianes de los secretos del norte para siempre. Todos en un gran semicírculo se agazapaban, esas montañas similares a gárgolas titánicas se alzaban sobre ellas, y sus manos derechas estaban levantadas en amenaza contra la humanidad.

Era solo la luz titilante de las nubes lo que hacía parecer que sus cabezas dobles de nitrógeno se movían, pero mientras Carter tropezaba, vio surgir formas grandes cuyas movimientos no eran una ilusión. Aladas y zumbantes, esas formas crecían más grandes cada momento, y el viajero supo que su tropezar había llegado a su fin.

No eran pájaros ni murciélagos conocidos en ningún otro lugar de la tierra o en la tierra de los sueños, pues eran más grandes que elefantes y tenían cabezas como las de un caballo. Carter supo que debían ser los Shantak-birds de mala reputación, y no se preguntó más sobre los guardianes malignos y los centinelas innombrables que hacen que los hombres eviten el desierto rocoso boreal. Y cuando se detuvo en resignación final, se atrevió por fin a mirar detrás de él, donde efectivamente trotaba el comerciante bajo los ojos inclinados de maldad legendaria, sonriendo montado en un yak delgado y liderando una horda nociva de Shantaks que aún tenían el nítrico y el nitrato de los pozos inferiores en sus alas.

Atrapado, aunque lo estuviera, por pesadillas aladas horribles y hippocefálicas que se apretujaban en grandes círculos impíos, Randolph Carter no perdió la conciencia. Altos y horribles, esos gargoyles titánicos se alzaban sobre él, mientras el comerciante de ojos inclinados saltaba de su yak y se paraba sonriendo frente al cautivo. Luego el hombre hizo un gesto para que Carter montara uno de los repugnantes Shantaks, ayudándolo a subir mientras su juicio luchaba con su aversión. Fue un trabajo duro ascender, pues el Shantak-bird tiene escamas en lugar de plumas, y esas escamas son muy resbaladizas. Una vez que estuvo sentado, el hombre de ojos inclinados saltó detrás de él, dejando al yak delgado para ser conducido hacia el norte hacia el anillo de montañas talladas por uno de los colosos de aves increíbles.

Entonces siguió un torbellino horrible a través del espacio frío, interminablemente hacia arriba y hacia el este hacia los flancos grises y desgarrados de esas montañas intransitables más allá de las cuales se decía que estaba Leng. Muy por encima de las nubes volaron, hasta que al fin quedaron bajo ellos esas cumbres míticas que el pueblo de Inquanok nunca ha visto, y que siempre yacen en altos vórtices de niebla brillante. Carter las contempló muy claramente mientras pasaban debajo, y vio en sus picos más altos extrañas cuevas que le hicieron pensar en las de Ngranek; pero no cuestionó a su captor sobre estas cosas cuando notó que tanto el hombre como el Shantak con cabeza de caballo parecían

extrañamente temerosos de ellas, apresurándose nerviosamente y mostrando gran tensión hasta que quedaron lejos atrás.

El Shantak ahora volaba más bajo, revelando bajo el dosel de nubes una llanura gris y estéril sobre la cual a grandes distancias brillaban pequeñas luces débiles. Al descender, aparecían de vez en cuando cabañas solitarias de granito y pueblos de piedra desolados cuyos pequeñas ventanas brillaban con una luz pálida. Y de esas cabañas y pueblos venía un zumbido agudo de pipas y un ruido nauseabundo de crotala que demostró de inmediato que los hombres de Inquanok tienen razón en sus rumores geográficos. Porque los viajeros han escuchado tales sonidos antes, y saben que solo flotan desde ese plateau desierto frío que la gente sana nunca visita; ese lugar encantado de maldad y misterio que es Leng.

Alrededor de las luces débiles, formas oscuras estaban bailando, y Carter tenía curiosidad sobre qué tipo de seres podrían ser; pues ningún hombre sano ha ido jamás a Leng, y el lugar solo es conocido por sus fuegos y cabañas de piedra vistos desde lejos. Muy lentamente y torpemente, esas formas saltaban, y con una torsión y dobladura insana que no es bueno contemplar; de modo que Carter no se sorprendió de la maldad monstruosa imputada a ellos por leyendas vagas, o del miedo que toda la tierra de los sueños tiene hacia su desolado y helado plateau. A medida que el Shantak volaba más bajo, la repulsión de los bailarines se tiñó con cierta familiaridad infernal; y el prisionero mantuvo el esfuerzo de sus ojos y de su memoria para buscar pistas sobre dónde había visto tales criaturas antes.

Saltaban como si tuvieran pezuñas en lugar de pies, y parecían llevar una especie de peluca o tocado con pequeños cuernos. De otra vestimenta no tenían, pero la mayoría de ellos eran bastante peludos. Detrás tenían colas enanas, y cuando miraban hacia arriba vio el ancho excesivo de sus bocas. Entonces supo lo que eran, y que no llevaban pelucas ni tocados después de todo. Pues los crípticos del Leng eran de una sola raza con los incómodos comerciantes de las galeras negras que comerciaban rubíes en

Dylath-Leen; esos comerciantes no completamente humanos que son los esclavos de las bestias de luna monstruosas. Eran de hecho la misma gente oscura que había capturado a Carter en su galera nocosa hace mucho tiempo, y cuyos parientes había visto desplazarse en manadas sobre los muelles sucios de esa maldita ciudad lunar, con los más delgados trabajando y los más gordos llevados en cajas para otras necesidades de sus maestros poliposos y amorfos. Ahora vio de dónde provenían tales criaturas ambiguas, y estremeció ante el pensamiento de que Leng debía ser conocido por estas abominaciones sin forma provenientes de la luna.

Pero el Shantak voló más allá de los fuegos y las cabañas de piedra y los bailarines menos que humanos, y ascendió sobre colinas estériles de granito gris y vastas tierras de rocas, hielo y nieve. El día llegó, y la fosforescencia de las nubes bajas dio paso al crepúsculo brumoso de ese mundo del norte, y aún así el vil pájaro voló deliberadamente a través del frío y el silencio. En ocasiones, el hombre de ojos inclinados hablaba con su corcel en un lenguaje odioso y gutural, y el Shantak respondería con tonos risueños que chillaban como el rasguño de vidrio roto. Todo esto mientras la tierra se elevaba más, y finalmente llegaron a una tierra plana y ventosa que parecía el mismo techo de un mundo desolado y sin inquilinos. Allí, completamente solo en el silencio y el crepúsculo y el frío, se alzaban las piedras toscas de un edificio de piedra sin ventanas, alrededor de las cuales se erigía un círculo de monolitos crudos. En todo este arreglo no había nada humano, y Carter dedujo por antiguas historias que efectivamente había llegado a ese lugar más terrible y legendario de todos, el monasterio remoto y prehistórico donde habita sin compañía el Alto Sacerdote indescriptible, que lleva una máscara de seda amarilla sobre su rostro y reza a los Otros Dioses y su caos arrastrándose Nyarlathotep.

El repugnante Shantak ahora se posó en el suelo, y el hombre de ojos inclinados saltó y ayudó a su cautivo a descender. Del propósito de su captura Carter ahora estaba muy seguro; pues claramente el comerciante de ojos inclinados era un agente de los poderes más oscuros, ansioso por arrastrar ante sus amos a un mortal cuya

presunción había apuntado a encontrar el Kadath desconocido y a decir una oración ante los rostros de los Grandes Son en su castillo de ónix. Parecía probable que este comerciante había causado su captura anterior por los esclavos de las bestias de luna en Dylath-Leen, y que ahora pretendía hacer lo que los gatos rescatadores habían frustrado; llevando a la víctima a algún encuentro temible con el monstruoso Nyarlathotep y contando con qué audacia se había intentado buscar el Kadath desconocido. Leng y el páramo frío al norte de Inquanok deben estar cerca de los Otros Dioses, y allí las pasadas a Kadath están bien vigiladas.

El hombre de ojos inclinados era pequeño, pero el gran pájaro hippocefálico estaba allí para asegurarse de que obedeciera; así que Carter siguió donde lo llevó, y pasó dentro del círculo de rocas erguido y hacia la puerta arqueada baja de ese monasterio de piedra sin ventanas. No había luces dentro, pero el comerciante siniestro encendió una pequeña lámpara de arcilla con relieves morbosos y empujó a su prisionero a través de laberintos de estrechos corredores sinuosos. En las paredes de los corredores estaban pintadas escenas espantosas más antiguas que la historia, y en un estilo desconocido para los arqueólogos de la tierra. Después de incontables eones, sus pigmentos seguían siendo brillantes, pues el frío y la sequedad del horrendo Leng mantienen vivas muchas cosas primordiales. Carter las vio fugazmente en los rayos de esa tenue y móvil lámpara, y estremeció ante el cuento que contaban.

A través de esos frescos arcaicos acechaban los anales de Leng; y los seres hornados, pezuñados y de boca ancha casi humanos bailaban maliciosamente entre ciudades olvidadas. Había escenas de viejas guerras, donde los casi humanos de Leng luchaban con las arañas púrpuras hinchadas de los valles vecinos; y también había escenas de la llegada de las galeras negras de la luna, y de la sumisión de la gente de Leng a las blasfemias poliposas y amorfas que saltaban, se agitaban y retorcían fuera de ellos. Esas blasfemias resbaladizas de color blanco grisáceo las adoraban como dioses, ni nunca se quejaban cuando decenas de sus mejores y más gordos machos eran llevados en las galeras negras. Las bestias monstruosas

de la luna hicieron su campamento en una isla dentada en el mar, y Carter pudo deducir de los frescos que esta era nada menos que la roca solitaria sin nombre que había visto al navegar hacia Inquanok; esa roca gris maldita que los marineros de Inquanok evitan, y de la cual resuenan aullidos viles por toda la noche.

Y en esos frescos se mostraban los grandes puertos marítimos y la capital de los casi humanos; orgullosa y columnada entre los acantilados y los muelles de basalto, y maravillosa con altos fanes y palacios tallados. Grandes jardines y calles columnadas conducían desde los acantilados y desde cada una de las seis puertas coronadas por esfinges a una vasta plaza central, y en esa plaza había un par de leones colosales alados que vigilaban la cima de una escalera subterránea. Una y otra vez se mostraban esos enormes leones alados, sus grandes flancos de diarita brillando en el crepúsculo gris del día y la fosforescencia nublada de la noche. Y mientras Carter pasaba junto a sus imágenes repetidas y frecuentes, comprendió por fin lo que eran, y qué ciudad era esa que los casi humanos habían gobernado tan antiguamente antes de la llegada de las galeras negras. No podía haber ningún error, pues las leyendas de la tierra de los sueños son generosas y profusas. Indudablemente, esa ciudad primitiva no era menos que la legendaria Sarkomand, cuyas ruinas se han blanqueado por un millón de años antes de que el primer humano verdadero viera la luz, y cuyos leones gemelos titánicos vigilan eternamente los escalones que conducen de la tierra de los sueños al Gran Abismo.

Otras vistas mostraban los flancos grises y desgarrados que dividían Leng de Inquanok, y los monstruosos Shantak-birds que construyen nidos en las salientes a mitad de camino hacia los montes tallados. Y también mostraban las curiosas cuevas cerca de los picos más altos, y cómo incluso los Shantaks más valientes vuelan gritando lejos de ellas. Y Carter había visto esas cuevas cuando pasaba sobre ellas, y había notado su parecido a las cuevas en Ngranek. Ahora sabía que el parecido era más que una coincidencia, pues en estos cuadros se mostraban sus habitantes temibles; y esos alas de murciélago, cuernos curvados, colas con

púas, patas prensiles y cuerpos gomosos no le eran extraños. Había conocido a esas criaturas silenciosas, que se movían y agarraban, antes; esos guardianes sin mente del Gran Abismo que incluso los Grandes Son temen, y que no poseen a Nyarlathotep sino al canoso Nodens como su señor. Pues eran los temidos night-gaunts, que nunca ríen ni sonríen porque no tienen caras, y que se tambalean interminablemente en la oscuridad entre el Valle de Pnath y los pasajes hacia el mundo exterior.

El comerciante de ojos inclinados ahora había empujado a Carter hacia un gran espacio domado cuyas paredes estaban talladas con relieves espantosos, y cuyo centro albergaba un hueco circular ensanchado rodeado por seis altares de piedra manchados malignamente en un anillo. No había luz en esta vasta cripta maloliente, y la pequeña lámpara del comerciante siniestro brillaba tan débilmente que uno solo podía captar detalles poco a poco. En el extremo más lejano había una gran tarima de piedra alcanzada por cinco escalones; y allí, sobre un trono dorado, se sentaba una figura corpulenta vestida con seda amarilla figurada con rojo y llevando una máscara de seda amarilla sobre su rostro. Este ser, el hombre de ojos inclinados hizo ciertos gestos con sus manos, y el espectro en la oscuridad respondió levantando una desagradable flauta tallada de marfil en patas cubiertas de seda y soplando ciertos sonidos repugnantes desde debajo de su máscara amarilla fluida. Este coloquio continuó por algún tiempo, y para Carter había algo nauseabundamente familiar en el sonido de esa flauta y el hedor de ese lugar fétido. Le hizo pensar en una ciudad roja hilada espantosa y en la repulsiva procesión que una vez desfiló por ella; en eso, y en una escalada horrible a través del campo lunar más allá, antes de la apresurada salvación de los amigables gatos de la tierra. Sabía que la criatura en la tarima era sin duda el alto sacerdote indescriptible, de quien la leyenda susurra tales posibilidades demoníacas y anormales, pero temía pensar qué tipo de sacerdote tan abominable podría ser.

Luego, la seda figurada se deslizó un poco de una de las patas blancas grisáceas, y Carter supo lo que era el alto sacerdote

nauseabundo. Y en ese segundo miedo estremecedor, su voluntad se impulsó hacia algo que su razón nunca se habría atrevido a intentar, pues en toda su conciencia sacudida solo había espacio para una voluntad frenética de escapar de aquello que se agazapaba en ese trono dorado. Sabía que laberintos infinitos de piedra estaban entre él y la mesa fría del desierto exterior, y que incluso en esa mesa el Shantak nocivo aún esperaba; pero en su mente solo había la necesidad instantánea de alejarse de esa monstruosa y vestida de seda monstruosidad.

El hombre de ojos inclinados había colocado ahora su curiosa lámpara sobre una de las altas y malditamente manchadas piedras de altar, y había avanzado un poco para hablar con el alto sacerdote con sus manos. Carter, hasta entonces completamente pasivo, ahora le dio a ese hombre un empujón terrible con toda la fuerza salvaje del miedo, de modo que la víctima cayó de inmediato en ese hueco circular que los rumores dicen que alcanza hasta los abismos infernales de Zin donde los gugs cazan ghouls en la oscuridad. Casi en el mismo segundo, tomó la lámpara del altar y salió corriendo hacia los laberintos frescos, corriendo de aquí para allá según lo determinara el azar y tratando de no pensar en el padding furtivo de patas sin forma sobre las piedras detrás de él, o en los retorcimientos y arrastramientos silenciosos que debían estar ocurriendo allá atrás en los corredores sin luz.

Después de unos momentos, lamentó su apresurada prisa, y deseó haber intentado seguir hacia atrás los frescos que había pasado al entrar. Ciertamente, eran tan confusos y duplicados que no le podrían haber servido mucho, pero deseaba no menos haber hecho el intento. Los que ahora veía eran aún más horribles que los que había visto entonces, y supo que no estaba en los corredores que conducen hacia afuera. Con el tiempo, estuvo completamente seguro de que no lo seguían, y desaceleró su paso un poco; pero apenas había respirado medio alivio cuando una nueva amenaza lo acechó. Su lámpara estaba menguando, y pronto estaría en la oscuridad total sin medios de visión o guía.

Cuando la luz se fue por completo, tanteó lentamente en la oscuridad, y rezó a los Grandes Son por la ayuda que pudieran ofrecer. A veces sentía que el piso de piedra se inclinaba hacia arriba o hacia abajo, y una vez tropezó con un escalón para el cual no parecía haber razón alguna. Cuanto más avanzaba, más húmedo parecía estar, y cuando podía sentir una unión o la boca de un pasaje lateral, siempre elegía el camino que se inclinaba hacia abajo lo menos posible. Sin embargo, creía, aunque no estaba seguro, que su curso general era hacia abajo; y el olor de bóveda y las incrustaciones en las paredes y el suelo grasiento le advertían que estaba excavando profundamente en la mesa insalubre de Leng. Pero no hubo ninguna advertencia de la cosa que llegó al fin; solo la cosa misma con su terror y choque y caos impresionante. Un momento estaba tanteando lentamente sobre el piso resbaladizo de un lugar casi nivelado, y al siguiente estaba cayendo mareado hacia abajo en la oscuridad a través de una madriguera que debía ser casi vertical.

No podía estar seguro de la duración de ese horrible deslizamiento, pero parecía tomar horas de náuseas delirantes y frenesí extático. Luego se dio cuenta de que aún estaba quieto, con las nubes fosforescentes de una noche del norte brillando enfermizamente sobre él. Alrededor había muros derrumbados y columnas rotas, y el pavimento sobre el que yacía estaba perforado por hierba dispersa y desgarrado por arbustos y raíces frecuentes. Detrás de él se alzaba un acantilado de basalto sin cima y perpendicular; su lado oscuro esculpido en escenas repulsivas, y atravesado por una entrada arqueada y tallada hacia las tinieblas interiores de las que había venido. Adelante se extendían filas dobles de pilares, y los fragmentos y pedestales de pilares, que hablaban de una calle ancha y pasada; y de las urnas y cuencos a lo largo del camino sabía que había sido una gran calle de jardines. A lo lejos, al final, los pilares se extendían para marcar una vasta plaza redonda, y en ese círculo abierto se alzaban gigantes bajo las nubes

nocturnas lúgubres un par de cosas monstruosas. Eran enormes leones alados de diarita, con oscuridad y sombra entre ellos. Con veinte pies de altura, erguían sus cabezas grotescas e inquebrantables, y gruñían de manera burlona sobre las ruinas a su alrededor. Y Carter sabía muy bien qué debían ser, pues las leyendas solo cuentan de un par de estos. Eran los guardianes inmutables del Gran Abismo, y estas oscuras ruinas eran en verdad Sarkomand primordial.

El primer acto de Carter fue cerrar y barriclear el arco en el acantilado con bloques caídos y escombros extraños que yacían alrededor. No deseaba ningún seguidor del odioso monasterio de Leng, pues por el camino adelante acecharían suficientes otros peligros. Sobre cómo llegar desde Sarkomand a las partes pobladas de la tierra de los sueños no sabía nada en absoluto; ni podría ganar mucho descendiendo a las grutas de los ghouls, ya que sabía que no estaban mejor informados que él. Los tres ghouls que lo habían ayudado a través de la ciudad de gugs hacia el mundo exterior no sabían cómo alcanzar Sarkomand en su viaje de regreso, pero habían planeado preguntar a viejos comerciantes en Dylath-Leen. No le gustaba pensar en volver al mundo subterráneo de los gugs y arriesgarse una vez más a esa torre infernal de Koth con sus escaleras ciclópeas que conducen al bosque encantado, sin embargo, sentía que podría tener que intentar este curso si todo lo demás fallaba. Sobre el plateau de Leng, más allá del monasterio solitario, no se atrevía a ir sin ayuda; pues los emisarios del alto sacerdote deben ser muchos, mientras que al final del viaje sin duda estarían los Shantaks y quizás otras cosas con las que lidiar. Si pudiera conseguir un barco, podría navegar de regreso a Inquanok pasando por la roca dentada y horrible en el mar, pues los frescos primordiales en el laberinto del monasterio habían mostrado que este lugar espantoso no está lejos de los muelles de basalto de Sarkomand. Pero encontrar un barco en esta ciudad desierta por eones no era algo probable, y no parecía probable que alguna vez pudiera hacer uno.

Tales eran los pensamientos de Randolph Carter cuando una nueva impresión comenzó a latir en su mente. Todo este tiempo se había extendido ante él la gran anchura similar a un cadáver de la legendaria Sarkomand con sus pilares negros rotos y puertas coronadas de esfinges derrumbadas y piedras titánicas y leones alados monstruosos contra el brillo enfermizo de esas nubes nocturnas luminosas. Ahora vio al frente y a la derecha un resplandor que ninguna nube podría explicar, y supo que no estaba solo en el silencio de esa ciudad muerta. El resplandor subía y bajaba de manera irregular, parpadeando con un tinte verdoso que no tranquilizaba al observador. Y cuando se acercaba más, por la calle llena de escombros y a través de algunos estrechos huecos entre muros derrumbados, percibió que era una hoguera cerca de los muelles con muchas formas vagas agrupadas oscuramente a su alrededor, y un olor letal colgando pesadamente sobre todo. Más allá estaba el oleaje aceitoso del agua del puerto con un gran barco anclado, y Carter se detuvo en un terror absoluto cuando vio que el barco era en efecto una de las temidas galeras negras de la luna.

Entonces, justo cuando estaba a punto de retirarse de esa detestable llama, vio un movimiento entre las formas oscuras vagas y escuchó un sonido peculiar e inconfundible. Era el chillido asustado de un ghoul, y en un momento se había hinchado hasta convertirse en un verdadero coro de angustia. Seguro que estaba en la sombra de ruinas monstruosas, Carter permitió que su curiosidad venciera su miedo, y volvió a avanzar en lugar de retirarse. Una vez, cruzando una calle abierta, se retorció como un gusano sobre su estómago, y en otro lugar tuvo que ponerse de pie para evitar hacer ruido entre montones de mármol caído. Pero siempre logró evitar ser descubierto, de modo que en poco tiempo había encontrado un lugar detrás de un pilar titánico desde donde podría observar toda la escena de acción iluminada de verde. Allí, alrededor de un fuego horrible alimentado por los tallos desagradables de hongos lunares, se agazapaba un círculo apestoso de bestias lunares parecidas a sapos y sus esclavos casi humanos. Algunos de estos esclavos estaban calentando lanzas de hierro curiosas en las llamas saltantes,

y a intervalos aplicando sus puntas blancas y calientes a tres prisioneros fuertemente atados que yacían retorciéndose ante los líderes del grupo. De los movimientos de sus tentáculos, Carter pudo ver que las bestias lunares de hocico rojo estaban disfrutando enormemente del espectáculo, y vasto fue su horror cuando de repente reconoció el chillido frenético y supo que los ghouls torturados no eran otros que el trío fiel que lo había guiado a salvo desde el abismo, y que después se había lanzado desde el bosque encantado para encontrar Sarkomand y la puerta a sus profundidades nativas.

El número de bestias lunares malolientes alrededor de ese fuego verdoso era muy grande, y Carter vio que no podía hacer nada ahora para salvar a sus antiguos aliados. Sobre cómo habían sido capturados los ghouls no podía adivinar; pero imaginaba que las blasfemias sapoides grises los habían escuchado indagar en Dylath-Leen sobre el camino a Sarkomand y no habían deseado que se acercaran tanto al odioso plateau de Leng y al alto sacerdote indescriptible. Por un momento reflexionó sobre lo que debía hacer, y recordó cuán cerca estaba de la puerta del reino negro de los ghouls. Claramente era más sabio arrastrarse hacia el este hasta la plaza de los leones gemelos y descender de inmediato al golfo, donde seguramente no encontraría horrores peores que los de arriba, y donde podría pronto encontrar ghouls ansiosos por rescatar a sus hermanos y quizás eliminar a las bestias lunares de la galera negra. Se le ocurrió que el portal, como otras puertas al abismo, podría estar custodiado por bandadas de night-gaunts; pero no temía a estas criaturas sin rostro ahora. Había aprendido que están ligados por solemnes tratados con los ghouls, y el ghoull que era Pickman le había enseñado cómo glibber una contraseña que entendían.

Así, Carter comenzó otro rastreo silencioso a través de las ruinas, avanzando lentamente hacia la gran plaza central y los leones alados. Fue un trabajo delicado, pero las bestias lunares estaban agradablemente ocupadas y no oyeron los leves ruidos que hizo dos veces por accidente entre las piedras dispersas. Al fin llegó al

espacio abierto y se abrió paso entre los árboles encogidos y las enredaderas que habían crecido allí. Los leones gigantescos se alzaban terriblemente sobre él en el brillo enfermizo de las nubes nocturnas fosforescentes, pero él persistió valientemente hacia ellos y pronto se acercó a sus rostros, sabiendo que era en ese lado donde encontraría la inmensa oscuridad que guardan. A diez pies de distancia, se agazapaban las bestias de diarita con rostros burlones, meditando sobre pedestales ciclópeos cuyos lados estaban tallados en bas-relieves temibles. Entre ellos había una corte pavimentada con azulejos y un espacio central que una vez estuvo railado con balaustres de ónix. A mitad de este espacio se abría un pozo negro, y Carter pronto vio que en efecto había llegado al abismo yawning cuyas escaleras de piedra cubiertas de costra y moho conducen a las criptas de las pesadillas.

Terrible es el recuerdo de ese oscuro descenso en el que horas se desgastaron mientras Carter giraba sin ver en espiral sin fondo de escaleras empinadas y resbaladizas. Tan gastadas y estrechas eran las escaleras, y tan grasosas con el limo de la tierra interna, que el escalador nunca sabía exactamente cuándo esperar una caída sin aliento y lanzarse hacia abajo hacia los pozos finales; y también estaba incierto de cuándo o cómo los night-gaunts guardianes podrían de repente abalanzarse sobre él, si es que había alguno estacionado en este pasaje primitivo. A su alrededor había un olor sofocante de abismos infernales, y sintió que el aire de estas profundidades asfixiantes no estaba hecho para la humanidad. Con el tiempo, se volvió muy entumecido y somnoliento, moviéndose más por impulso automático que por voluntad razonada; ni siquiera se dio cuenta de ningún cambio cuando dejó de moverse por completo al ser algo que lo agarró silenciosamente por detrás. Estaba volando muy rápidamente a través del aire antes de que un cosquilleo malicioso le dijera que los night-gaunts viscosos habían cumplido su deber.

Despertado al hecho de que estaba en el agarre frío y húmedo de los flutterers sin rostro, Carter recordó la contraseña de los ghouls y la glibberó tan fuerte como pudo en medio del viento y el caos del

vuelo. Aunque se dice que los night-gaunts son desalmados, el efecto fue instantáneo; pues todo cosquilleo se detuvo de inmediato, y las criaturas se apresuraron a trasladar a su cautivo a una posición más cómoda. Así animado, Carter se aventuró a dar algunas explicaciones; contando sobre la captura y tortura de los tres ghouls por las bestias lunares, y sobre la necesidad de reunir un grupo para rescatarlos. Los night-gaunts, aunque inarticulados, parecían entender lo que se decía; y mostraron mayor prisa y propósito en su vuelo. De repente, la densa oscuridad dio paso al crepúsculo gris de la tierra interna, y se abrió adelante una de esas llanuras estériles planas en las que a los ghouls les encanta agazaparse y masticar. Tumbos esparcidos y fragmentos óseos contaban sobre los habitantes de ese lugar; y mientras Carter daba un fuerte meep de convocatoria urgente, una veintena de burrows vació a sus inquilinos coriáceos y parecidos a perros. Los night-gaunts ahora volaron bajo y colocaron a su pasajero sobre sus pies, retirándose un poco después y formando un semicírculo encorvado en el suelo mientras los ghouls saludaban al recién llegado.

Carter glibberó su mensaje rápida y explícitamente a la grotesca compañía, y cuatro de ellos partieron de inmediato a través de diferentes burrows para difundir la noticia a otros y reunir tropas que pudieran estar disponibles para un rescate. Después de una larga espera, apareció un ghoul de cierta importancia, y hizo señales significativas a los night-gaunts, causando que dos de estos últimos volaran hacia la oscuridad. Posteriormente, hubo constantes accesiones a la congregación encorvada de night-gaunts en la llanura, hasta que al fin el suelo viscoso estaba bastante negro con ellos. Mientras tanto, nuevos ghouls salían de los burrows uno por uno, todos glibberando excitadamente y formando un crude batalla cerca de los night-gaunts acurrucados. Con el tiempo, apareció ese orgulloso e influyente ghoul que alguna vez fue el artista Richard Pickman de Boston, y a él Carter le glibberó un relato muy completo de lo que había ocurrido. El otrora Pickman, complacido de saludar a su antiguo amigo de nuevo, parecía muy impresionado, y sostuvo

una conferencia con otros jefes un poco separados de la creciente multitud.

Finalmente, después de escanear las filas con cuidado, los jefes reunidos todos glibberaron al unísono y comenzaron a dar órdenes a las multitudes de ghouls y night-gaunts. Un gran destacamento de los flyers con cuernos desapareció de inmediato, mientras el resto se agrupaba de dos en dos sobre sus rodillas con las patas delanteras extendidas, esperando el acercamiento de los ghouls uno por uno. A medida que cada ghoull alcanzaba el par de night-gaunts al que estaba asignado, era recogido y llevado a la oscuridad; hasta que al fin toda la congregación había desaparecido salvo por Carter, Pickman, los otros jefes y unos pocos pares de night-gaunts. Pickman explicó que los night-gaunts son la vanguardia y los caballos de batalla de los ghouls, y que el ejército se estaba dirigiendo hacia Sarkomand para enfrentarse a las bestias lunares. Luego Carter y los jefes ghoullish se acercaron a los portadores que esperaban y fueron levantados por las patas húmedas y resbaladizas. Un momento más y todos estaban girando en viento y oscuridad; interminablemente hacia arriba, arriba, arriba hacia la puerta de los leones alados y las ruinas espectrales de la Sarkomand primordial.

Cuando, después de un gran intervalo, Carter volvió a ver la enfermiza luz del cielo nocturno de Sarkomand, fue para contemplar la gran plaza central repleta de ghouls militantes y night-gaunts. El día, estaba seguro, debía estar casi por llegar; pero tan fuerte era el ejército que no se necesitaría ninguna sorpresa del enemigo. El resplandor verdoso cerca de los muelles aún brillaba débilmente, aunque la ausencia del chillido ghoull demostraba que la tortura de los prisioneros había terminado por el momento. Suavemente glibberando direcciones a sus corceles y al grupo de night-gaunts sin jinetes adelante, los ghouls se levantaron prontamente en amplias columnas zumbantes y se dirigieron sobre las ruinas desoladas hacia la llama maligna. Carter ahora estaba junto a Pickman en la primera fila de ghouls, y vio mientras se acercaban al campamento nocivo que las bestias lunares estaban totalmente despreparadas. Los tres

prisioneros yacían atados e inertes junto al fuego, mientras sus captores parecidos a sapos se desplomaban somnolientos en un orden incierto. Los esclavos casi humanos estaban dormidos, incluso los centinelas eludiendo un deber que en este reino les debía parecer simplemente de rutina.

El último ataque de los night-gaunts y los ghouls montados fue muy repentino, cada una de las blasfemias sapoides grisáceas y sus esclavos casi humanos siendo aprehendidos por un grupo de night-gaunts antes de que se hiciera algún sonido. Las bestias lunares, por supuesto, eran sin voz; y ni siquiera los esclavos tuvieron mucha oportunidad de gritar antes de que patas viscosas los ahogaran en silencio. Horribles eran los retorcimientos de esas grandes anomalías gelatinosas mientras los sardónicos night-gaunts los agarraban, pero nada servía contra la fuerza de esas garras prehensiles negras. Cuando una bestia lunar se retorció con demasiada violencia, un night-gaunt aprehendía y tiraba de sus tentáculos rosados temblorosos; lo cual parecía doler tanto que la víctima cesaba sus luchas. Carter esperaba ver mucha matanza, pero descubrió que los ghouls eran mucho más sutiles en sus planes. Glibberaron ciertas órdenes simples a los night-gaunts que mantenían a los cautivos confiando en el resto al instinto; y pronto las criaturas desafortunadas fueron llevadas silenciosamente al Gran Abismo, para ser distribuidas imparcialmente entre los dholes, gugs, ghafts y otros habitantes de la oscuridad cuyos modos de alimentación no son indoloros para sus víctimas elegidas. Mientras tanto, los tres ghouls atados habían sido liberados y consolados por sus parientes conquistadores, mientras diversos grupos buscaban posibles bestias lunares restantes en el vecindario y abordaban la galera negra de mal olor en el muelle para asegurarse de que nada hubiera escapado de la derrota general. Por supuesto, la captura había sido minuciosa, pues no se pudo detectar ningún signo de vida adicional. Carter, ansioso por preservar un medio de acceso al resto de la tierra de los sueños, instó a no hundir la galera anclada; y esta solicitud fue ampliamente concedida por gratitud por su acto de informar sobre la situación del trío capturado. En el barco se encontraron algunos

objetos y decoraciones muy curiosos, algunos de los cuales Carter arrojó de inmediato al mar.

Los ghouls y night-gaunts ahora se formaron en grupos separados, los primeros interrogando a sus compañeros rescatados sobre acontecimientos pasados. Parecía que los tres habían seguido las direcciones de Carter y procedido desde el bosque encantado hacia Dylath-Leen por Nir y el Skai, robando ropa humana en una granja solitaria y trotando lo más cerca posible al estilo de una caminata humana. En las tabernas de Dylath-Leen, sus formas grotescas y rostros habían suscitado muchos comentarios; pero habían persistido en preguntar el camino a Sarkomand hasta que por fin un viejo viajero pudo decirles. Entonces supieron que solo un barco hacia Lelag-Leng serviría para su propósito, y se prepararon para esperar pacientemente por tal embarcación.

Pero sin duda los espías malvados habían reportado mucho; pues poco después una galera negra llegó al puerto, y los comerciantes de rubí de boca ancha invitaron a los ghouls a beber con ellos en una taberna. El vino se producía a partir de una de esas botellas siniestras grotescamente talladas de un solo rubí, y después de eso los ghouls se encontraron prisioneros en la galera negra como Carter una vez se encontró a sí mismo. Sin embargo, esta vez, los remeros invisibles no dirigían hacia la luna sino hacia la antigua Sarkomand; claramente decididos a llevar a sus cautivos ante el alto sacerdote indescriptible. Habían tocado la roca dentada en el mar del norte que los marineros de Inquanok evitan, y los ghouls allí habían visto por primera vez a los maestros rojos del barco; siendo enfermos a pesar de su propia insensibilidad por tales extremos de maligna indefinición y olor temible. Allí, también, fueron testigos de los pasatiempos sin nombre de la guarnición residente sapoide—tales pasatiempos que dan lugar a los aullidos nocturnos que los hombres temen. Después de eso vino el desembarco en la Sarkomand arruinada y el comienzo de las torturas, cuya continuación el rescate presente había prevenido.

Se discutieron a continuación planes futuros, los tres ghouls rescatados sugiriendo una incursión en la roca dentada y la exterminación de la guarnición sapoide allí. Sin embargo, a esto los night-gaunts objetaron; ya que la perspectiva de volar sobre el agua no les agradaba. La mayoría de los ghouls favorecieron el diseño, pero estaban perdidos sobre cómo seguirlo sin la ayuda de los night-gaunts alados. Por ello, Carter, viendo que no podían navegar la galera anclada, ofreció enseñarles el uso de los grandes bancos de remos; a lo cual los ghouls accedieron con entusiasmo. El día gris ya había llegado, y bajo ese cielo plomizo del norte, un destacamento seleccionado de ghouls se formó en la galera nociva y tomó sus asientos en los bancos de los remeros. Carter los encontró bastante aptos para aprender, y antes de la noche había arriesgado varios viajes experimentales alrededor del puerto. Sin embargo, no fue hasta tres días después que consideró seguro intentar el viaje de conquista. Entonces, los remeros se entrenaron y los night-gaunts se almacenaron de manera segura en la proa, el grupo zarpó por fin; Pickman y los otros jefes se reunieron en cubierta y discutieron modos de acercamiento y procedimiento.

En la misma primera noche se escucharon los aullidos de la roca. Tal era su tono que toda la tripulación de la galera tembló visiblemente; pero más que nada temblaron los tres ghouls rescatados que sabían precisamente lo que esos aullidos significaban. No se pensó mejor intentar un ataque nocturno, así que el barco se quedó anclado bajo las nubes fosforescentes para esperar el amanecer de un día verdoso; cuando la luz fue abundante y los aullidos aún, los remeros reanudaron sus remos, y la galera se acercaba cada vez más a esa roca dentada cuyos pináculos de granito arañaban fantásticamente el cielo opaco. Los lados de la roca eran muy empinados; pero en salientes aquí y allá se podían ver las paredes hinchadas de extraños hogares sin ventanas, y las bajas barandillas que guardaban caminos elevados. Ningún barco humano había llegado tan cerca al lugar, o al menos, nunca había llegado tan cerca y se había retirado de nuevo; pero Carter y los ghouls estaban libres de miedo y siguieron adelante, redondeando la cara este de la

roca y buscando los muelles que el trío rescatado describió como estando en el lado sur dentro de un puerto formado por acantilados empinados.

Los acantilados eran prolongaciones de la isla propiamente dicha, y estaban tan cerca uno del otro que solo un barco a la vez podía pasar entre ellos. Parecía no haber centinelas en el exterior, así que la galera se dirigió audazmente a través del estrecho similar a un canal y entró en el puerto estancado y pestilente más allá. Aquí, sin embargo, todo era bullicio y actividad; con varias embarcaciones ancladas a lo largo de un muelle de piedra amenazante, y decenas de esclavos casi humanos y bestias lunares a la orilla manejando cajas y contenedores o conduciendo horrores sin nombre y fabulosos atados a carretas torpes. Había una pequeña ciudad de piedra tallada en el acantilado vertical sobre los muelles, con el comienzo de una carretera serpenteante que se enrollaba hasta el punto de no vista hacia salientes más altas de la roca. Sobre qué había dentro de ese pico prodigioso de granito nadie podría decirlo, pero las cosas que se veían en el exterior estaban lejos de ser alentadoras.

Al ver la galera entrante, las multitudes en los muelles mostraron mucha avidez; aquellos con ojos mirando intensamente, y aquellos sin ojos retorciendo sus tentáculos rosados expectantes. No, por supuesto, no se dieron cuenta de que el barco negro había cambiado de manos; pues los ghouls se parecen mucho a los casi humanos con cuernos y pezuñas, y los night-gaunts estaban todos fuera de vista abajo. A esta hora los líderes ya habían formado un plan; que era liberar a los night-gaunts tan pronto como se tocara el muelle, y luego navegar directamente lejos, dejando los asuntos completamente al instinto de esas criaturas casi sin mente. Varados en la roca, los flyers con cuernos primero apoderarían de cualquier ser vivo que encontraran allí, y después, completamente indefensos para pensar excepto en términos del instinto de retorno, olvidarían su miedo al agua y volarían rápidamente de regreso al abismo; llevando su presa pestilente a destinos apropiados en la oscuridad, de los cuales no mucho emergería vivo.

El ghoul que era Pickman ahora bajó y dio a los night-gaunts sus instrucciones simples, mientras la galera se acercaba muy cerca a los muelles ominosos y malolientes. Prontamente, una nueva conmoción se levantó a lo largo del waterfront, y Carter vio que los movimientos de la galera habían comenzado a suscitar sospechas. Evidentemente el timonel no se dirigía al muelle correcto, y probablemente los centinelas habían notado la diferencia entre los grotescos ghouls y los esclavos casi humanos que estaban tomando sus lugares. Debía haberse dado alguna alarma silenciosa, pues casi de inmediato una horda de bestias lunares malolientes comenzó a salir de las pequeñas puertas negras de las casas sin ventanas y bajar por la carretera serpenteante a la derecha. Una lluvia de lanzas curiosas golpeó la galera cuando el morro tocó el muelle, derribando a dos ghouls y hiriendo ligeramente a otro; pero en este punto todos los escotillas se abrieron para emitir una nube negra de night-gaunts zumbantes que invadieron la ciudad como una bandada de murciélagos con cuernos y ciclópeos.

Las bestias lunares gelatinosas habían conseguido un gran palo y estaban intentando empujar el barco invasor, pero cuando los night-gaunts las golpearon, ya no pensaban en tales cosas. Fue un espectáculo muy terrible ver a esos ticklers faceless y viscosos en su pasatiempo, y tremendamente impresionante observar la densa nube de ellos extendiéndose por la ciudad y subiendo por la carretera serpenteante hacia las alcances superiores. A veces, un grupo de los flutterers negros dejaría caer por error a un prisionero parecido a un sapo desde lo alto, y la manera en que la víctima explotaba era altamente ofensiva para la vista y el olfato. Cuando el último de los night-gaunts había dejado la galera, los jefes ghoulish glibberaron una orden de retirada, y los remeros tiraron silenciosamente fuera del puerto entre los acantilados grises mientras la ciudad seguía siendo un caos de batalla y conquista.

El ghoul Pickman permitió varias horas para que los night-gaunts formaran sus mentes rudimentarias y superaran su miedo a volar sobre el mar, y mantuvo la galera parada a aproximadamente una milla de la roca dentada mientras esperaba, y atendió las heridas de

los hombres heridos. La noche cayó, y el crepúsculo gris dio paso a la enfermiza fosforescencia de nubes bajas, y todo el tiempo los líderes observaban las altas cimas de esa roca maldita en busca de señales del vuelo de los night-gaunts. Hacia la mañana, se vio una mancha negra flotando tímidamente sobre el pináculo más alto, y poco después la mancha se había convertido en una bandada. Justo antes del amanecer, la bandada pareció dispersarse, y en menos de un cuarto de hora había desaparecido completamente en la distancia hacia el noreste. Una o dos veces algo parecía caer de la bandada diluida al mar; pero Carter no se preocupó, ya que sabía por observación que las bestias lunares sapoides no pueden nadar. Al fin, cuando los ghouls estaban satisfechos de que todos los night-gaunts habían partido hacia Sarkomand y el Gran Abismo con sus cargas condenadas, la galera regresó al puerto entre los acantilados grises; y toda la horrible compañía aterrizó y deambuló curiosamente sobre esa roca desnuda con sus torres y eyries y fortalezas talladas en la piedra sólida.

Terrible es el secreto descubierto en esas criptas malditas y sin ventanas; pues los restos de pasatiempos inacabados eran muchos, y en diversas etapas de abandono de su estado primitivo. Carter apartó ciertas cosas que de alguna manera estaban vivas, y huyó precipitadamente de algunas otras cosas sobre las cuales no podía estar muy seguro. Las casas llenas de olor estaban amuebladas principalmente con taburetes grotescos y bancos tallados de árboles lunares, y estaban pintadas por dentro con diseños sin nombre y frenéticos. Incontables armas, implementos y ornamentos yacían por ahí, incluyendo algunos grandes ídolos de rubí sólido que representaban seres singulares no encontrados en la tierra. Estos últimos no, a pesar de su material, invitaban ni a la apropiación ni a una inspección prolongada; y Carter se molestó en romper cinco de ellos en pedazos muy pequeños. Las lanzas y jabalinas esparcidas las recogió, y con la aprobación de Pickman las distribuyó entre los ghouls. Tales dispositivos eran nuevos para los lopers similares a perros, pero su relativa simplicidad los hacía fáciles de dominar después de unas pocas indicaciones concisas.

Las partes superiores de la roca contenían más templos que hogares privados, y en numerosas cámaras talladas se encontraron terribles altares esculpidos y fuentes y santuarios posiblemente manchados para la adoración de cosas más monstruosas que los dioses salvajes sobre Kadath. Desde la parte trasera de uno de esos grandes templos se extendía un pasaje negro bajo el cual Carter siguió profundamente en la roca con una antorcha hasta llegar a una sala domada sin luz de vastas proporciones, cuyas bóvedas estaban cubiertas con tallados demoníacos y cuyo centro yacía un pozo fétido y sin fondo como el del horrendo monasterio de Leng donde solo broods el alto sacerdote indescriptible. En el lado distante y sombrío, más allá del pozo pestilente, pensó que distinguía una pequeña puerta de bronce extrañamente trabajada; pero por alguna razón sintió un temor inexplicable de abrirla o incluso acercarse a ella, y se apresuró a regresar a sus aliados poco agradables mientras deambulaban con una facilidad y abandono que apenas podía sentir. Los ghouls habían observado los pasatiempos inacabados de las bestias lunares, y se habían beneficiado a su manera. También habían encontrado un barril de vino lunar potente, y lo estaban rodando hacia los muelles para retirarlo y usarlo más tarde en tratos diplomáticos, aunque el trío rescatado, recordando su efecto sobre ellos en Dylath-Leen, había advertido a su compañía que no probaran nada de ello. De rubíes de minas lunares había un gran almacén, tanto en bruto como pulido, en una de las bóvedas cerca del agua; pero cuando los ghouls descubrieron que no eran buenos para comer, perdieron todo interés en ellos. Carter no intentó llevar ninguno, ya que sabía demasiado sobre los que los habían minado.

De repente, se escuchó un meeping excitado de los centinelas en los muelles, y todas las forrajeras repulsivas se volvieron de sus tareas para mirar al mar y reunirse alrededor del waterfront. Entre los acantilados grises, una nueva galera negra se acercaba rápidamente, y era cuestión de un momento antes de que los casi humanos en cubierta percibieran la invasión de la ciudad y dieran la alarma a las cosas monstruosas abajo. Por supuesto, los ghouls todavía llevaban las lanzas y jabalinas que Carter había distribuido

entre ellos; y bajo su comando, sostenidos por el ser que era Pickman, ahora formaron una línea de batalla y se prepararon para impedir el desembarco del barco. Prontamente, una explosión de excitación en la galera indicaba el descubrimiento por parte de la tripulación del estado cambiado de las cosas, y la instantánea detención de la embarcación demostró que las superiores cifras de los ghouls habían sido notadas y tenidas en cuenta. Después de un momento de hesitación, los recién llegados se dieron vuelta silenciosamente y regresaron entre los acantilados de nuevo, pero ni por un instante los ghouls imaginaron que el conflicto se había evitado. O el barco oscuro buscaría refuerzos, o la tripulación intentaría desembarcar en otra parte de la isla; por lo que de inmediato se envió un grupo de exploradores hacia el pináculo para ver cuál sería el curso del enemigo.

En muy pocos minutos, un ghoul regresó sin aliento para decir que las bestias lunares y los casi humanos estaban desembarcando en el exterior del acantilado más oriental de los acantilados grises rugosos, y ascendiendo por caminos y salientes ocultos por los cuales una cabra apenas podría andar con seguridad. Prontamente después, la galera fue vista de nuevo a través del estrecho similar a un canal, pero solo por un segundo. Luego, unos momentos después, un segundo mensajero jadeó desde lo alto para decir que otro grupo estaba desembarcando en el otro acantilado; ambos siendo mucho más numerosos de lo que el tamaño de la galera permitiría. El propio barco, moviéndose lentamente con solo una tierna manada de remos en una sola fila, pronto apareció entre los acantilados, y se detuvo en el puerto fétido como si fuera a observar el próximo enfrentamiento y estar listo para cualquier uso posible.

A esta hora, Carter y Pickman habían dividido a los ghouls en tres grupos, uno para enfrentar cada una de las dos columnas invasoras y uno para permanecer en la ciudad. Los dos primeros de inmediato se apresuraron a subir las rocas en sus respectivas direcciones, mientras que el tercero se subdividió en un grupo terrestre y un grupo marítimo. El grupo marítimo, comandado por Carter, abordó la galera anclada y remó para encontrarse con la galera

subdimensional de los recién llegados; ante lo cual estos últimos se retiraron a través del estrecho hacia el mar abierto. Carter no la persiguió de inmediato, ya que sabía que podría ser más agudamente necesitado cerca de la ciudad.

Mientras tanto, los espantosos destacamentos de las bestias lunares y los casi humanos habían ascendido torpemente hasta la cima de los acantilados y se veían de manera impactante silueteados a ambos lados contra el cielo gris del crepúsculo. Las finas y infernales flautas de los invasores ya habían comenzado a silbar, y el efecto general de aquellas procesiones híbridas, medio amorfas, era tan nauseabundo como el olor real que emanaban las blasfemias lunares parecidas a sapos. Entonces, las dos partes de los ghouls surgieron a la vista y se unieron al panorama silueteado. Comenzaron a volar lanzas desde ambos lados, y los crecientes chillidos de los ghouls y los aullidos bestiales de los casi humanos gradualmente se unieron al silbido infernal de las flautas para formar un frenesí y caos indescriptible de cacofonía demoníaca. De vez en cuando, cuerpos caían de las estrechas crestas de los acantilados hacia el mar exterior o el puerto interior, en este último caso siendo rápidamente arrastrados hacia abajo por ciertos acechadores submarinos cuya presencia solo se indicaba por burbujas prodigiosas.

Durante media hora, esta doble batalla rugió en el cielo, hasta que sobre el acantilado oeste los invasores fueron completamente aniquilados. Sin embargo, en el acantilado este, donde parecía estar presente el líder del grupo de bestias lunares, los ghouls no habían salido tan bien; y estaban retrocediendo lentamente hacia las laderas del pináculo propiamente dicho. Pickman había ordenado rápidamente refuerzos para este frente desde el grupo en la ciudad, y estos habían ayudado enormemente en las primeras etapas del combate. Entonces, cuando la batalla occidental terminó, los sobrevivientes victoriosos se apresuraron a cruzar para ayudar a sus compañeros agobiados; cambiando el rumbo y obligando a los invasores a retroceder nuevamente a lo largo de la estrecha cresta del acantilado. Los casi humanos ya estaban todos muertos para

entonces, pero los últimos de los horrores parecidos a sapos lucharon desesperadamente con las grandes lanzas sujetadas en sus poderosas y repugnantes patas. El tiempo para las lanzas ya casi había pasado, y la lucha se convirtió en un combate cuerpo a cuerpo de lo que pocos lanceros podían enfrentar en esa estrecha cresta.

A medida que la furia y la imprudencia aumentaban, el número de caídos en el mar se volvía muy grande. Aquellos que golpeaban el puerto enfrentaban una extinción sin nombre por parte de los acechadores invisibles, pero de los que golpeaban el mar abierto, algunos pudieron nadar hasta el pie de los acantilados y aterrizar en rocas de marea, mientras la galera enemiga flotante rescataba a varias bestias lunares. Los acantilados eran inatacables excepto donde los monstruos habían desembarcado, de modo que ninguno de los ghouls en las rocas pudo reincorporarse a su línea de batalla. Algunos fueron asesinados por lanzas de la galera hostil o de las bestias lunares arriba, pero unos pocos sobrevivieron para ser rescatados. Cuando la seguridad de los grupos terrestres parecía asegurada, la galera de Carter salió disparada entre los acantilados y condujo la nave enemiga lejos hacia el mar; deteniéndose para rescatar a aquellos ghouls que estaban en las rocas o aún nadando en el océano. Varias bestias lunares que llegaron a las rocas o arrecifes fueron rápidamente eliminadas.

Finalmente, la galera de bestias lunares estando segura en la distancia y el ejército terrestre invasor concentrado en un solo lugar, Carter desembarcó una considerable fuerza en el acantilado este en la retaguardia del enemigo; tras lo cual la lucha fue realmente de corta duración. Atacadas desde ambos lados, las abominaciones ruidosas fueron rápidamente cortadas en pedazos o empujadas al mar, hasta que por la noche los jefes ghoulish acordaron que la isla estaba nuevamente libre de ellas. Mientras tanto, la galera hostil había desaparecido; y se decidió que la malvada roca dentada era mejor ser evacuada antes de que una horda abrumadora de horrores lunares pudiera reunirse y ser llevada contra los vencedores.

Así, por la noche, Pickman y Carter reunieron a todos los ghouls y los contaron con cuidado, descubriendo que más de una cuarta parte había sido perdida en las batallas del día. Los heridos fueron colocados en literas en la galera, ya que Pickman siempre desalentaba la antigua costumbre ghoulish de matar y comer a los propios heridos, y las tropas en condición física fueron asignadas a los remos o a otros lugares donde pudieran llenar roles más útiles. Bajo las bajas nubes fosforescentes de la noche, la galera navegó, y Carter no lamentó partir de la isla de secretos insalubres, cuya sala domada sin luz con su pozo sin fondo y su repulsiva puerta de bronce permanecía inquietamente en su imaginación. El amanecer encontró el barco a la vista de los muelles arruinados de Sarkomand de basalto, donde unos pocos sentineles night-gaunt aún esperaban, agazapados como gárgolas negras con cuernos sobre las columnas rotas y las esfinges derrumbadas de esa temible ciudad que vivió y murió antes de los años del hombre.

Los ghouls hicieron campamento entre las piedras caídas de Sarkomand, despachando un mensajero para conseguir suficientes night-gaunts que les sirvieran de caballos. Pickman y los otros jefes fueron efusivos en su gratitud por la ayuda que Carter les había brindado. Carter comenzó a sentir que sus planes estaban madurando bien, y que podría comandar la ayuda de estos temibles aliados no solo para abandonar esta parte de la tierra de los sueños, sino para perseguir su búsqueda última por los dioses en la cima de Kadath desconocido, y la maravillosa ciudad del atardecer que tan extrañamente le negaron en sus sueños. En consecuencia, habló de estas cosas a los líderes ghoulish; contando lo que sabía sobre el desierto frío donde se encuentra Kadath y sobre los monstruosos Shantaks y las montañas talladas en imágenes de doble cabeza que lo guardan. Habló del miedo de los Shantaks hacia los night-gaunts, y de cómo las vastas aves hipocéfalas vuelan gritando desde los burrows negros en lo alto de los picos grises y demacrados que dividen Inquanok del odioso Leng. También habló de las cosas que había aprendido sobre los night-gaunts a partir de los frescos en el monasterio sin ventanas del alto sacerdote indescriptible; cómo

incluso los Grandes Temen a ellos, y cómo su gobernante no es el caos arrastrante Nyarlathotep en absoluto, sino Nodens canoso e inmortal, Señor del Gran Abismo.

Todas estas cosas Carter glibberó a los ghouls reunidos, y pronto delineó esa petición que tenía en mente y que no consideraba extravagante considerando los servicios que tan recientemente había prestado a los acechadores viscosos y similares a perros. Deseaba mucho, dijo, los servicios de suficientes night-gaunts para llevarlo seguramente a través del aire más allá del reino de los Shantaks y las montañas talladas, y hacia el desierto frío más allá de las huellas retornantes de cualquier otro mortal. Deseaba volar al castillo de ónix en la cima de Kadath desconocido en el desierto frío para suplicar a los Grandes por la ciudad del atardecer que le negaron, y sentía seguro de que los night-gaunts podrían llevarlo allí sin problemas; por encima de los peligros de la llanura, y sobre las horribles cabezas dobles de aquellas montañas centinelas talladas que agazapan eternamente en el crepúsculo gris. Porque las criaturas con cuernos y sin rostro allí no podrían ser peligrosas por nada de la tierra ya que los propios Grandes les temen. Y aunque surgieran cosas inesperadas de los Otros Dioses, que tienden a supervisar los asuntos de los dioses más dóciles de la tierra, los night-gaunts no necesitarían temer; pues los infiernos exteriores son asuntos indiferentes para tales voladores silenciosos y resbaladizos que no poseen a Nyarlathotep como su amo, sino que solo se inclinan ante el potente y arcaico Nodens.

Una bandada de diez o quince night-gaunts, glibberó Carter, seguramente sería suficiente para mantener a cualquier combinación de Shantaks a distancia, aunque quizás sería bueno tener algunos ghouls en el grupo para manejar a las criaturas, sus maneras siendo mejor conocidas por sus aliados ghoulish que por los hombres. El grupo podría aterrizarlo en algún punto conveniente dentro de cualesquier muros que esa fabulosa ciudad citadel de ónix pudiera tener, esperando en las sombras su regreso o su señal mientras él se aventuraba dentro del castillo para dar oración a los dioses de la tierra. Si algún ghoul decidiera escoltarlo hasta la sala del trono de

los Grandes, estaría agradecido, pues su presencia añadiría peso e importancia a su súplica. Sin embargo, no insistiría en esto sino que simplemente deseaba transporte hacia y desde el castillo en la cima de Kadath desconocido; el viaje final siendo ya sea hacia la maravillosa ciudad del atardecer misma, en caso de que los dioses resultaran favorables, o de regreso a la Puerta terrestre del Sueño Profundo en el Bosque Encantado en caso de que sus oraciones fueran infructuosas.

Mientras Carter hablaba, todos los ghouls escuchaban con gran atención, y a medida que los momentos avanzaban, el cielo se oscurecía con nubes de esos night-gaunts para los cuales se habían enviado mensajeros. Los horrores alados se asentaron en un semicírculo alrededor del ejército ghoulish, esperando respetuosamente mientras los jefes caninos consideraban el deseo del viajero terrenal. El ghoull que era Pickman glibberó gravemente con sus compañeros, y al final Carter recibió mucho más de lo que había esperado. Así como había ayudado a los ghouls en su conquista de las bestias lunares, así ellos lo ayudarían en su audaz viaje a reinos de los cuales nunca nadie había regresado; prestándole no solo unos pocos de sus night-gaunts aliados, sino todo su ejército entonces acampado, ghouls veteranos de combate y night-gaunts recién reunidos por igual, salvo solo una pequeña guarnición para la galera negra capturada y tales botines que habían venido de la roca dentada en el mar. Saldrían volando por el aire cuando él lo deseara, y una vez llegaran a Kadath, un adecuado séquito de ghouls lo acompañaría en estado mientras presentaba su petición ante los dioses de la tierra en su castillo de ónix.

Movido por una gratitud y satisfacción más allá de las palabras, Carter hizo planes con los líderes ghoulish para su audaz viaje. El ejército volaría alto, decidieron, sobre el horrible Leng con su monasterio sin nombre y aldeas de piedra malvadas; deteniéndose solo en los vastos picos grises para confabular con los night-gaunts aterradores de Shantak cuyos burrows rellenaban sus cumbres. Luego, según los consejos que pudieran recibir de esos habitantes, elegirían su rumbo final; acercándose a Kadath desconocido ya sea a

través del desierto de montañas talladas al norte de Inquanok, o a través de las alcances más septentrionales de Leng repulsivo mismo. Caninos y sin alma como son, los ghouls y night-gaunts no temían lo que esos desiertos inexplorados podrían revelar; ni sentían ninguna reverencia disuasoria ante la idea de Kadath elevándose solitario con su castillo de ónix de misterio.

Alrededor del mediodía, los ghouls y night-gaunts se prepararon para el vuelo, cada ghoul seleccionando un par adecuado de caballos con cuernos para llevarlo. Carter fue colocado bien hacia la cabeza de la columna junto a Pickman, y frente a todo, se proporcionó una doble línea de night-gaunts sin jinetes como vanguardia. Con un enérgico meep de Pickman, todo el ejército impactante se elevó en una nube de pesadilla sobre las columnas rotas y las esfinges derrumbadas de la primordial Sarkomand; más alto y más alto, hasta que incluso el gran acantilado de basalto detrás de la ciudad quedó despejado, y la mesa terrestre fría y estéril de los alrededores de Leng quedó abierta a la vista. Aún más alto voló el negro séquito, hasta que incluso esta mesa terrestre se volvió pequeña bajo ellos; y mientras trabajaban hacia el norte sobre ese plateau de horror azotado por el viento, Carter volvió a ver con un escalofrío el círculo de monolitos rudimentarios y el edificio bajo de ventanas que sabía albergaba esa blasfemia horripilante con máscara de seda de la cual había escapado por poco. Esta vez no se realizó ningún descenso mientras el ejército barría como murciélagos sobre el paisaje estéril, pasando las llamas débiles de las aldeas de piedra insalubres a gran altitud, y deteniéndose nada para marcar las retorcidas y mórbidas inclinaciones de los casi humanos con pezuñas y cuernos que danzan y silban eternamente allí. Una vez vieron un Shantak-bird volando bajo sobre la llanura, pero cuando lo vieron, chilló nocivamente y aleteó hacia el norte en pánico grotesco.

Al anochecer, llegaron a los picos grises y dentados que forman la barrera de Inquanok, y se quedaron flotando alrededor de estas extrañas cuevas cerca de las cumbres que Carter recordaba como tan horribles para los Shantaks. Ante el insistente meep de los líderes ghoulish, salieron de cada burrow elevado una corriente de

flyers negros con cuernos con los cuales los ghouls y night-gaunts del grupo conferenciaron largamente mediante gestos feos. Pronto quedó claro que la mejor ruta sería sobre el desierto frío al norte de Inquanok, pues las alcances septentrionales de Leng están llenas de trampas invisibles que incluso a los night-gaunts les desagradan; influencias abismales centradas en ciertos edificios hemisféricos blancos en colinas curiosas, que el folclore común asocia desagradablemente con los Otros Dioses y su caos arrastrante Nyarlathotep.

Sobre Kadath, los flutterers de las cumbres sabían casi nada, salvo que debía haber alguna maravilla poderosa hacia el norte, sobre la cual los Shantaks y las montañas talladas vigilaban. Insinaron anomalías de proporción rumoradas en esas ligas sin rastro más allá, y recordaron susurros vagos de un reino donde la noche se cierne eternamente; pero de datos definitivos no tenían nada que ofrecer. Así, Carter y su grupo les agradecieron amablemente; y, cruzando los picos de granito más altos hacia los cielos de Inquanok, descendieron por debajo del nivel de las nubes nocturnas fosforescentes y contemplaron en la distancia esas terribles gárgolas agazapadas que eran montañas hasta que alguna mano titánica esculpió el horror en su roca virgen.

Allí se agazapaban en un semicírculo infernal, sus piernas sobre la arena del desierto y sus mitras perforando las nubes luminosas; siniestras, parecidas a lobos y de doble cabeza, con rostros de furia y manos derechas levantadas, observando despectivamente el borde del mundo humano y guardando con horror las extensiones de un mundo norteño frío que no es de los hombres. De sus horribles lapsos se elevaban Shantaks malvados de masa elefantiaca, pero estos todos huían con titubeos insanos cuando se avistaba la vanguardia de night-gaunts en el cielo brumoso. Hacia el norte sobre esas montañas gárgolas el ejército voló, y sobre ligas de desierto tenue donde nunca surgió un hito. Cada vez menos luminosas se volvieron las nubes, hasta que al fin Carter solo podía ver oscuridad a su alrededor; pero nunca los caballos alados vacilaron, criados como eran en las criptas más oscuras de la tierra, y viendo no con

ojos, sino con toda la superficie húmeda de sus formas resbaladizas. Siguieron volando, pasando vientos de aroma dudoso y sonidos de importancia dudosa; siempre en la oscuridad más espesa, y cubriendo espacios tan prodigiosos que Carter se preguntaba si aún podían estar dentro de la tierra de los sueños de la humanidad.

Entonces, de repente, las nubes se adelgazaron y las estrellas brillaron espectralmente arriba. Todo abajo seguía siendo negro, pero esos faros pálidos en el cielo parecían vivos con un significado y directividad que nunca habían poseído en otro lugar. No era que las figuras de las constelaciones fueran diferentes, sino que las mismas formas familiares ahora revelaban una significancia que anteriormente no habían logrado clarificar. Todo se enfocaba hacia el norte; cada curva y asterismo del cielo brillante se convertía en parte de un vasto diseño cuya función era apresurar primero el ojo y luego todo el observador hacia algún objetivo secreto y terrible de convergencia más allá del desierto congelado que se extendía interminablemente delante. Carter miró hacia el este donde la gran cresta de picos barrera había dominado a lo largo de toda la longitud de Inquanok, y vio contra las estrellas una silueta dentada que indicaba su presencia continua. Ahora estaba más rota, con fisuras abiertas y pinnáculos fantásticamente erráticos; y Carter estudió de cerca los giros e inclinaciones sugestivas de ese contorno grotesco, que parecía compartir con las estrellas algún sutil impulso hacia el norte.

Estaban volando a gran velocidad, de modo que el observador tenía que esforzarse mucho para captar detalles; cuando de repente divisó justo sobre la línea de los picos más altos un objeto oscuro y en movimiento contra las estrellas, cuyo curso paralelaba exactamente el de su propio grupo extraño. Los ghouls también lo habían divisado, pues escuchó su bajo glibbering alrededor de él, y por un momento fantaseó que el objeto era un Shantak gigantesco, de un tamaño vastamente mayor que el de un espécimen promedio. Sin embargo, pronto vio que esta teoría no se sostendría; pues la forma de la cosa sobre las montañas no era la de ninguna ave hipocéfala. Su contorno contra las estrellas, necesariamente vago

como era, se asemejaba más a alguna cabeza mitrada enorme, o par de cabezas infinitamente magnificadas; y su rápido aleteo en el cielo parecía curiosamente una sin alas. Carter no podía decir de qué lado de las montañas estaba, pero pronto percibió que tenía partes debajo de las partes que había visto primero, ya que bloqueaba todas las estrellas en lugares donde la cresta estaba profundamente fisurada.

Luego apareció una amplia brecha en la cordillera, donde las espantosas extensiones del Leng transmontano se unían al desierto frío de este lado mediante un bajo paso por el cual las estrellas brillaban débilmente. Carter observaba esta brecha con intensa atención, sabiendo que podría ver delineadas contra el cielo más allá de ella las partes inferiores de la vasta cosa que volaba ondulantemente sobre los pináculos. El objeto ahora había flotado un poco adelante, y todos los ojos del grupo estaban fijos en la grieta donde pronto aparecería en silueta de cuerpo entero. Gradualmente, la enorme cosa sobre los picos se acercó a la brecha, desacelerando ligeramente su velocidad como si fuera consciente de haber superado al ejército ghoulish. Durante otro minuto, la tensión era aguda, y luego llegó el breve instante de silueta completa y revelación; trayendo a los labios de los ghouls un meep asombrado y medio ahogado de miedo cósmico, y al alma del viajero un escalofrío que nunca lo había abandonado por completo. Porque la forma enorme y ondulante que dominaba la cresta no era más que una cabeza—una doble cabeza mitrada—y debajo de ella, en una vasta y terrible extensión, trotaba el espantoso cuerpo hinchado que la sostenía; la monstruosidad de altura montañosa que caminaba en sigilo y silencio; la distorsión parecida a una hiena de una forma antropoide gigante que trotaba oscuramente contra el cielo, su par repulsivo de cabezas con conos alcanzando la mitad del cenit.

Carter no perdió la conciencia ni siquiera gritó en voz alta, pues era un viejo soñador; pero miró detrás de él con horror y estremeció al ver que había otras cabezas monstruosas silueteadas sobre el nivel de los picos, ondulando sigilosamente detrás de la primera. Y justo en la retaguardia estaban tres de las poderosas formas

montañosas vistas completas contra las estrellas del sur, caminando de puntillas como lobos y pesadamente, sus altos mitres asintiendo a miles de pies en el aire. Las montañas talladas, entonces, no habían permanecido agazapadas en ese rígido semicírculo al norte de Inquanok con las manos derechas levantadas. Tenían deberes que cumplir y no eran negligentes. Pero era horrible que nunca hablaran, y que nunca siquiera hicieran un sonido al caminar.

Mientras tanto, el ghoul que era Pickman había glibberado una orden a los night-gaunts, y todo el ejército ascendió más alto en el aire. Hacia las estrellas, la columna grotesca disparó, hasta que ya nada destacaba contra el cielo; ni la cresta de granito gris que permanecía quieta ni las montañas mitradas talladas que caminaban. Todo era oscuridad debajo mientras la legión aleteante se impulsaba hacia el norte entre vientos rápidos y risas invisibles en el éter, y nunca un Shantak ni entidad menos mencionable surgió de las desoladas extensiones para perseguirlos. Cuanto más avanzaban, más rápido volaban, hasta que pronto su velocidad mareante parecía superar la de una bala de rifle y acercarse a la de un planeta en su órbita. Carter se preguntaba cómo, con tal velocidad, la tierra aún podía extenderse debajo de ellos, pero sabía que en la tierra de los sueños las dimensiones tienen propiedades extrañas. Estaba seguro de que estaban en un reino de noche eterna, y fantaseaba que las constelaciones sobre sus cabezas habían enfatizado sutilmente su enfoque hacia el norte; reuniéndose como si fueran para arrojar al ejército volador en el vacío del polo boreal, como los pliegues de una bolsa se reúnen para sacar los últimos fragmentos de sustancia de ella.

Entonces notó con terror que las alas de los night-gaunts ya no batían. Los corceles con cuernos y sin rostro habían plegado sus apéndices membranosos y estaban descansando completamente pasivos en el caos del viento que giraba y reía mientras los llevaba adelante. Una fuerza no terrestre había tomado al ejército, y ghouls y night-gaunts por igual eran impotentes ante una corriente que los tiraba loca e implacablemente hacia el norte de donde ningún mortal había regresado jamás. Al fin, se vio una sola luz pálida en el

horizonte delante, que luego ascendió constantemente a medida que se acercaban, y bajo ella una masa negra que borraba las estrellas. Carter vio que debía ser algún faro en una montaña, pues solo una montaña podía elevarse tan vasta vista desde una altura tan prodigiosa en el aire.

Más y más alta se elevaba la luz y la oscuridad debajo de ella, hasta que la mitad del cielo norte ya estaba oscurecida por la rugosa masa cónica. Aunque el ejército era elevado, ese faro pálido y siniestro se erguía sobre él, dominando monstruosamente todos los picos y contenciones de la tierra, y probando el éter sin átomos donde la luna críptica y los planetas locos giran. Ninguna montaña conocida por el hombre era aquella que se cernía ante ellos. Las nubes altas abajo no eran más que un borde para sus laderas. El mareo buscador del aire más alto no era más que un cinturón para sus lomos. Escarpante y espectral, subió ese puente entre la tierra y el cielo, negro en noche eterna, y coronado con un pshent de estrellas desconocidas cuyo contorno terrible y significativo se volvía cada momento más claro. Los ghouls meepieron con asombro al verlo, y Carter estremeció de miedo por si todo el ejército acelerado fuera despedazado en pedazos sobre el implacable ónix de ese acantilado ciclópeo.

Más y más alta se elevaba la luz, hasta que se mezcló con los orbes más altos del cenit y guiñó a los voladores con burla lúgubre. Todo el norte debajo de ella era ahora oscuridad; terror, oscuridad pétrea desde profundidades infinitas hasta alturas infinitas, con solo ese faro pálido guiñando encaramado inaccesiblemente en la cima de toda visión. Carter estudió la luz más de cerca y vio por fin qué líneas su fondo hineroso hacía contra las estrellas. Había torres en esa cima montañosa titánica; horribles torres domadas en estratos nocivos e incalculables y agrupaciones más allá de cualquier obra soñada del hombre; almenas y terrazas de maravilla y amenaza, todas delineadas pequeñas y negras y distantes contra el pshent estrellado que brillaba malévolamente en el borde más alto de la vista. Encabezando esa montaña lo más inmensa de todas, estaba un castillo más allá de todo pensamiento mortal, y en él brillaba la

luz demoníaca. Entonces Randolph Carter supo que su búsqueda había terminado, y que veía sobre él el objetivo de todos los pasos prohibidos y visiones audaces; el fabuloso, el increíble hogar de los Grandes en la cima de Kadath desconocido.

Incluso mientras se daba cuenta de esta cosa, Carter notó un cambio en el rumbo del grupo arrastrado sin ayuda por el viento. Estaban ascendiendo abruptamente ahora, y era evidente que el enfoque de su vuelo era el castillo de ónix donde brillaba la luz pálida. Tan cerca estaba la gran montaña negra que sus lados pasaban zumbando por encima de ellos mientras disparaban hacia arriba, y en la oscuridad no podían discernir nada sobre ella. Cada vez más vastas se erguían las torres tenebrosas del castillo nocturno arriba, y Carter pudo ver que era casi blasfema en su inmensidad. Sus piedras bien podrían haber sido extraídas por trabajadores sin nombre en ese horrible abismo rasgado de la roca en el paso de la colina al norte de Inquanok, pues tal era su tamaño que un hombre en su umbral se mantenía incluso como aire sobre los escalones de la fortaleza más alta de la tierra. El pshent de estrellas desconocidas sobre las innumerables torretas domadas brillaba con un resplandor pálido y enfermizo, de modo que una especie de crepúsculo colgaba alrededor de las murallas turvas de ónix resbaladizo. El faro pálido ahora se veía como una única ventana brillante alta en una de las torres más elevadas, y mientras el ejército impotente se acercaba a la cima de la montaña, Carter pensó que detectaba sombras desagradables moviéndose a través de la extensión débilmente luminosa. Era una ventana extrañamente arqueada, de un diseño totalmente ajeno a la tierra.

La roca sólida ahora daba paso a las fundaciones gigantes del castillo monstruoso, y parecía que la velocidad del grupo se había reducido un poco. Surgieron paredes vastas, y se divisó una gran puerta por la cual los viajeros eran arrastrados. Todo era noche en el patio titánico, y luego llegó la oscuridad más profunda de las cosas internas cuando un enorme portal arqueado engulló la columna. Vórtices de viento frío surgieron húmedamente a través de laberintos sin vista de ónix, y Carter nunca pudo decir qué escaleras

ciclópeas y pasillos yacían silenciosos a lo largo de la ruta de su interminable retorcimiento aéreo. Siempre hacia arriba conducía la terrible caída en la oscuridad, y nunca un sonido, toque o vislumbre rompía el denso velo de misterio. Grande como era el ejército de ghouls y night-gaunts, se perdió en los prodigiosos vacíos de ese castillo más allá de la tierra. Y cuando al fin de repente amaneció a su alrededor la luz lúgubre de esa única sala de torre cuya ventana elevada había servido de faro, Carter tardó mucho en discernir las paredes lejanas y el techo alto y distante, y en darse cuenta de que de hecho no estaba nuevamente en el aire ilimitado afuera.

Randolph Carter había esperado entrar en la sala del trono de los Grandes con aplomo y dignidad, flanqueado y seguido por líneas impresionantes de ghouls en orden ceremonial, y ofreciendo su oración como un maestro libre y potente entre soñadores. Sabía que los Grandes mismos no están más allá del poder de un mortal para enfrentarlos, y había confiado en la suerte de que los Otros Dioses y su caos arrastrante Nyarlathotep no vieran la oportunidad de acudir a su ayuda en el momento crucial, como lo habían hecho tan a menudo antes cuando los hombres buscaban a los dioses de la tierra en su hogar o en sus montañas. Y con su horrible escolta había medio esperado desafiar incluso a los Otros Dioses si era necesario, sabiendo como sabía que los ghouls no tienen amos, y que los night-gaunts no poseen a Nyarlathotep sino solo a Nodens arcaico para su señor. Pero ahora vio que el supernal Kadath en su desierto frío está efectivamente rodeado de oscuras maravillas y centinelas sin nombre, y que los Otros Dioses son sin duda vigilantes en proteger a los dioses suaves y débiles de la tierra. Vacíos como están de señorío sobre ghouls y night-gaunts, las blasfemias sin mente y sin forma del espacio exterior aún pueden controlarlos cuando deben; de modo que no estaba en estado como un maestro libre y potente de soñadores que Randolph Carter entró en la sala del trono de los Grandes con sus ghouls. Arrastrado y herido por tempestades de pesadilla de las estrellas, y acosado por horrores invisibles del desierto norteño, todo ese ejército flotaba cautivo e indefenso en la

luz lúgubre, cayendo entumecido al suelo de ónix cuando por alguna orden sin voz los vientos del miedo se disolvieron.

Antes de que Randolph Carter llegara a ningún dais dorado, ni existió ningún augusto círculo de seres coronados y haloed con ojos estrechos, orejas de lóbulos largos, nariz delgada y barbilla puntiaguda cuya afinidad con el rostro tallado ningún Ngranek podría estamparles como aquellos a quienes un soñador podría rezar. Excepto por esa única sala de torre, el castillo de ónix en la cima de Kadath estaba oscuro, y los amos no estaban allí. Carter había venido a Kadath desconocido en el desierto frío, pero no había encontrado a los dioses. Sin embargo, la luz lúgubre aún brillaba en esa única sala de torre cuyo tamaño era apenas menos que el de todo el exterior, y cuyas paredes y techo distantes estaban casi perdidos a la vista en finas y ondulantes nieblas. Los dioses de la tierra no estaban allí, era cierto, pero no faltaban presencias más sutiles y menos visibles. Donde los dioses suaves están ausentes, los Otros Dioses no están sin representación; y ciertamente, el castillo de ónix de los castillos estaba lejos de estar desocupado. En qué forma o formas escandalosas se revelaría el terror a continuación, Carter no podía imaginarlo en absoluto. Sentía que su visita había sido esperada, y se preguntaba qué tan de cerca habían estado manteniendo vigilancia sobre él los caos arrastrantes Nyarlathotep. Es Nyarlathotep, horror de formas infinitas y alma temible y mensajero de los Otros Dioses, a quien sirven las bestias lunares fungosas; y Carter pensó en la galera negra que había desaparecido cuando la marea de la batalla se volvió contra las anomalías parecidas a sapos en la roca dentada en el mar.

Reflexionando sobre estas cosas, estaba tambaleándose para ponerse de pie en medio de su compañía de pesadilla cuando sonó sin previo aviso a través de esa sala pálida y sin límites la horrible explosión de una trompeta demoníaca. Tres veces resonó ese espantoso grito de bronce, y cuando los ecos de la tercera explosión se habían desvanecido riendo, Randolph Carter vio que estaba solo. Adónde, por qué y cómo los ghouls y night-gaunts habían sido arrancados de la vista no era algo que él pudiera divinar. Solo sabía

que de repente estaba solo, y que cualesquiera poderes invisibles que acechaban burlonamente a su alrededor no eran poderes de la amigable tierra de los sueños de la tierra. Pronto, desde los confines más remotos de la sala, llegó un nuevo sonido. Este también era un trompeteo rítmico; pero de un tipo muy diferente a las tres explosiones ruidosas que habían disuelto a sus buenos compañeros. En esta baja fanfarria resonaba toda la maravilla y melodía del sueño etéreo; vistas exóticas de una belleza inimaginada flotando desde cada extraño acorde y cadencia sutilmente alienígena. Olores de incienso surgieron para igualar las notas doradas; y sobre sus cabezas amaneció una gran luz, cuyos colores cambiaban en ciclos desconocidos para el espectro de la tierra, y siguiendo la canción de las trompetas en extrañas armonías sinfónicas. Las antorchas brillaron a lo lejos, y el ritmo de los tambores palpitó más cerca entre olas de expectación tensa.

De las brumas cada vez más delgadas y de la nube de extraños inciensos se formaron columnas gemelas de gigantescos esclavos negros con taparrabos de seda iridiscente. Sobre sus cabezas estaban sujetas enormes antorchas parecidas a cascos de metal brillante, de las cuales el aroma de bálsamos oscuros se extendía en espirales humeantes. En sus manos derechas sostenían varitas de cristal cuyos extremos estaban tallados en quimeras burlonas, mientras que en sus manos izquierdas agarraban largas y delgadas trompetas de plata que tocaban por turnos. Tenían brazaletes y tobilleras de oro, y entre cada par de tobilleras se extendía una cadena dorada que mantenía a su portador con una marcha sobria. Que eran verdaderos hombres negros de la tierra de los sueños era evidente de inmediato, pero parecía menos probable que sus ritos y vestimentas fueran completamente cosas de nuestra tierra. A diez pies de Carter, las columnas se detuvieron, y al hacerlo cada trompeta voló abruptamente hacia los gruesos labios de su portador. El estallido que siguió fue salvaje y extático, y aún más salvaje el grito que corrió después desde gargantas oscuras, de alguna manera agudo por extraña artificio.

Entonces, por el amplio sendero entre las dos columnas, una figura solitaria avanzó; una figura alta y esbelta con el rostro joven de un faraón antiguo, alegre con túnicas prismáticas y coronada con un pshent dorado que brillaba con luz inherente. Cerca de Carter, avanzó esa figura regia; cuya orgullosa portancia y rasgos elegantes tenían en sí la fascinación de un dios oscuro o un arcángel caído, y alrededor de cuyos ojos se escondía el débil brillo de un humor caprichoso. Habló, y en sus tonos suaves onduló la salvaje música de los arroyos Letheanos.

“Randolph Carter,” dijo la voz, “has venido a ver a los Grandes que es ilegal que los hombres vean. Los vigilantes han hablado de esta cosa, y los Otros Dioses han gruñido mientras rodaban y tropezaban sin sentido al sonido de flautas delgadas en el vacío negro último donde anida el sultán-demonio cuyo nombre ninguna boca se atreve a pronunciar en voz alta.

“Cuando Barzai el Sabio escaló Hatheg-Kla para ver a los Grandes bailar y aullar sobre las nubes a la luz de la luna, nunca regresó. Los Otros Dioses estaban allí, y hicieron lo que se esperaba. Zenig de Aphorat buscó alcanzar el desconocido Kadath en el desierto frío, y su cráneo ahora está puesto en un anillo en el dedo meñique de uno a quien no necesito nombrar.

“Pero tú, Randolph Carter, has desafiado todas las cosas de la tierra de los sueños, y aún ardes con la llama de la búsqueda. No viniste como uno curioso, sino como uno que busca lo que le corresponde, y nunca has fallado en reverencia hacia los dioses suaves de la tierra. Sin embargo, estos dioses te han mantenido alejado de la maravillosa ciudad del atardecer de tus sueños, y completamente por su propia pequeña codicia; pues, en verdad, anhelaban la extraña hermosura de aquello que tu imaginación había creado, y juraron que de ahora en adelante ningún otro lugar sería su morada.

“Han dejado su castillo en el desconocido Kadath para habitar en tu maravillosa ciudad. A través de sus palacios de mármol veteados, se deleitan durante el día, y cuando el sol se pone, salen a los

jardines perfumados y observan la gloria dorada en templos y columnas, puentes arqueados y fuentes con cuencas de plata, y amplias calles con urnas cargadas de flores y estatuas de marfil en filas brillantes. Y cuando llega la noche, suben altas terrazas en el rocío, y se sientan en bancos tallados de pórfido escaneando las estrellas, o se inclinan sobre pálidas balaustradas para contemplar las empinadas laderas norteñas de la ciudad, donde una a una, las pequeñas ventanas en antiguos frontones puntiagudos brillan suavemente con la luz amarilla tranquila de velas hogareñas.

“Los dioses aman tu maravillosa ciudad, y ya no caminan en las sendas de los dioses. Han olvidado los lugares altos de la tierra, y las montañas que conocieron su juventud. La tierra ya no tiene dioses que sean dioses, y solo los Otros de el espacio exterior dominan en el olvidado Kadath. Lejos, en un valle de tu propia infancia, Randolph Carter, juega los Grandes descuidados. Has soñado demasiado bien, oh sabio arch-soñador, pues has desviado a los dioses del sueño del mundo de todas las visiones de los hombres hacia aquello que es completamente tuyo; habiendo construido de las pequeñas fantasías de tu infancia una ciudad más hermosa que todos los fantasmas que la precedieron.

“No está bien que los dioses de la tierra dejen sus tronos para que la araña teja sobre ellos, y su reino para que los Otros influyan en la oscura manera de los Otros. Anhelan que las fuerzas externas traigan caos y horror hacia ti, Randolph Carter, quien eres la causa de su trastorno, pero saben que es solo a través de ti que los dioses pueden ser enviados de regreso a su mundo. En esa tierra de sueños semi-despierta que es tuya, ninguna fuerza de la noche más extrema puede perseguirte; y solo tú puedes enviar suavemente a los egoístas Grandes de tu maravillosa ciudad del atardecer, de regreso a través del crepúsculo norteño hacia su acostumbrado lugar en la cima del desconocido Kadath en el desierto frío.

“Entonces, Randolph Carter, en nombre de los Otros Dioses te perdono y te encomiendo a servir mi voluntad. Te encomiendo que busques esa ciudad del atardecer que es tuya, y que envíes desde

allí a los dioses perezosos que el mundo de los sueños espera por ellos. No es difícil encontrar esa fiebre rosada de los dioses, esa fanfarria de trompetas supernales y el choque de platillos inmortales, ese misterio cuyo lugar y significado te han perseguido a través de los pasillos del despertar y los abismos del sueño, y te han atormentado con indicios de memoria desaparecida y el dolor de cosas perdidas, impresionantes y trascendentales. No es difícil encontrar ese símbolo y reliquia de tus días de asombro, pues verdaderamente, no es más que la gema estable y eterna donde todo ese asombro brilla cristalizado para iluminar tu camino vespertino. ¡He aquí! No sobre mares desconocidos sino de regreso a años bien conocidos es donde debe ir tu búsqueda; de regreso a las cosas extrañas y brillantes de la infancia y a los rápidos destellos bañados por el sol de la magia que las viejas escenas llevaron a los amplios ojos jóvenes.

“Porque sabes que tu ciudad de oro y mármol de asombro no es más que la suma de lo que has visto y amado en la juventud. Es la gloria de los techos de las colinas de Boston y de las ventanas occidentales ardiendo con el atardecer; de la Común fragante de flores y la gran cúpula en la colina y el enredo de frontones y chimeneas en el valle violeta donde el Charles con muchos puentes fluye somnoliento. Estas cosas las viste, Randolph Carter, cuando tu enfermera te sacó por primera vez en primavera, y serán las últimas cosas que jamás verás con ojos de memoria y de amor. Y está el antiguo Salem con sus años meditados, y el espectral Marblehead escalando sus precipicios rocosos hacia siglos pasados, y la gloria de las torres y agujas de Salem vistas a lo lejos desde los pastos de Marblehead a través del puerto contra el sol poniente.

“Está Providence, pintoresca y señorial en sus siete colinas sobre el puerto azul, con terrazas verdes que llevan a agujares y citadeles de antigua antigüedad viva, y Newport ascendiendo como un espectro desde su rompeolas soñadora. Arkham está allí, con sus techos gambrel cubiertos de musgo y los prados rocosos ondulantes detrás; y el antediluviano Kingsport encanecido con chimeneas

apiladas y muelles desiertos y frontones colgantes, y la maravilla de altos acantilados y el océano brumoso con boyas sonando más allá.”

“Vales frescos en Concord, calles adoquinadas en Portsmouth, curvas crepusculares de caminos rústicos de New Hampshire donde los gigantescos olmos esconden a medias las paredes de las granjas blancas y los barriles que crujen. Los muelles salinos de Gloucester y los sauces ventosos de Truro. Vistas de ciudades lejanas con agujas y colinas tras colinas a lo largo de la Costa Norte, laderas pétreas silenciosas y cabañas bajas cubiertas de hiedra en la sombra de enormes rocas en el campo trasero de Rhode Island. Olor del mar y fragancia de los campos; hechizo de los bosques oscuros y alegría de los huertos y jardines al amanecer. Estas, Randolph Carter, son tu ciudad; pues son tú mismo. Nueva Inglaterra te soportó, y en tu alma vertió una hermosura líquida que no puede morir. Esta hermosura, moldeada, cristalizada y pulida por años de memoria y sueños, es tu maravilla en terrazas de atardeceres esquivos; y para encontrar ese parapeto de mármol con urnas curiosas y barandilla tallada, y descender finalmente estos interminables escalones con balaustradas hacia la ciudad de amplias plazas y fuentes prismáticas, solo necesitas volver a los pensamientos y visiones de tu añorante infancia.”

“¡Mira! a través de esa ventana brillan las estrellas de la noche eterna. Incluso ahora están brillando sobre las escenas que has conocido y atesorado, bebiendo de su encanto para que brillen más hermosas sobre los jardines del sueño. Está Antares—está guiñando en este momento sobre los techos de Tremont Street, y podrías verlo desde tu ventana en Beacon Hill. Más allá de esas estrellas bostezan los abismos de donde mis maestros sin mente me han enviado. Algún día tú también podrías atravesarlos, pero si eres sabio, evitarás tal locura; pues de aquellos mortales que han ido y regresado, solo uno preserva una mente intacta por los horrores golpeantes y garras del vacío. Terrors y blasfemias se carcomen mutuamente por el espacio, y hay más mal en los menores que en los mayores; tal como sabes por las acciones de aquellos que intentaron entregarte a mis manos, mientras que yo mismo no

albergaba ningún deseo de destrozarte, y de hecho te habría ayudado aquí hace mucho tiempo si no hubiera estado ocupado en otro lugar, y cierto de que tú mismo encontrarías el camino. Evita entonces, los infiernos exteriores, y apegarte a las cosas calmas y hermosas de tu juventud. Busca tu maravillosa ciudad y expulsa de allí a los Grandes renegados, enviándolos de regreso suavemente a aquellas escenas que son de su propia juventud, y que esperan inquietas su regreso.”

“Más fácil aún que el camino de la memoria tenue es el camino que prepararé para ti. ¡Mira! Viene hacia aquí un monstruoso Shantak, liderado por un esclavo que, para tu tranquilidad, es mejor que mantenga invisible. Monta y prepárate—¡ahí! Yogash el negro te ayudará en el horror escamoso. Dirígete hacia esa estrella más brillante justo al sur del cenit—es Vega, y en dos horas estará justo sobre la terraza de tu ciudad del atardecer. Dirígete hacia ella solo hasta que escuches un canto lejano en el alto éter. Más allá de eso acecha la locura, así que sujeta a tu Shantak cuando la primera nota te atraiga. Mira entonces de regreso a la tierra, y verás brillar la llama inmortal del altar de Ired-Naa desde el techo sagrado de un templo. Ese templo está en tu deseada ciudad del atardecer, así que dirígete hacia él antes de atender el canto y perderte.”

“Cuando te acerques a la ciudad, dirígete hacia el mismo parapeto alto desde donde antiguamente escaneaste la gloria extendida, empujando al Shantak hasta que él grite en voz alta. Ese grito los Grandes lo escucharán y sabrán mientras se sientan en sus terrazas perfumadas, y sobre ellos caerá tanta nostalgia que todas las maravillas de tu ciudad no los consolarán por la ausencia del sombrío castillo de Kadath y del pshent de estrellas eternas que lo corona.

“Entonces debes aterrizar entre ellos con el Shantak, y dejar que vean y toquen ese pájaro repugnante e hipocéfalo; mientras tanto, discutiendo con ellos sobre el desconocido Kadath, al que tan recientemente has dejado, y diciéndoles cómo sus vastos salones son hermosos y sin luz, donde antes solían saltar y deleitarse en la

radiancia supranatural. Y el Shantak les hablará en la manera de los Shantaks, pero no tendrá poderes de persuasión más allá de evocar los días antiguos.

“Una y otra vez debes hablar con los Grandes errantes sobre su hogar y juventud, hasta que por fin lloren y pidan que se les muestre el camino de regreso que han olvidado. Entonces podrás soltar al Shantak que espera, enviándolo hacia el cielo con el grito de retorno de su especie; al escuchar esto, los Grandes saltarán y brincarán con alegría antigua, y de inmediato seguirán al pájaro loathly a la manera de dioses, a través de los profundos abismos del cielo hacia las torres y domos familiares de Kadath.”

“Entonces la maravillosa ciudad del atardecer será tuya para atesorar e habitar por siempre, y una vez más los dioses de la tierra gobernarán los sueños de los hombres desde su asiento acostumbrado. Ve ahora—la ventana está abierta y las estrellas esperan afuera. Ya tu Shantak jadea y ríe con impaciencia. Dirígete hacia Vega a través de la noche, pero gira cuando suenen los cantos. No olvides esta advertencia, a menos que horrores impensables te succionen hacia el abismo de locura chillona y ululante. Recuerda a los Otros Dioses; son grandes y sin mente y terribles, y acechan en los vacíos exteriores. Son buenos dioses para evitar.

“¡Hei! Aa-shanta ’nygh! ¡Te vas! Envía de regreso a los dioses de la tierra a sus moradas en el desconocido Kadath, y reza a todo el espacio para que nunca me encuentres en mis mil otras formas. Adiós, Randolph Carter, y ten cuidado; porque soy Nyarlathotep, iel Caos Arrastrante!”

Y Randolph Carter, jadeando y mareado en su horrendo Shantak, disparó gritando hacia el espacio en dirección al frío resplandor azul boreal de Vega; mirando solo una vez detrás de él las torretas agrupadas y caóticas de la pesadilla de ónix en la cual aún brillaba la solitaria luz lúgubre de esa ventana sobre el aire y las nubes de la tierra de los sueños. Grandes horrores poliposos se deslizaban oscuramente, y alas de murciélago invisibles golpeaban

multitudinariamente a su alrededor, pero aún así se aferraba a la melena insalubre de ese pájaro loathly y hipocéfalo. Las estrellas danzaban burlonamente, casi cambiando de forma de vez en cuando para formar signos pálidos de fatalidad que uno podría preguntarse si no había visto y temido antes; y siempre los vientos del abismo aullaban de una oscuridad vaga y soledad más allá del cosmos.

Luego, a través de la bóveda brillante adelante, cayó un silencio portentoso, y todos los vientos y horrores se alejaron como las cosas nocturnas se alejan antes del amanecer. Temblando en olas que esos mechones dorados de nebulosa hacían extrañamente visibles, surgió un tímido indicio de una melodía lejana, zumbando en acordes suaves que nuestro propio universo de estrellas no conoce. Y a medida que esa música crecía, el Shantak levantó sus orejas y se sumergió adelante, y Carter también se inclinó para captar cada hermosa melodía. Era una canción, pero no la canción de ninguna voz. La noche y las esferas la cantaban, y era antigua cuando el espacio y Nyarlathotep y los Otros Dioses nacieron.

Más rápido voló el Shantak, y el jinete se inclinó más bajo, embriagado con el asombro de extraños abismos, y girando en las bobinas cristalinas de magia exterior. Entonces llegó demasiado tarde la advertencia del malvado, la cautela sarcástica del legatemoníaco que había mandado al buscador que temiera la locura de esa canción. Solo para burlarse había marcado Nyarlathotep el camino a la seguridad y a la maravillosa ciudad del atardecer; solo para mofarse había revelado ese mensajero negro el secreto de esos dioses perezosos cuyos pasos podía guiar de tan fácil voluntad. Porque la locura y la venganza salvaje del vacío son los únicos regalos de Nyarlathotep para los presuntuosos; y aunque el jinete intentara rebajar a su disgustoso corcel, ese Shantak que sonríe y ríe corría impetuosamente y sin descanso, batiendo sus grandes alas resbaladizas en alegría malévolas, y se dirigía hacia esos pozos profanos a donde ningún sueño llega; ese último azote amorfo de confusión abismal donde burbujea y blasfema en el centro del infinito al sultán-demonio Azathoth, cuyo nombre ninguna boca se atreve a pronunciar en voz alta.

Inquebrantable y obediente a las órdenes del vil legatista, esa bestia infernal se sumergió adelante a través de cardúmenes de merodeadores sin forma y caperers en la oscuridad, y vacuosas manadas de entidades errantes que palparon y tantearon y tantearon y palparon; las larvas sin nombre de los Otros Dioses, que son como ellos ciegas y sin mente, y poseídas de singulares hambrunas y sedes.

Adelante inquebrantable y sin descanso, y riendo hilarantemente para ver las carcajadas y la histeria a la que la canción surgida de la noche y las esferas los había convertido, esa monstruosidad escamosa eldritch llevaba a su jinete impotente; lanzándose y disparando, cortando el borde más extremo y abarcando los abismos exteriores; dejando atrás las estrellas y los reinos de la materia, y zambulléndose como meteoros a través de la immaculada falta de forma hacia aquellas cámaras inconcebibles y sin luz más allá del tiempo donde Azathoth mastica sin forma y voraz entre el tamborileo amortiguado y ensordecedor de tambores viles y el agudo y monótono zumbido de flautas malditas.

Adelante—adelante—a través de los abismos gritando, carcajeantes y poblados de negro—y entonces, desde alguna distancia bendita y tenue, llegó una imagen y un pensamiento a Randolph Carter el condenado. Demasiado bien había planeado Nyarlathotep su burla y su tentación, pues había traído a aquella cosa que ningún soplo de terror helado podía completamente borrar. Hogar—Nueva Inglaterra—Beacon Hill—el mundo despierto.

“For know you, that your gold and marble city of wonder is only the sum of what you have seen and loved in youth ... the glory of Boston’s hillside roofs and western windows aflame with sunset; of the flower-fragrant Common and the great dome on the hill and the tangle of gables and chimneys in the violet valley where the many-bridged Charles flows drowsily ... this loveliness, moulded, crystallised, and polished by years of memory and dreaming, is your terraced wonder of elusive sunsets; and to find that marble parapet with curious urns and carven rail, and descend at last those endless

balustraded steps to the city of broad squares and prismatic fountains, you need only to turn back to the thoughts and visions of your wistful boyhood.”

Adelante—adelante—mareadamente adelante hacia el destino final a través de la oscuridad donde los filamentos sin vista palparon y los hocicos viscosos empujaron y cosas sin nombre rieron y rieron y rieron. Pero la imagen y el pensamiento habían llegado, y Randolph Carter supo claramente que estaba soñando y solo soñando, y que en algún lugar en el fondo el mundo despierto y la ciudad de su infancia aún yacían. Llegaron palabras de nuevo—“Solo necesitas volver a los pensamientos y visiones de tu añorante infancia.” Gira—gira—oscuridad a cada lado, pero Randolph Carter podía girar.

Aunque el pesadilla que arrastraba sus sentidos fuera espeso, Randolph Carter podía girar y moverse. Podía moverse, y si lo elegía podría saltar de ese Shantak maldito que lo llevaba precipitosamente hacia el destino bajo las órdenes de Nyarlathotep. Podía saltar y desafiar esas profundidades de la noche que bostezaban interminablemente hacia abajo, esas profundidades de miedo cuyos horrores aún no podían exceder la condena sin nombre que acechaba esperando en el núcleo del caos. Podía girar y moverse y saltar—podía—haría—haría—.

De esa vasta abominación hipocéfala saltó el soñador condenado y desesperado, y descendió a través de vacíos interminables de oscuridad sentiente. Eones giraron, universos murieron y nacieron de nuevo, estrellas se convirtieron en nebulosas y nebulosas en estrellas, y aún Randolph Carter cayó a través de esos vacíos interminables de oscuridad sentiente.

Luego, en el lento avance de la eternidad, el ciclo supremo del cosmos se agitó hacia otra completa e inútil finalización, y todas las cosas volvieron a ser como eran kalpas no contabilizados antes. La materia y la luz nacieron de nuevo como el espacio una vez las conoció; y cometas, soles y mundos surgieron ardiendo a la vida, aunque nada sobrevivió para contar que habían sido y se habían ido,

sido y se habían ido, siempre y siempre, de regreso a ningún primer comienzo.

Y hubo nuevamente un firmamento, y un viento, y un resplandor de luz púrpura en los ojos del soñador que caía. Había dioses y presencias y voluntades; belleza y maldad, y el chillido de la noche nociva robada de su presa. Porque a través del desconocido ciclo supremo vivía un pensamiento y una visión de la infancia de un soñador, y ahora habían sido recreados un mundo despierto y una vieja ciudad atesorada para cuerpo y para justificar estas cosas. Desde el vacío S'ngac el gas violeta había señalado el camino, y Nodens arcaico estaba aullando su guía desde profundidades no insinuadas.

Las estrellas se hincharon a amaneceres, y los amaneceres estallaron en fuentes de oro, carmín y púrpura, y aún el monstruo escamoso eldritch iba llevando a su jinete impotente; lanzándose y disparando, cortando el borde más extremo y abarcando los abismos exteriores; dejando atrás las estrellas y los reinos de la materia, y zambulléndose como meteoros a través de la immaculada falta de forma hacia aquellas cámaras inconcebibles y sin luz más allá del tiempo donde Azathoth mastica sin forma y voraz entre el tamborileo amortiguado y ensordecedor de tambores viles y el agudo y monótono zumbido de flautas malditas.

Adelante—adelante—a través de los abismos gritando, carcajeantes y poblados de negro—y entonces, desde alguna distancia bendita y tenue, llegó una imagen y un pensamiento a Randolph Carter el condenado. Demasiado bien había planeado Nyarlathotep su burla y su tentación, pues había traído a aquella cosa que ningún soplo de terror helado podía completamente borrar. Hogar—Nueva Inglaterra—Beacon Hill—el mundo despierto.

“Porque sabes que tu ciudad de oro y mármol de maravilla no es más que la suma de lo que has visto y amado en tu juventud ... la gloria de los techos colina de Boston y las ventanas occidentales ardiendo con el atardecer; de la Común fragante de flores y la gran cúpula en la colina y el enredo de frontones y chimeneas en el valle

violeta donde el Charles de muchos puentes fluye somnoliento ... esta hermosura, moldeada, cristalizada y pulida por años de memoria y sueños, es tu maravilla en terrazas de atardeceres esquivos; y para encontrar ese parapeto de mármol con urnas curiosas y barandilla tallada, y descender finalmente esos interminables escalones con balaustradas hacia la ciudad de amplias plazas y fuentes prismáticas, solo necesitas volver a los pensamientos y visiones de tu añorante infancia."

Adelante—adelante—mareadamente adelante hacia la condena final a través de la oscuridad donde filamentos sin vista palparon y hociocos viscosos empujaron y cosas sin nombre rieron y rieron y rieron. Pero la imagen y el pensamiento habían llegado, y Randolph Carter supo claramente que estaba soñando y solo soñando, y que en algún lugar en el fondo el mundo del despertar y la ciudad de su infancia aún yacían. Llegaron palabras de nuevo—"Solo necesitas volver a los pensamientos y visiones de tu añorante infancia." Gira—gira—oscuridad por todos lados, pero Randolph Carter podía girar.

Aunque la pesadilla que arrastraba sus sentidos era espesa, Randolph Carter podía girar y moverse. Podía moverse, y si lo elegía, podría saltar de ese Shantak maldito que lo llevaba precipitosamente hacia la condena bajo las órdenes de Nyarlathotep. Podría saltar y desafiar esas profundidades de la noche que bostezaban interminablemente hacia abajo, esas profundidades de miedo cuyos horrores aún no podían exceder la condena sin nombre que acechaba esperando en el núcleo del caos. Podía girar y moverse y saltar—podía—haría—haría—.

De esa vasta abominación hipocéfala saltó el soñador condenado y desesperado, y descendió a través de vacíos interminables de oscuridad sentiente. Eones giraron, universos murieron y nacieron de nuevo, estrellas se convirtieron en nebulosas y nebulosas en estrellas, y aún Randolph Carter cayó a través de esos vacíos interminables de oscuridad sentiente.

Luego, en el lento avance de la eternidad, el ciclo supremo del cosmos se agitó hacia otra completa e inútil finalización, y todas las

cosas volvieron a ser como eran kalpas no contabilizados antes. La materia y la luz nacieron de nuevo como el espacio una vez las conoció; y cometas, soles y mundos surgieron ardiendo a la vida, aunque nada sobrevivió para contar que habían sido y se habían ido, sido y se habían ido, siempre y siempre, de regreso a ningún primer comienzo.

Y hubo nuevamente un firmamento, y un viento, y un resplandor de luz púrpura en los ojos del soñador que caía. Había dioses y presencias y voluntades; belleza y maldad, y el chillido de la noche nociva robada de su presa. Porque a través del desconocido ciclo supremo vivía un pensamiento y una visión de la infancia de un soñador, y ahora habían sido recreados un mundo despierto y una vieja ciudad atesorada para cuerpo y para justificar estas cosas. Desde el vacío, S'ngac el gas violeta había señalado el camino, y Nodens arcaico estaba aullando su guía desde profundidades no insinuadas.

Las estrellas se hincharon a amaneceres, y los amaneceres estallaron en fuentes de oro, carmín y púrpura, y aún el soñador cayó. Gritos rasgaron el éter mientras cintas de luz repelían a los demonios desde afuera. Y Nodens canoso levantó un aullido de triunfo cuando Nyarlathotep, cerca de su presa, se detuvo perplejo por un resplandor que quemó sus horrores cazadores sin forma hasta polvo gris. Randolph Carter había descendido finalmente los amplios vuelos mármoles hacia su maravillosa ciudad, pues había vuelto al justo mundo de Nueva Inglaterra que lo había creado.

Así, a los acordes de órgano de los innumerables silbidos de la mañana, y al resplandor del amanecer lanzado deslumbrantemente a través de paneles púrpuras por la gran cúpula dorada de la Casa del Estado en la colina, Randolph Carter saltó gritando despierto en su habitación de Boston. Los pájaros cantaban en jardines ocultos y el perfume de las vides trellizadas venía melancólico de los arbustos que su abuelo había cultivado. La belleza y la luz brillaban desde el clásico aparador y la cornisa tallada y las paredes grotescamente figuradas, mientras un gato negro elegante se levantaba bostezando

del sueño junto al hogar que el sobresalto y grito de su amo habían perturbado. Y vastas infinitudes lejanas, más allá de la Puerta de Sueño Más Profundo y el bosque encantado y las tierras de jardines y el Mar Cerenariano y los alcances crepusculares de Inquanok, el caos arrastrante Nyarlathotep caminaba meditabundo hacia el castillo de ónix en la cima del desconocido Kadath en el desierto frío, y provocaba insolentemente a los dioses suaves de la tierra a quienes había arrebatado abruptamente de sus deleites perfumados en la maravillosa ciudad del atardecer.

1. [La búsqueda en sueños de la ignota Kadath - H. P. Lovecraft](#)

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de
dominio público en castellano en nuestra web**